Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LAS GENERACIONES

(Novela)

Knossos

NOTA: La novela “LAS GENERACIONES” puede considerarse como una continuación de otra anterior de las autora, titulada “COMO EL CRISTAL DE ROCA”. Ahora, Carolina-Dafne Alonso-Cortés sigue la estela del realismo mágico que inició en la primera parte. Los personajes con sus pasiones, miserias y grandezas forman un mosaico lleno de claroscuros y matices, donde la tragedia y el humor se entrelazan. También aquí sus intensas vidas abarcan el período comprendido entre la expulsión de los franceses de Andalucía y la Europa de la segunda posguerra.

Knossos

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

LAS GENERACIONES

**EN LA XXX EDICIÓN DE LOS PREMIOS CIUDAD DE TOLEDO,
ESTA NOVELA OBTUVO EL
PREMIO NACIONAL DE NOVELA CORTA FÉLIX URABAYEN.**

1ª EDICIÓN POR EL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO. Enero, 2009.
2ª EDICIÓN POR KNOSSOS. Octubre, 2009.
Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@wanadoo.es
D.L. M. 19642-09
ISBN: 978-84-935306-2-4
84-935306-2-X

“... Porque pienso que muchos que hoy son emperadores y reyes descienden de cargadores de basura; y al contrario, muchos que hoy son mendigos de hospital, sufrientes y miserables, descienden de linajes de grandes reyes y emperadores, por efecto de los admirables cambios de reinos e imperios...”

François Rabelais, GARGANTÚA Y PANTAGRUEL.

I. EXTREMADURA.

“Extremadura es tierra fuerte, de paisaje con lontananza de infinita idealidad. La fuerza se alía aquí al espíritu. Se ha dilatado Extremadura más allá de la mar: tierras incógnitas con montañas altísimas, donde los ríos tienen anchura de mares”.

AZORÍN.

Siguiente

DESDE LA SIERRA DE GATA hasta Andalucía, y desde Portugal a Castilla, se extendió la Extremadura de los conquistadores que asombraron al mundo con sus hazañas. En Trujillo nacieron Pizarro y Orellana, Hernán Cortés en Medellín, Pedro de Valdivia en La Serena y Vasco Núñez de Balboa en Jerez de los Caballeros. Allí se acumularon viejas piedras romanas y castillos medievales, y bajo su cielo luminoso se alzaba Cáceres, la ciudad donde el poder feudal se rebeló desde siempre contra el soberano. De esta forma, los Reyes Católicos se vieron obligados a dictar una orden, mandando que todas las torres de las casas feudales fueran cercenadas, debiendo macizarse aspilleras, cegar troneras e inutilizar matacanes. Allí el apellido Moctezuma se unió a la vieja nobleza española, cuando un capitán extremeño compañero de Hernán Cortés desposó a la hija del emperador de los aztecas, quien bautizada con el nombre de Isabel hizo posible que la sangre india se uniera con la de los nobles extremeños. En la ciudad dividida en bandos y linajes contrarios se afincaron los Carvajales, que condenados a muerte por el rey Fernando IV fueron arrojados por la peña de Martos, no sin antes emplazar al rey, que sólo los sobrevivió treinta días. Más tarde, cuando lo soldados de Napoleón tomaron la ciudad, el obispo Álvarez de Castro fue asesinado por los franceses, por el delito de ser hermano del heroico defensor de Gerona. Por aquel tiempo ejercía en Cáceres un cirujano, sin título de médico como era habitual entonces, que se llamaba don Zenón. Sus principios habían sido humildes: nacido en el barrio de los hebreos o Judería Vieja, al amparo del antiguo alcázar, quedó huérfano desde muy niño y pasó por diversos oficios: fue aprendiz de platero, y en la

platería se ocupaba de barrer y de otros menesteres parecidos. Luego inició sus estudios médicos, ayudándose con su trabajo y haciéndose notar por su inteligencia despierta, un ojo clínico nada común y una privilegiada memoria. “La vida es corta -recitaba de corrido-. El arte largo, la ocasión fugitiva, el juicio dificultoso. No basta con que el médico haga por su parte lo que deba, si no contribuyen el enfermo, los asistentes y demás circunstancias exteriores”. Había empezado tundiendo barbas y sacando muelas y acabó siendo nombrado Practicante Mayor en Cirugía del Hospital del Rey. Más tarde lo nombraron director del hospital; por entonces conoció a doña Guiomar, que era de rancio abolengo, emparentada con la familia de los Golfines, y vivía a la sombra del palacio episcopal, en una casona antigua que lucía sobre la puerta un escudo heráldico. Cerca quedaba la empinada calle del Adarve, y en las inmediaciones se alzaban la casa del Sol y del Aguila, la torre de los Plata y la mansión de las Cigüeñas. Después de unas púdicas relaciones, la pareja llegó a casarse. En las plazuelas y rincones la vida transcurría tranquila, sólo turbada por las escaramuzas con los franceses y las extremadas temperaturas. En verano se padecían calores pegajosos y en invierno mucho frío, aunque con poca nieve; de esta forma, los que no estaban calculados para ello corrían peligro de quebrarse por lo violento del clima. Poco a poco, el prestigio de don Zenón como médico transpuso las fronteras, y hasta el Sumo Pontífice le encomendó el cuidado de su salud. No era demasiado puntual a la hora de pagar sus deudas y, así como los pobres rebañaban en sus arcas los ochavos y maravedís, y los más ricos le pagaban en doblones y onzas de oro, él suplía los honorarios con indulgencias. Cuando el Santo Padre sufrió la enfermedad papal por excelencia, las paperas, don Zenón lo curó; y aunque quedó inútil para engendrar como consecuencia de que el mal le había atacado lo dídimos, por causa de su ministerio la cosa no revestía demasiada importancia. Así que nombró al médico, agradecido, conde de san Justo y san Pastor. Era el conde seco y enjuto, de color cetrino, nariz ganchuda y grandes entradas en los aladares, y una larga barba que empezó siendo oscura y acabó canosa, porque no tuvo tiempo de blanquear. Sus alargadas manos parecían talladas en bronce, y desde siempre su único hijo acostumbraba a besárselas doblando una rodilla. Tenía fama de hombre duro, pero en confianza era muy cordial, aunque en la casa se guardaba una gran compostura y su hijo lo llamaba de vos. “Hubo un tiempo en que los dioses nacían en Extremadura”, decía el padre con orgullo. Le contaba que los aztecas adoraban a los ídolos, sacrificándoles vidas humanas, y que Hernán Cortés

los había vencido con cuatrocientos hombres y trece caballos. “Esos son los parientes de tu madre -señalaba en la galería de retratos-, los Vargas de Trujillo y los Zúñiga de Plasencia”. Le contaba al pequeño que los araucanos le cortaron los brazos a Valdivia con conchas de mar, mientras él los veía comérselos y se desangraba al mismo tiempo. Entonces, el niño disimulaba un escalofrío de terror. Y mientras le mostraba el río Tajo, que irrumpía en Cáceres por el puente del Arzobispo y salía por el de Alcántara, camino de Portugal, le estaba hablando de Francisco Pizarro, que nació allí cerca, en Trujillo, y con un puñado de hombres conquistó el fabuloso reino del Perú. De cuando en cuando don Zenón se oprimía con los dedos las aletas de la nariz expulsando por uno u otro conducto dos chorros de mocos blancuzcos; con un extremo del pañuelo los lanzaba al empedrado de la calle, ya que según decía era antihigiénico guardarlos en el bolsillo. El pequeño había nacido en Cáceres cuando lo ocupaban los franceses, y fue el único hijo de los condes que sobrevivió. Su madre era una mujer débil, que no hacía más que parir y rezar; tomaba amas para sus hijos, que fueron dieciséis, y como nacían tan seguidos llegaban a juntarse en la casa cuatro o cinco amas. Pese a ello, ninguno de los niños superó los cuatro años, aunque se trataba a las amas a cuerpo de rey; entre todas se comían medio cerdo en el cocido y no paraban de consumir bocadillos de jamón por las noches, acompañados por leche de las mejores vacas de Extremadura. Acudían al estrado a última hora de la tarde y rezaban con doña Guiomar, mientras amamantaban a los niños. El primogénito permanecía en un rincón, junto al brasero de las veladas invernales, acomodado en una silla de caoba tapizada en terciopelo carmesí, cerca del pequeño pianoforte que trajera su padre de Italia en tiempos del clavicordio. En la pieza, donde se recibía a las visitas, había fanales con pájaros disecados, y en la gran jaula dorada un pájaro mecánico hacía dúo con la caja de música que le enviaron al médico desde Portugal; al lado, dentro de una urna de cristal, se exhibía una composición floral hecha con pequeñas caracolas nacaradas y conchas marinas. Mientras estaba rezando las letanías, doña Guiomar bordaba pequeños cuadros con paisajes a punto de cruz; cuando terminaba los rezos, les hablaba a las mujeres del linaje de los Golfines, en cuya casa-palacio figuraba el emblema de su propia familia. Doña Guiomar falleció joven, rodeada de amas y de hijos lactantes que no tardarían en seguirla, mientras que su hijo mayor, don Severo, se sorbía las lágrimas frente al espejo del tocador con servicio de loza de Sagardelos, entre dos grandes armarios mallorquines de estilo morisco. “Vivió treinta y cinco años

y pocos días -rezaba su losa sepulcral en la iglesia de Santa María-. Feliz ella que descansa eternamente en el seno de Dios, empero llórala su esposo". El médico decidió que su hijo se hiciera sacerdote y lo envió al seminario de Valladolid, donde cursó sus primeros estudios llegando a dominar el latín y la filosofía. El edificio tenía unas altas verjas que lo separaban de la calle. En domingo de ramos los ordenandos salían de paseo en dos filas y se cruzaban con las señoritas que llevaban basquiñas recién estrenadas; luego acudían a la feria del Sudario que se organizaba junto al Campo Grande, y donde vendían en puestos cortezas de tocino retorcidas, aceitunas gordas cubiertas de polvo y unos cachivaches de barro pintados de colores vivos, que se quedaban pegados a las manos por el sudor. Los seminaristas compraban piringüingüis, unos caracolillos negros que comían extrayéndolos de su concha con un alfiler de señora. En las procesiones, como surgidos de una edad lejana aparecían los capirotes oscuros y tétricos, con dos agujeros redondos por donde asomaba el brillo de unos ojos febriles por las penitencias. Semejaban seres de otro mundo que hubieran surgido de sus tumbas, y sólo conservaran la inquietud de unos ojos brillantes como ascuas. Don Severo estudió varios años en el seminario. Su alta frente, su rostro cetrino, sus cejas alzadas, el largo cuerpo y la mirada oscura, la nariz aguileña y sus manos largas y cuidadas, todo en él llamaba la atención. En una ocasión, los futuros misacantanos obtuvieron permiso del rector para asistir a la vendimia de Montealegre de Campos, en el corazón de Castilla. Allí conoció a doña Casta, adornada de todas las virtudes y de buena familia, y como su vocación era impuesta y vacilante, decidió colgar los hábitos. Pensó que su obligación dinástica era dar hijos a la Iglesia, y así podrían tener uno o más hijos sacerdotes. Por entonces había muerto don Zenón, inficionado por la peste. A lo largo del siglo, ya el mundo había sufrido seis pandemias coléricas que partieron del Indostán, dando lugar a la enfermedad llamada morbo asiático. Las epidemias recorrían Europa y en esta ocasión el cólera se asentó en el valle del Genil, entrando por la campiña cordobesa hasta Extremadura. La actividad oficial quedó reducida a unos pocos bandos sanitarios que la gente rechazó por ineficaces, tildando a los hospitales de "cementerios de vivos y moribundos". Al mismo tiempo la Iglesia promulgaba cartas pastorales y sermones, intimidando con el origen divino del mal que venía a castigar la impiedad y el liberalismo. Por entonces, don Zenón había contribuido al escrito publicado en Cádiz, titulado "Descripción de los síntomas con que el cólera morbo pestilencial se ha presentado en el suelo nativo y en el norte de Europa, e

indicaciones generales de su método curativo". Y, sin tener en cuenta los honores cosechados ni su gran autoridad científica, fue el primero en echarse a los caminos para combatir la epidemia, usando bismuto, quinina y cloro, y probando los baños de vapor. No obstante, no pudo impedir que le viento maldito llegado de la estepa asiática se favoreciera con la falta de higiene y la deficiente alimentación, siendo llevado incluso a América por los emigrantes. Mientras, las gentes se refugiaban en el fatalismo y la impotencia ante la adversidad, y los médicos atribuían el mal a las alteraciones meteorológicas. Por entonces se recorrían los caminos en diligencias que se detenían en posadas malas, peores y pésimas, o en simples ventorrillos levantados al borde del camino con cañas o troncos de árboles. El mayoral conducía y pagaba al postillón un real por cada posta y por cada viajero, y empleaba mulas para el tiro, porque eran más duras y rápidas que los caballos. En la posada les daban habitación, sal y algunos objetos para cocinar, como parrillas y sartenes, búcaros y tinajas para el agua. Dormían en el suelo sobre una estera de junco o esparto, y el conde lo hacía al raso para dejar el sitio a las mujeres y los niños, comiendo como todos guiso de bacalao, migas con chicharrones y frite extremeño. Nadie podía librarse del contagio de la enfermedad, porque todos bebían de la misma jarra y metían la cuchara de palo en el mismo recipiente, mojando todos juntos el pan en el adobo. Nadie se desnudaba en las posadas ni se lavaba por la mañana, y dormían apretujados en mantas de viaje. Fue así como el conde enfermó: empezó ensuciándose en la estera y acabó limpiándose el trasero en el cementerio, mientras dejaba inconclusa una "Memoria sobre el cólera morbo epidémico, observado y tratado en París según el método fisiológico". Así que no pudo asistir en Valladolid a la boda de don Severo y doña Casta, oficiada por un cardenal, según comentaba una gaceta de la época. El padre de la novia repartió raciones de comida entre los pobres de la localidad y se celebró la boda en Nuestra Señora de la Antigua, donde la novia acudió en coche cubierto tirado por caballos percherones. Su cama nupcial era muy alta, rematada por perinolas; sobre el somier acolchado iban dos colchones embastados de lana, bajo cobijas y alifafes del color de las galas cardenalicias, mientras que los embozos de hilo de Holanda llevaban bordado el emblema patriótico del águila imperial. Las amigas le regalaron a la novia un mueble tocador de caoba con bronce dorado, jarro y jofaina de ***vermeil*** y estuche de aseo con vasos de cristal de Bohemia; su padre, un hermoso piano alemán con seis pedales y varios registros que databa del siglo dieciocho, y que tuvo que quedarse en Valladolid

por dificultades de transporte. La pareja se instaló en Cáceres, en la casona que don Severo había heredado de su madre doña Guiomar, aunque era demasiado grande para ellos solos, con docenas de habitaciones, ventanas y balcones. Y aunque el marido no podía ser tachado de derrochador, nunca escatimó para los gastos normales. No había heredado la vocación médica de su padre pero sí su amor por los estudios; desde entonces se dedicó con constancia a estudiar la carrera de Leyes que había elegido por vocación, aunque se veía obligado a luchar contra un inconveniente que le deparó la naturaleza, pues tenía los incisivos separados y se le escapaba el aire por la ranura. No obstante acabó siendo un nuevo Demóstenes, pionero de la reforma agraria y presidente de la Diputación. La vida de la pareja transcurría con normalidad, si no fuera porque los embarazos de doña Casta no llegaban a colmo. Tenía por lo menos un aborto al año y de todos ellos sólo sobrevivió un hijo, a quien llamaron don Hernán, por su supuesta relación de descendencia con el Conquistador. El padre había reunido una valiosa biblioteca con libros en todas las lenguas, pues los compraba por cestos en las almonedas internacionales, y entre la morralla había adquirido algunos de gran valor. Tenía las Vidas Paralelas de Plutarco traducidas al sánscrito, una antiquísima edición de las máximas de Epicteto, y se enorgullecía sobre todo de una relación autógrafa de las indígenas antillanas que se había llevado al huerto Cristóbal Colón, de puño y letra del Almirante. Abundaba su biblioteca en incunables y en libros raros y curiosos, y dentro de un marco de ébano guardaba una página manuscrita de santa Teresa, que mostraba a sus visitantes ilustres. Consiguió una cátedra en la universidad, que en sus frecuentes ausencias ponía en manos de ayudantes anodinos. Más tarde lo nombraron Rector, y muchos años después se conservaba en cuidada caligrafía el discurso que pronunciara con motivo de su toma de posesión. Tenía un carácter sumamente rígido; no sólo imponía respeto entre sus adversarios en el foro, sino entre sus propios defendidos. Había en su despacho una mesa con muchos cajones llenos de papeles y encima un reloj en estuche de terciopelo, que daba las horas con un sonido cristalino. Las paredes estaban atestadas de libros y los estantes de madera se combaban bajo el peso de la cultura. Tomaba una escalerilla de tres peldaños, la arrimaba a la estantería y pasaba la yema endurecida del dedo sobre los lomos añejos, hasta que el dedo se detenía en un título y cuidadosamente extraía aquel libro entre sus compañeros. Bajaba los peldaños y se sentaba ante una mesa camilla cuadrangular que tenía faldillas con olor a lana chamuscada, repasando con mimo aquellas páginas

amarillentas. No usaba lentes para la lectura; de cuando en cuando observaba el otro lado de la calle a través del balcón y detenía la mirada en la torre de Bujaco, con sus matacanes aspillerados y el remate de almenas coronadas por pirámides. Escribía con palillero de madera, y cuando había terminado limpiaba la plumilla con un pedacito de trapo; guardaba un fichero lleno de anotaciones legales y las cuentas que le adeudaban. Uno de sus clientes era un famoso poeta de la época, que en lugar de pagarle en dinero le enviaba un par de gallinas por navidad; no era extraño, ya que si ni el Papa liquidaba sus deudas, no lo iba a hacer un poeta romántico como él, que lo compensaba en cambio con objetos curiosos como un daguerrotipo dedicado. Presidía el despacho un retrato al óleo de don Zenón, donde aparecía con la toga, la muceta amarilla y un birrete amarillo encima de la mesa. Una vez a la semana don Severo recibía en la penumbra del despacho al médico de la familia, antiguo colega de su padre, que acudía con meticulosa exactitud y visitaba luego en su alcoba al primogénito y único descendiente del abogado, para controlarle la anemia que padecía desde su nacimiento y curarle las anginas. Le recetaba pediluvios y, según decían las criadas, era la única forma de que el muchacho se lavara los pies. Después de situado, don Severo dedicó su vida a acrecentar su hacienda; pero mientras otros colegas invertían en fincas urbanas y se estaban haciendo dueños de gran parte de la ciudad moderna, él empleó todos sus medios en agrandar la finca que había adquirido no lejos de Trujillo, solar de sus mayores. Había levantado tenadas para las ovejas y casas para los pastores, junto a la hermosa huerta regada por el Tajo. Mandó construir un molino, donde los labradores de toda la comarca molían el trigo, un macizo edificio blanco adosado a un cauce que desembocaba en el río por medio de una esclusa y un arroyo. Otros varios edificios rodeaban una plazoleta donde se reunían por las tardes las mujeres e hijos de los molineros y hortelanos. En el molino se amontonaban los sacos y un polvillo blanco lo inundaba todo; los molineros tenían el cabello blanco de harina, mientras un ronroneo continuo hacía estremecerse los cimientos de la casa. Arriba estaba la vivienda de los condes, sencilla pero acogedora, con habitaciones a la plazoleta y otras que daban al cauce o a los inmensos trigales, y en un anaquel del gabinete el hijo de los dueños guardaba sus novelas de Dumas. En una estancia grande con balcón sobre la era había dos alcobas separadas donde dormían don Severo y doña Casta; desde el balcón podía divisarse el canal recto como una flecha, que se perdía entre los campos de trigo amarillo, entre verdes orillas de álamos. Allí

pasaban los condes el verano con su familia y servidumbre. Acudían los molineros todos enharinados a saludarlos con respeto, envueltos en aquel olor especial que don Severo no podía olvidar en sus inviernos de Cáceres. Llegó a hacer de La Hacienda un verdadero pueblo habitado por muchas familias, con árboles frutales, palomares y viñas, y la hermosa huerta junto al río donde tiraba de la noria una mula cansina. Por la calzada del oeste avanzaba la cabaña que llevaba a la oveja trashumante hasta el valle de la Serena; al paso de los cercados podían admirarse reses de lidia fieras y nostálgicas, de divisas y fierros de cartel, y en montanera se criaban piaras de cerdos pequeños y negros, de sangre africana, que se nutrían con las bellotas de los encinares. El aire mecía suavemente las hojas de plata de los álamos, sobre el agua que corría con un temblor de insectos y las juncias de los márgenes. La Hacienda fue convirtiéndose en el único consuelo del conde y le daba más satisfacciones que su hijo, que era más vago que la chaqueta de un pisador; por más que había dado licencia a sus preceptores para que fueran duros con él, circunstancia que ellos aprovechaban para zurrar a todas horas al heredero de la casa de san Justo y san Pastor. Tan escarmentado quedó don Hernán que renegó de los estudios y se dedicó a asistir a todas las corridas de toros que se celebraban en territorio nacional, e incluso allende sus fronteras. Se lavaba los dientes con una brocha impregnada en perborato, porque según decía combatía la caries, y eso a don Severo le parecía cosa de maricas. “Dios me dio un solo huevo y me lo dio huero”, se lamentaba el padre. Por si fuera poco, doña Casta empezó por entonces a enfermar de los nervios. Don Severo se desvivía por su mujer, y se desazonaba porque cada vez sufría más crisis nerviosas que desembocaban en ataques agresivos. Empezó acostándose con un detente de paño rojo, que tenía pintado un corazón llameante y un letrero abajo, que rezaba: “Detente, enemigo, el corazón de Jesús está conmigo”. El trozo de fieltro estaba prendido de su almohada con un imperdible, y al mismo tiempo ella se negaba a que su marido la tocara. “Gran parte de la salud es conocer la enfermedad”, decía él, quien la atendía personalmente en sus arrebatos. Por las noches le introducía el calorín de cobre en la cama de los dos colchones, le suministraba sus medicinas, la ponía a orinar en el bacín y le arreglaba el embozo bordado. Luego vaciaba el bacín y lo metía debajo de la cama: era de barro vidriado, en forma de cilindro alto y estrecho, con dos pequeñas asas y un reborde saliente, y más que un objeto útil parecía un recuerdo de la artesanía popular. “Quien de locura enferma no sana nunca”, le decían los médicos, a lo que él contestaba

que no se menea la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios. Lo que él no podía imaginar es que moriría pronto, y que la esposa lo sobreviviría durante muchos años. No obstante, pudo asistir todavía a la boda de su hijo con doña Sol, en Ronda, donde oyó hablar con estupor de una abuela gitana que tenía la novia. Doña Casta no quiso acudir porque estaba haciendo ejercicios en una casa de oración, antes de ingresar en un convento. Don Severo tenía aversión por los amigos de su hijo, ya que era amante de la vida ordenada y enemigo de los toreros. Tampoco le gustaba la esposa que había elegido, quizá por celos naturales de padre. A poco de la boda enfermó, muriendo a los tres días, acompañado por las oraciones de su esposa que alternaba momentos lúcidos con sus retahílas de enferma.

***

DOÑA CASTA ERA ORIUNDA de Tierra de Campos, en la provincia de Valladolid, y descendía de hidalgos castellanos. A troche y moche contaba los orígenes de su familia, cuando un tatarabuelo había comprado el castillo del pueblo por mil reales de vellón, el mismo que ahora estaba medio derruido y servía de corralón para las gallinas. El castillo tenía carcomidas las paredes, pero algunas estancias conservaban la techumbre y servían a los animales de cobijo para el invierno. En la casa solariega había un corral con una cocina de pajas, donde guisaban el cocido en un puchero hirviente lleno de huesos y legumbres; de allí se iban sacando cucharadas si había en la casa algún enfermo, una parturienta o algún niño pequeño. Lo llamaban puchero de enfermo y de cuando en cuando le añadían tocino o legumbres para reponer la vianda. Las familias pudientes tenían grandes manteles de hilo que usaban en los funerales, pues en estas ocasiones invitaban a cordero a toda la comarca, de forma que hubo quien se arruinó con varios mortuorios seguidos. El padre de doña Casta se había ido quedando ciego, veía menos que un burro por el culo y se pasaba el día en la iglesia. Calentaban la casa con glorias, prendiendo fuego a la paja que introducían bajo el suelo, así como boñigas del corral, que era el lugar donde todos los habitantes del pueblo hacían sus necesidades. La familia tenía viñas y en el mes de septiembre cogían las uvas, haciendo con ellas un vino clarete que llamaban albillo. Los hombres pisaban el fruto con sus pies polvorientos; los mozos hacían lagarejos a las muchachas, bajándoles los calzones y restregándoles los racimos. Doña Casta era el dechado de

las virtudes teologales y no tenía más defecto que ser más fea que una noche de truenos. De niña parecían vestirla sus propios enemigos y cuando fue mayor la llevaron sus padres a Valladolid a conocer el Pisuerga; una bruma lechosa se extendía sobre el río sobre las copas de los árboles, y así durante un día y otro, durante los largos meses del invierno. Aquéllos fueron tiempos de revueltas en el país. Don Rafael de Riego, que abrió el trienio liberal, acabó ahorcado por el gobierno absolutista en la madrileña plaza de la Cebada. En las iglesias no sonaban las campanas, y las carracas rompiendo el silencio anunciaban la próxima cuaresma con un sonido de viejo acatarrado. Cuando alcanzó la juventud, doña Casta era más zancuda que un alcaraván; a su pueblo apenas llegaban las noticias, y así nadie sabía que habían fusilado a Torrijos y ahorcado a María Pineda, ni que Morse había inventado el telégrafo; y no conocieron la muerte de Fernando Séptimo hasta que llegó al pueblo un grupo de seminaristas de Valladolid. En la vendimia, doña Casta conoció al que había de ser su marido. El clero andaba revuelto, porque acababa de ocurrir en Madrid la matanza de frailes; un hermano de doña Casta era también seminarista y los dos jóvenes estuvieron merendando en la casa, sobre un mantel de damasco de hilo con cubiertos de plata. Por entonces don Severo se debatía entre escrúpulos religiosos y desde un principio ella se convirtió en su confidente, de forma que aquel viaje cambió el rumbo de sus vidas. A ella le gustaba aquel joven moreno, de melancólicos ojos oscuros y aguileña nariz, enjuto de carnes, que le llevaba de Villafrechós cajitas de almendras garrapiñadas con pellas de azúcar, y al que al hablar se le escapaba el aire entre los dientes. Ella le llevaba cinco años, pero a la luz de la candela toda rústica parece bella, como suelen decir, y además era virtuosa. Las pocas veces que salieron juntos iban acompañados por la carabina, una señora de buena familia que había venido a menos. “Tierra de Campos, tierra de diablos”, le decían a don Severo sus compañeros de seminario, ahora que estaba a tiempo de arrepentirse. Cuando se casaron, los prometidos no se habían visto ni media docena de veces, y siempre acompañados de la carabina. Después de la boda en Valladolid se trasladaron a Cáceres en una calesa, que llevaba el interior forrado con peluche de seda y terciopelo de colores; los acompañaban dos escopeteros y un lacayo embozado, que se ayudaba en su orientación con un catalejo. Se cruzaron con la posta de Madrid a Bayona, dejaron atrás carretas cubiertas que llamaban galeras y fueron adelantados por diligencias y correos; vieron alguna berlina, el cupé de un alto personaje y un cabriolet

que iba con mucha prisa hacia la frontera francesa. En ocasiones se vieron obligados a dejar el camino real y seguir el carretero, siempre temiendo que algún bandolero les saliera al paso por un sendero de herradura. La novia calmaba su sed en los ventorros tomando agua con azucarillos y los rústicos quedaban alelados ante aquella visión. En el camino les dijeron que se había suicidado Larra, y que en su entierro se había dado a conocer un poeta nuevo llamado José Zorrilla. Entraron en Cáceres por la puerta de la Estrella, dejaron a un lado el palacio de Toledo-Moctezuma y llegaron hasta la casa, donde los criados descargaron con sumo cuidado un cuadro-reloj con paisaje marino y una mesa-velador con tablero de alabastro e incrustaciones polícromas, regalos del cardenal que los había casado en Valladolid. Nunca pudo adaptarse doña Casta a la nueva ciudad; añoraba su casa y su tierra y sólo pudo consolarla la compañía de su antigua doncella. Mandó colocar celosías en las ventanas y ordenó que quitaran las lunas de todos los armarios roperos. Un día al toser advirtió que había un poco de sangre en su pañuelo, y en seguida pensó que estaba tísica. “Dios quiera tenerme en su gloria”, suspiró. De su casa empezaron a enviarle orzas de una miel blanca y endurecida que ella aclaraba al baño de María para hacer hidromiel, que según decía era buena para los pulmones. La mezclaba con agua y la bebía a sorbetones, y se la daba a probar a su marido, porque mejoraba la continencia. Una puerta de cuarterones separaba su alcoba de la del esposo, y permanecía cerrada durante toda la cuaresma y el adviento. Madrugaba para asistir a misa, cuando el cielo era negro todavía, los faroles de gas estaban encendidos y hacía tanto frío que las alcantarilla vomitaban un humo espeso. Una luz amarilla alumbraba los vahos de la madrugada, el calor de los orines y los excrementos, el vapor de aguas recalentadas y el sudor de la noche. Ella caminaba deprisa, seguida de su criada, y se persignaba para ahuyentar los malos pensamientos mientras seguía calle abajo evitando la boca oscura y flaturienta, entre paredes desnudas y lóbregas. Alzaba la aldabilla de hierro y entraba en la iglesia, avanzando sobre la tarima que chirriaba, mientras la monja sacristana que arreglaba el altar para la ceremonia iba de un lado a otro con las vinajeras. Ellas se arrodillaban frente al sagrario donde titilaba una lamparilla colorada, y había un espeso silencio porque los pasos de las monjas estaban ahogados por las suelas de fieltro y por la alfombra que se extendía ante el altar. Arriba las velas humeaban; doña Casta aguantaba la respiración dentro de aquel ambiente con olor a maderas viejas, a incienso y a las flores blancas que adornaban el altar. A un lado estaba el órgano

silencioso con sus tubos retorcidos y sobre los bancos permanecían cerrados los breviarios de las religiosas. Las monjas le regalaban tiestos con ruinas y polipodios, pero lo que ella deseaba de veras era uno de aquellos cilicios que nunca había visto, que estaban hechos con alambres de pinchos y se ataban a la cintura. Sabía que las monjas los llevaban en cuaresma, por eso tenían aquellas caras de sufrimiento resignado, y todas las beatas hablaban de cilicios aunque nunca los hubieran visto. Tras mucho rogar, doña Casta consiguió uno que no se quitó hasta la muerte, y entonces nadie se molestó en quitárselo, tan incrustado lo llevaba por el tiempo y la suciedad natural. Sufría crisis religiosas que aliviaba leyendo la Introducción a la Vida Devota, escrita hacía siglos por san Francisco de Sales y traducida del francés. Sus confesiones eran diarias, y siempre las mismas: se arrodillaba ante el confesionario y al otro lado de la celosía había un fraile franciscano de cabellos canosos y ojos entrecerrados, bisbiseando algo. La alambrera estaba tan sucia que se habían cegado los huecos entre los alambres; siempre confesaba lo mismo, porque era raro que cambiaran sus circunstancias. Podía haber sido soberbia y altiva con la servidumbre, haber pecado con la imaginación o de gula. No había cometido acciones impuras consigo misma o con otros, porque ni siquiera sabía cómo podían cometerse. No creía haber caído en pecado mortal, aunque eso nunca podía saberse: quizá, cuando su marido en cuaresma la había tomado por el codo, ahí podía estar el pecado mortal. Porque, si todos somos pecadores, ¿ella no iba a ser como los demás? En vano el sacerdote trataba de imbuirle una idea positiva de la virtud: según él, tratar de evitar todas las faltas era como querer tapar cuatro agujeros con tres tapones, que siempre había uno sin cubrir. Doña Casta simultaneaba sus escrúpulos con sus abortos, pues sus embarazos nunca llegaban a colmo. Por fin pudo darle al conde un heredero, que hacía el número diez de sus hermanos malogrados, cumpliendo así con su obligación. Últimamente, ella no parecía andar muy bien de la cabeza: tenía una extraña mirada y se estaba quedando medio transparente de tan flaca. Un día le pareció que las monjas se burlaban de ella; se lo comunicó a la superiora y ella se percató de que la dama no estaba en sus cabales y sufría manía persecutoria. Se mostraba más piadosa que nunca y llegaba a oír tres misas en una mañana. Un día, en la iglesia se oyeron de pronto unos gritos horribles seguidos de una escalofriante carcajada. Se trataba de la condesa; la llevaron entre varios a su casa, mientras disparaba retahílas de palabras y sílabas en forma de trabalenguas. Desde entonces no se separó de su detente

colorado. “O es devota o loca, porque habla consigo”, decían las criadas. El conde le aconsejó a su hijo que cerrara el pestillo por las noches, porque ya una vez su madre lo había perseguido con una hacheta de cortar el jamón, gritando que era Agustina de Aragón, y el niño hijo de Boabdil el Chico. Así que el conde no pudo ignorar la realidad y tuvo que internarla en una casa para orates. “La pena es coja, pero llega”, se lamentaba, porque además el hijo le había salido disipado y rebelde, y no le gustaba trabajar. Y como las desgracias son como las cerezas, que se llevan unas a otras, también el conde enfermó. Cuando se casó don Hernán con doña Sol en Ronda, les dijeron a los invitados que la madre no había asistido a la boda porque estaba tomando las aguas, aunque todos sabían que estaba recluida por trastornos de la mente. Cuando por fin sanó, su marido había muerto y ella concibió la idea de ingresar religiosa, ya que estaba muy apegada a las monjas, y del manicomio pasó sin transición al convento de clausura. Tenían las ventanas rejas y celosías, y los viandantes imaginaban en el interior perfumes a cera y a rosas marchitas, cuando en realidad olía a refajos de monja. O la condesa mejoró, o al menos en el convento nadie se percataba de sus desvaríos. Ayudaba a las otras a elaborar el cabello de ángel a partir de la cidra, una calabaza pequeña; lo envasaban en frascos de cristal y a través del torno se lo vendían a los fieles. Por entonces doña Casta tenía la nariz larga y verrugosa, le faltaban todos los dientes menos dos, que estaban a punto de salirse de la encía, disparados hacia adelante. Se acomodaba ante el órgano de la iglesia, ponía sobre las teclas sus manos sarmentosas mientras una sóror le sujetaba la partitura, y les iba enseñando a las monjas canciones castellanas que ellas entonaban con sus voces nasales haciendo vibrar las cristaleras. Entonces sor Casta se transfiguraba, sus dedos ya no eran sinuosos sino los de una hábil concertista, y en su nariz parecían desaparecer las verrugas; mientras, en un altísimo magnolio enmedio del jardín coreaban los pájaros, y en los claustros saltaban los trémolos con resonancias de Castilla la Vieja. Disfrutaba ella una segunda juventud, o quizá una primera, porque en su momento no la había conocido. Su consuegra rondeña la visitaba en el convento y se ponía amarilla de envidia, porque siempre había querido ser monja y había errado su vocación. Le llevaba a su nietecito el tartajoso y ella le regalaba estampas y escapularios decorados con flores menudas, en cajitas rellenas con almohadillas de satén. El rostro de la hermana portera tenía el color de la cera amarilla; los encaminaba al locutorio presidido por una imagen del Niño Jesús y allí aguardaban acomodados

ambos en una sillería negra con incrustaciones en nácar, hasta que una puerta chirriaba al fondo y oían los pasos leves de la abuela sobre la tarima. Aparecía doña Casta envuelta en hábitos de lino, con una toca almidonada que le ceñía las arrugas del cuello. Su voz tras las rejas pinchudas y las dobles cortinas denotaba una santidad especial. Comentaban el nuevo concordato entre España y el Vaticano, lamentaban la abolición del diezmo eclesiástico o la muerte del papa Pío nono, que dio lugar a la elección de León trece en el solio pontificio. Al final no podían besarla, y como mucho rozaban sus manos pálidas entre los hierros dobles procurando no pincharse con ellos. Visitaban luego la iglesia, donde el niño miraba el sagrario con los ojos muy abiertos, pensando que si tanto brillaba te-tenía de ser de oro pu-puro; relucía también la custodia, que tenía piedras de colores y rayos largos y ondulados. La consuegra abandonaba el convento con una nueva inyección de misticismo, y volvía a su casa a tocar la citarina y a tratar de enderezar el tartamudeo de su nieto con ejercicios articulatorios. Cuando doña Casta murió estaba hecha carne momia, y no obstante su óbito supuso un duro golpe para la consuegra. “A la muerte no hay cosa fuerte”, suspiraba, y se consolaba pensando que había fallecido en olor de santidad, de resultas de la convulsión que le vino después de ingerir un purgante. La enterraron en la huerta del convento entre guisantes en flor, y la noticia se extendió por la ciudad de Cáceres cuando todos la creían muerta hacía más de veinte años.

***

EL TERCER CONDE, don Hernán, fue toda su vida más inútil que una mano sin dedos. “No hay dificultad más grande que la poca voluntad”, le decía su padre, y él lo escuchaba como quien oye llover, mientras lo acompañaba hasta el palacio de justicia donde se ubicaba la real Audiencia de Extremadura. El padre se explayaba hablándole del extraordinario castillo de Bellvís; le contaba con tintas escalofriantes que él mismo había presenciado ejecuciones de condenados, cuyas cabezas se exponían al público metidas en jaulas de hierro hasta que se pudrían y las devoraban los pájaros. Y mientras el resto de los chicos se jugaban al chito los ochavos morunos, o hacían bailar sus peonzas a la salida de la escuela, a él lo obligaban a tocar el violín, y como mucho le permitían montar a la puerta de su casa su caballo-triciclo, que causaba la burla de los demás. Le importaba bien poco que los reyes católicos hubieran mandado

desmochar los torreones de los nobles revoltosos de la ciudad, y que sólo a su antepasado don Diego de Cáceres le hubieran permitido conservar sus almenas. No acrecentó sus ansias de saber el que siendo un mocoso su padre lo llevara a la inauguración del ferrocarril Madrid-Aranjuez, ni le hizo mella el que Le Verrier hubiera descubierto el planeta Neptuno mediante operaciones matemáticas. Sí en cambio disfrutó en el estreno de la Traviata, al que sus padres lo invitaron con motivo de cumplir los trece años. Pronto se aficionó a las corridas de toros y se hizo amigo de rejoneadores y toreros. Se convirtió en un lechuguino con el pelo cortado en melena, con bigotillo cuidado y perilla, que saludaba displicente a las damitas sosteniendo en la mano una impecable chistera gris, o alborotaba la ciudad recorriendo las vetustas calles en un moderno y brillante velocípedo. Frecuentaba de incógnito las fondas, donde danzaban las mozas extremeñas al son de panderos y castañuelas. Se reunía con conspiradores carlistas, que usaban capote sobre el uniforme militar y escarapelas rojas en el sombrero de copa, y leían el periódico carlista “La Esperanza”. Había comenzado la guerra de África, pero él sólo la conocía de oídas. Tenía dieciocho años cuando en una corrida de la plaza de Ronda conoció a doña Sol, la hija del marqués de los Zegríes. La vio reír con sus amigas en un palco de la Maestranza y se quedó privado y atónito por su belleza y por sus ojos verdes, de forma que lanzó con tino un clavel a su palco y ella le dio las gracias con un gesto de su abanico. Iba ataviada de maja, con una madroñera roja de raso natural de donde pendían madroños negros de seda. Sostenía la red una peineta de carey y las borlitas negras y sedosas le caían sobre la frente y los hombros, prendiéndose en el descote del vestido con un par de claveles encendidos. Era muy alta y tenía el cabello rojizo, peinado en una gruesa trenza que le rodeaba la cabeza como una corona. “Ojos verdes, duques y reyes”, suspiró al verla don Hernán. Ella había nacido de la segunda y última unión de los marqueses, cuando el marido borracho confundió a su mujer doña Alfonsa con una suripanta francesa. A su padre no llegó a conocerlo, ni lo vio nunca porque la madre temía que la contaminara con sus ideas liberales. Cuando el marqués murió en un duelo en París la niña tenía cinco años, y se crió con su madre que la enseñó a hablar en latín y a tocar la citarina; le había mandado hacer un precioso retrato con un vestido azul y en la mano un aro forrado en terciopelo con cascabeles, y éste fue el único dispendio que se permitió doña Alfonsa en su vida. “Es más lista que rata cuartelera”, decía la madre con orgullo, pero lo cierto era que la niña siempre estaba en la luna y

se enteraba de todo con retraso. Un día se miró los calzones, los vio llenos de una sangre muy roja, y empezó a gritar pidiendo socorro hasta que sus amiguitas consiguieron calmarla y la hicieron entrar en razón. Desde entonces pudo considerarse mayor y quedó sometida a la servidumbre de las toallitas higiénicas, y al miedo de perder el apósito en cualquier sitio. Para evitarlo, su madre le había cosido dos asas con cinta de hiladillo, por donde pasaba un cordón que luego se ataba a la cintura. A partir de entonces dejó de crecer, pero ya había crecido bastante y se convirtió en una muchacha espigada, con el pelo de un dorado rojizo. Tenía un lunar en la mejilla, la nariz recta, la boca grande y atractiva, y una graciosa manera de hablar ceceando. Sonreía constantemente con modales un tanto afectados, y era tan ruidosa que hacía tintinear a su paso las lámparas de cristal de roca y estremecerse las esparragueras. Al colegio llevaba uniforme con capelina y un cuello blanco y almidonado sujeto con una polea. Cuando tenía diecisiete años la presentaron en sociedad, con motivo de las fiestas que se celebraron por el nacimiento del rey Alfonso doce, y desde entonces la solicitaban en todos los saraos los galanes y los guardias de corps. Aquella tarde don Hernán la saludó con el achaque de un lejano parentesco, le compró confites en un puesto y la invitó a madroños de verdad, que iban ensartados en finas varillas. La llamó prima de su alma, y ella no hubiera podido asegurar si aquello era una forma de decir, o si por el contrario expresaba un verdadero sentimiento. Don Hernán volvió a Cáceres fascinado. Desde allí le envió una carta y un cesto de acerolas de su finca de Extremadura, y ella se emocionó con la misiva, y más porque nunca había visto acerolas, que eran manzanas diminutas con un sabor dulce y perfumado. En la primera ocasión que tuvo, él fue a visitarla en su velocípedo y aprovechó el viaje para pedirle relaciones. Doña Alfonsa le concedió la mano de su hija, pues sabía que el novio estaba emparentado por su abuela con los Golfines de Cáceres. Aquella tarde lo obsequió con un concierto de citarina que él aguantó impávido, mientras lanzaba miradas ardorosas a su prometida, acomodados ambos en el confidente, un sillón doble donde solían platicar los enamorados bajo la vigilancia de la suegra. Los novios contaban los días que faltaban para la boda, que se celebró en Ronda, y ambos tenían diecinueve años cuando se casaron. No invitaron a Carmela la Gitana, aunque era abuela paterna de la novia, pero ella no lo tomó a mal, porque ya estaba acostumbrada a los desplantes de su nuera doña Alfonsa. A su hermano el marqués de los Zegríes sí que lo invitaron, pero él se excusó por motivos de peso, aunque lo cierto era que

estaba cazando alimañas en la sierra. Asistió el duque de Osuna vistiendo el hábito de Calatrava y lo acompañaba Leonor, hija única del príncipe Francisco José Federico, de las más antiguas familias principescas de Europa. Le regalaron a la novia una soberbia araña de cristal de la Granja, y al novio una consola de caoba adornada con taraceas. A la casa de Ronda llegaron embalados en virutas espejos isabelinos, fanales con floreros, porcelanas francesas y candelabros de plata maciza, un reloj de la Selva Negra y una cómoda de palo rosa con incrustaciones de marfil. Entre los regalos que llegaron a Cáceres destacaba un biombo francés único en su especie, con escenas de movimiento pintadas en cristal, que resultaron ser un lejano antecedente del cinematógrafo; lo envió Luis Napoleón, que se había proclamado emperador con el nombre de Napoleón Tercero, y al que en su tierna infancia había sanado el primer conde de unas fiebres malignas. Doña Sol trasplantó a Extremadura las costumbres andaluzas; llenó el caserón de testimonios románticos, las vitrinas de estuches y abanicos, de antifaces grotescos y de carnets de baile. Atiborró las repisas con caracolas, las mesas con floripondios y cajitas de música, las vitrinas con joyeros de concha y cuadernos de autógrafos, y en un mueble francés con incrustaciones de marquetería guardó las cartas de sus admiradores, a las que no quiso renunciar. Allí mismo conservaba como un tesoro un dibujo de Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta de las rimas, que entretenía sus aburridas horas de oficina sacando apuntes del natural, lo que le acarreó el despido. Don Severo, el segundo conde, andaba perdido entre aquella maraña de recuerdos y bibelots que le habían anegado la casa, mientras su hijo le dedicaba poesías a la recién casada. A él no le gustaban ni la esposa que había elegido ni que escribiera versos, pues todavía recordaba que el mal del siglo había arrastrado al poeta Larra a pegarse un tiro, no sin antes componer la postura ante un espejo. Pero don Hernán estaba demasiado ocupado en hacer el amor con doña Sol para pensar en suicidarse. Se instalaron para siempre en el caserón extremeño; hicieron quitar las celosías que mandara poner doña Casta, ya que ella estaba en la casa de orates y de allí pasaría al convento, de donde no saldría nunca. Al mismo tiempo eran el escándalo de propios y extraños, porque los gritos de ella se oían en todo el ámbito de las murallas y espantaban de sus nidos a las cigüeñas. La antigua carabina de doña Casta andaba furiosa, pues había sorprendido a los señoritos haciendo el amor a las doce del mediodía con la puerta de par en par, estando el señor conde en la casa, y todas las criadas solteras. Cuando doña Sol se apercibió de su

indiscreción, dudó entre dar explicaciones al servicio, o callar prudentemente. Don Hernán salía de aquellas sesiones rendido, pálido y ojeroso, con la cabeza hueca y zumbándole los oídos. Por entonces falleció su padre y él heredó el título de conde de san Justo y san Pastor. Un barbero rasuró el cadáver cuidadosamente, lo vistieron con el hábito de Santiago y lo enterraron con solemnidad, mientras la esposa, doña Casta, rumiaba sus manías persecutorias entre muros que ya por entonces se empezaban a derruir. Los días soleados de octubre se vivía en Cáceres una tardía primavera. Las hojas empezaban a dorarse y temblaban al sol, los viejos se sentaban en los bancos de piedra con sus cachabas y sus sombreros típicos, mientras las viejas a su lado hacían calceta. Presidía la plaza el templo de Santa María, concatedral de Coria-Cáceres, obra románica de transición al gótico que conservaba en su pavimento un catálogo completo de la heráldica cacereña esculpida en losas sepulcrales. Doña Sol paseaba junto a las losas tratando de descifrar los recios epitafios, como aquel que rezaba: “Aquí esperan los Golfines el día del juicio”. En pleno invierno, cuando la respiración flotaba en torno como una nube de vapor, cuando las ramas estaban peladas y el cielo gris, le parecía una delicia oprimir con la punta del pequeño zapato la superficie dura y cristalina, sentirla crujir y ceder bajo la pisada, siempre con cuidado de no resbalar en las pulidas losas heladas con sus botines de fina cabritilla. Doña Casta y doña Sol se llevaban como suegra y nuera. Cuando la anciana conoció su existencia le envió como trasnochado regalo de bodas una antigua edición del Kempis. Pero doña Sol se aburría en la iglesia, y en lugar de rezar se quedaba mirando el grueso cirio junto al altar y contaba las bolas de incienso pinchadas en la cera. El joven matrimonio pasaba el verano en La Hacienda, la hermosa finca que había creado con su esfuerzo don Severo. Y aunque la pareja se pasaba la vida retozando en la cama, dando escándalo a todos con sus desmanes amorosos, tuvieron que pasar trece años para que ella se quedara encinta. Ya desesperaban de tener descendencia, de forma que decidieron encomendarse a la virgen de Guadalupe. A su monasterio llegaron los condes descalzos y a pie, arrodillándose en el ermita del Humilladero donde se detenían los peregrinos medievales. Atravesaron el pueblo descalzos, bebieron de la fuente en la plaza de los soportales y por fin llegaron al monasterio guerrero y monacal, mezcla de alcázar, fortaleza y templo. Fuera por causa de la caminata, o porque todas las mujeres de su familia se quedaban preñadas a partir de los treinta, lo cierto es que doña Sol se quedó embarazada. Desde entonces empezó a tener más antojos que una

monja y a aborrecer a su marido. “Todos los días olla amarga el caldo”, se quejaba ante sus insinuaciones, de forma que limitaba el tiempo de cohabitación y se negaba a hacer el amor con la luz encendida. Don Hernán asestaba toda su artillería, tratando de llamar su atención, y sólo conseguía provocar en ella un sentimiento de rechazo. Lo llamaba mono libidinoso y le afeaba su incontinencia, así que él decidió cambiar de táctica y no la miraba siquiera. Pusieron dos camas en habitaciones separadas; desde entonces doña Sol empezó a dormir bien, porque hasta entonces se pasaba las noches agarrada al larguero como las gallinas, pues en cuanto lo tocaba ya lo tenía encima, y estaba demasiado cansada. Así, estando lejos, no se le ocurrían las malas ideas. A veces él alargaba la mano y tanteaba el aire, sin hallarla, pero luego se acostumbró y se fue bandeando hasta que nació el primogénito. Lo llamaron don Diego y su madre se volcó en él, de forma que en lugar de sus gemidos amorosos, atronaban la casa los gritos del bebé, que berreaba en forma extraordinaria. Era él quien ahora desvelaba a los vecinos y espantaba con su llanto a las cigüeñas. La condesa crió a su hijo al pecho durante el primer año; para ello se encerraba en la alcoba con él, atrancaba la puerta con llave y a su marido no volvió a admitirlo en el lecho conyugal. Como el niño no dejaba de llorar en toda la noche, por la mañana la madre estaba tan molida que se pasaba el día durmiendo, de forma que se le cambió el sueño y pasaban semanas sin que se viera el matrimonio. Pero don Hernán tenía más paciencia que Job en el muladar. Empezó a frecuentar el casino y a jugar al chapó, y llegó a dominar el billar como un consumado maestro. En cuanto al primogénito, fue creciendo fuerte y atlético, con el pelo rojo y los ojos verdes de doña Sol. Mientras su madre sesteaba tranquila, el se subía a los tejados y así se recorría la ciudad; y llegando al casino, entre los cristales de la montera veía desde arriba a su padre jugar al billar. Tenía trece años cuando su madre empezó con la edad crítica, y con ella le vinieron nuevos deseos carnales que rayaban en el furor uterino. Una noche se coló en la habitación de su marido. Él no había hecho en muchos años más que jugar al chapó y al billar y tenía los muelles oxidados por el poco uso, hasta el punto de que sospechaba haber perdido la cualidad de varón. “Cierro la puerta, quien viniere que llame”, dijo ella metiéndose en la cama, y él repuso dándole la espalda que de otro temple estaba la gaita. “Estás más flojo que un bendo”, observó luego ella, y él contestó medio dormido que ella estaba más vieja que el andar para alante. Pero como a lo más oscuro amanece Dios, ella se encargó de engrasarlo, y con la madurez volvió la concordia al matrimonio y los gritos de amor al dormitorio de los

condes. De forma que a los nueve meses de su incursión nocturna, doña Sol parió al segundón. Al recién nacido le pusieron don Casto por la abuela paterna que aún vivía, y como la veta debía estar algo agotada, el niño vino al mundo muy endeble y menudo. Su madre no pudo criarlo porque no le quedaba leche; después de la cuarentena sus relaciones conyugales siguieron con normalidad, y seguirían sin cambio apreciable hasta la más avanzada vejez de los cónyuges. En cuanto a doña Casta, murió a la edad de noventa años, sin que llegara a conocer la encíclica Rerum Novarum. Por entonces, don Hernán estuvo a punto de vender la Hacienda, y si no lo hizo fue porque se opuso doña Sol. Las casas se estaban agrietando en torno a la plazoleta, y las de los pastores y hortelanos, sólo por milagro se sostenían en pie. Se habían derrumbado las tenadas donde tiempo atrás guardaban las ovejas, y últimamente el primogénito, don Diego, había utilizado una parte para instalar duchas. Los corrales estaban reducidos a poco más que los cimientos, y los niños saltaban los muretes entre matojos y escombros de adobes. La explanada junto al río Tajo, antaño un vergel, conservaba sólo los frutales que no llegaban a madurar, porque los chicos del contorno arrancaban las frutas verdes. En cambio doña Sol, la condesa, había rejuvenecido en la casa de Cáceres. Renovó la sala ***Restauración***, que según ella guardaba reminiscencias de un romanticismo cursi, y llamó al quincallero para que se llevara los tarjeteros y los biombos, los tresillos de peluche y las cortinas filipinas de abalorios que ella misma había conseguido en tiempos con tanto trabajo. Hizo retirar los muebles lacados y los costureros, las cómodas japonesas y las colchas de Manila de seda carmesí, y tuvo que pagar encima para que se llevaran un extraño sofá tan pintoresco como incómodo, así como una colección de varios puf y tres mesitas con tablero bordado a punto de cruz. Todo lo sustituyó por muebles claros y mecedoras tapizadas con cretonas de flores, que pronto el sol puso todas descoloridas. Mandó restaurar la galería sobre pilares de ladrillos para que no se hundiera, y quitar las maderas viejas que sustituyeron por modernas ventanas de guillotina, tirando a la basura las cortinas y reposteros que se sustituyeron por persianas pintadas en colores alegres. Se desprendió de los candelabros porque habían instalado el alumbrado eléctrico, del brasero de bronce que ya no se encendía, y la badila inútil que ya no se usaba, porque había radiadores para la calefacción. El gas del alumbrado, que conoció su auge por los años noventa, se usaba ahora para guisar en la cocina. Doña Sol no pudo inaugurar el ferrocarril Transiberiano, como hubiera sido su gusto, pero acudió a la sesión que prepararon los

hermanos Lumière, que con su aparato mostraban la salida de los obreros de su propia fábrica. Más tarde, en las fiestas de san Isidro, asistió a la primera representación de cine de Madrid. El matrimonio salía a menudo a pasear por las calles de Cáceres, y el conde caminaba erguido, enfundado en la levita o el chaqué, cubriéndose con el clac y llevando corbata y monóculo. Ella seguía cuidando con esmero el aspecto de su calzado y de su chal, y nunca prescindió del abanico y el velillo. Con el nuevo siglo, don Hernán optó por la americana y el sombrero flexible y ella por el traje sastre y los zapatos bajos; pero a las fiestas seguía acudiendo ostentosa de sedas, encajes y plumas. En el paseo se cruzaban con gentes del pueblo que lucían trajes regionales de Montemayor, grandes sombreros y faldas coruscantes ceñidas con corpiños de seda; y en la nevería, él le compraba helados y pasteles de hojaldre. “Ya está viejo Pedro para cabrero”, decían los vecinos viendo a la pareja con sus arrumacos de ancianos. Se carteaban con doña Manolita, su pariente rondeña, y mientras ellos le enviaban por navidad alfajores y dulces de almendras, ella correspondía con piñonates y yemas del Tajo. Se intercambiaban tisanas digestivas, contra el reumatismo y las varices, o para combatir la obesidad de Carlota la Cubana, nuera de doña Manolita y esposa del actual marqués de los Zegríes. Don Hernán le había regalado a su esposa el último modelo de fonógrafo, dotado de una manivela, y ella guardaba sus discos primitivos en un musiquero que había sido de doña Casta, un primoroso mueble francés que había sobrevivido a la limpia de objetos anacrónicos. Estaban muriéndose a chorros y aún la servidumbre los sorprendía retozando en la cama. Murieron con una diferencia de horas, aunque ella era la enferma en realidad; pero a él lo agarró una colitis fulminante y murió de repente, y aunque a la condesa no se lo dijeron, ella había visto su ánima salir volando por una barbacana del torreón. La hallaron sin vida, aguardándolo en la torre desmochada, sentada en una mecedora tapizada en cretona con flores de lis.

***

DON DIEGO DE CÁCERES Y TRUJILLO nació después de trece años de retozo de sus padres, a raíz de que la condesa fuera en peregrinación a Guadalupe. Era un niño llorón, que había venido al mundo sin poder conciliar el sueño, y ese defecto le duraría de por vida. A los seis años tenía los pulmones de un barítono de primera; su madre lo vestía de terciopelo con golilla y cuando los otros niños lo llamaban marica,

él los hacía palidecer mostrándoles con descaro sus atributos. Se pasó la niñez gateando por los tejados de Cáceres; aferrado a las tejas aprendió las costumbres de las casas de citas, y a través de la montera del casino espiaba a su padre cuando estaba jugando al billar. En la biblioteca de la casona husmeaba en los libros que habían pertenecido a su bisabuelo, y en los grabados de anatomía estudiaba las partes prohibidas del hombre y la mujer. Estaba en plena pubertad cuando nació su hermano el segundón, comido de ictericia, y viendo a sus padres retozar sin ninguna precaución, se había prometido imitarlos en cuanto pudiera. Un día la criada lo sorprendió bañándose, y del susto se le desplomó el cerro de toallas que llevaba para planchar. Días después el muchacho pegó con los nudillos en la puerta de su habitación; ella le abrió la puerta, y luego los ojos y el cuerpo a la vida. Y aunque repitió la experiencia todas las veces que le vino en gana, sus padres estaban demasiado ocupados en sus devaneos como para percatarse de lo que ocurría en la casa. Cuando cumplió los diez y ocho, su padre le hacía consideraciones morales y él asentía sin discutir. Desde siempre don Diego disfrutaba martirizando a su hermano menor, que lo huía como a un terremoto; para evitarlo, los condes lo mandaron a estudiar leyes a Valladolid, que era la tierra de su abuela doña Casta. Allí se aburría de muerte, y para distraerse se acostaba con la dueña de la pensión. Tenía amigos desharrapados y se pasaba el tiempo en las tascas, codeándose con jornaleros y esquiroles, a los que abochornaba con su mala lengua. Cuando en vacaciones volvía a su casa de Cáceres, llegaba a la cocina y pegaba un silbido, con lo que la criada sabía que la visitaría por la noche. No se casó nunca, pero cuando acabó la carrera de leyes decidió sentar la cabeza y dedicarse a la política, igual que lo hiciera su abuelo, el segundo conde de san Justo y san Pastor. Pasaba los veranos en la Hacienda, junto con sus padres y hermano. El segundón era buen estudiante, un muchachito timorato que guardaba las formas y las convenciones sociales. Almorzaban trucha asalmonada que el conde pescaba en el río, donde el agua era verde y profunda; allí los chopos eran altos y frondosos y las ramas de los sauces se sumergían alzando remolinos. En la huerta giraban los cangilones lentamente, acarreando el agua que se derramaba, mientras una bestia daba vueltas con los ojos tapados, como si el tiempo se hubiera detenido alrededor. Don Diego recorría los senderos con una flor de malva en la boca, soñando que llegaría a ser un gran personaje en la política nacional. Allí, en la finca que fundara su abuelo y que su padre conservaba como Dios le daba a entender, él hallaba todos los veranos a la hija

de los molineros. Conocía a la muchacha desde que era una mocosa; siempre la había visto lavar en el río, en el lugar que llamaban la cascajera y que estaba sembrada de gruesas piedras redondas, donde saltaba la corriente. Cuando ella cumplió los diecisiete, el hijo de los condes le doblaba la edad; toda su familia había servido desde siempre en la Hacienda, y ella no se había movido de allí. Se llamaba Pepa y era medio simple; le gustaba subirse a los árboles con los muchachos de la finca, y al gatear enseñaba unos muslos blancos y gruesos. Con el tiempo se había convertido en una moza sana y colorada, y era guapa de cara, aunque tenía un asomo de bozo y las piernas algo torcidas. Trepaba al moral como nadie, porque las curvas de sus piernas se adaptaban a los nudos del árbol y sus brazos gordezuelos se agarraban al tronco, mientras cogía moras para el señorito. Su amor era el hijo mayor de los condes, y en él pensaba mientras con una piedra partía almendrucos en un escalón. Don Diego la miraba, porque se subía las faldas para recoger los cascabullos, y enseñaba el borde de los calzones atados con cintas. “Nunca me ve sino cuando meo, y siempre me halla arremangada”, reía ella en su inocencia. Un día don Diego la llevó a las tenadas y ella le notó en el pantalón un bulto que nunca había visto antes, y que se posaba en sus muslos. Allí, entre pajas y boñigas de ovejas, entre paredes derruidas que habían quedado para entretenimiento de los niños, el hijo de los condes le estuvo haciendo un hijo. Pasó el verano, los señores se fueron y ella siguió lavando en el río; hasta que un día, a su madre le chocó la redondez de su vientre. Y cuando quiso sonsacarla, le dijo ella sonriendo: “Con el señorito me eché, y puta me vi”. La madre resignada le dijo que no se subiera en el moral, no fuera a resbalar y caer; pero un día no pudo aguantar la tentación, y con barriga y todo empezó a gatear como un mono hasta las ramas más altas, que remontaban los tejados. Al tiempo que mostraba los calzones llenos de agujeros se cayó del moral, pues se rompió una rama con el peso; y aunque ella murió reventada, el niño pudo sobrevivir al batacazo. La enterraron al lado del río y plantaron encima un macizo de campanillas, que desde entonces estuvo siempre florecido. Al hijo de Pepa le pusieron de nombre José Cupertino. Nunca conoció su filiación, porque los molineros lo metieron en la inclusa, hasta que a los diez años don Diego se erigió en su protector y lo envió al seminario, de donde no saldría hasta después de cantar misa. Por entonces don Diego andaba encandilado con Juana García, la doncella de sus ancianos padres. Con el achaque de quitarle las espinillas la perseguía por los pasillos de la casa de Cáceres, y ella se quejaba: “Nadie sabe lo que tiene que aguantar un

pobre”. Pero cuanto más lo evitaba, más gusto le sacaba don Diego a quitarle los barrillos. Otras veces le contaba los lunares. “Los ha contado usted tantas veces, que tiene que saberlos de memoria”, le decía la chica. Era además un poco besucón y le gustaba darle azotes en el culo, mientras se le revolvía la criada. “Besos y abrazos no hacen chicos, pero tocan a vísperas”, protestaba ella, y él contestaba riendo que hombre besador suele ser poco empreñador. Un día, tanto la sobó y afinó la puntería, que sin saber cómo ella se vio preñada; estuvo un tiempo disimulando el embarazo, hasta que las señas fueron tales que tuvo que marcharse a parir a su pueblo, donde dio a luz a una niña que llamó Domitila. Por entonces don Diego se había entregado de lleno a la política, con tal fuerza de persuasión que en pocos años llegó a ser ministro del rey. Cuando la monarquía cayó, él se retiró de la vida pública, no sin antes despedir al soberano cuando salió con destino a París. Luego, volvió a su casa solariega de Cáceres. Los viejos condes no llegaron a conocer el desastre nacional, porque fallecieron meses antes, circunstancia que aprovechó Juana la doncella para instalarse en la casa con su hija. Don Diego tuvo que viajar a Ronda a apadrinar a la hija de sus sobrinos los marqueses, a quien bautizaron como Martina Beatriz Isabel de Hungría. Por entonces todos sus amigos se habían casado y tenían hijos y hasta nietos; mientras que él, hombre de siempre apasionado, se hallaba ante una vida vacía de pasión. Cuando le dijeron que José Cupertino había muerto en circunstancias misteriosas, consideró aquella muerte como un castigo a sus muchas veleidades. Se ocultó para llorarlo y, aunque aborrecía la debilidad, sintió que sus manos temblaban y se le partía el corazón, porque era su hijo, aunque no había vuelto a verlo desde que entró en el seminario. Cuando don Diego cumplió los setenta, hubo pasteles y copas de vino para obsequiar a toda la ciudad. Por entonces, su ahijada Martina Beatriz Isabel de Hungría había perdido a sus padres, y él la llevó consigo a Cáceres y la trató como a una hija. Era un hombre todavía vital, aunque sus ojos verdes estaban surcados de finas arrugas. Cuando Martina fue mayor de edad y quiso marcharse a París, él le permitió que lo hiciera, y sólo le pidió que le escribiera unas letras de cuando en cuando. Antes de morir, don Diego reconoció a Domitila como hija. “El tiempo todo lo cubre y todo lo descubre”, lloriqueaba Juana García limpiándose las lágrimas con el delantal.

***

FALTABAN QUINCE AÑOS para que acabara el siglo diez y nueve cuando murió el rey Alfonso XII, y su hijo póstumo vino al mundo el mismo día en que doña Sol daba a luz a su segundo hijo varón. Don Casto nació cuando su madre había cumplido los cuarenta y cinco, y siempre estuvo condicionado por su nombre de pila. Durante mucho tiempo se trasladó arrastrándose, dando culadas, de forma que se clavaba las astillas de la tarima en el trasero. Se quedaba petrificado frente al gran búho disecado sobre el aparador del comedor, y con las manitas en los bolsillos del guardapolvo con cuello de piqué musitaba bú-bú, con una especie de temor religioso. Por la noche la casa se llenaba de chasquidos inquietantes, era el ulular del viento sobre los tejados o el crujir de una falleba, y todo ello lo sobrecogía. A su hermano don Diego lo temía más que al cólera, y fue creciendo con la certeza de ser una criatura de segunda clase, comparado con aquel muchachote de pelo rojo y ojos vivaces. Él se veía desmedrado y enteco, sujeto a toda clase de dolamas infantiles. Acompañaba a su madre la condesa en sus paseos matinales, y jugaba al boliche al pie de la escultura romana de Ceres que coronaba la torre de Bujaco, y que el pueblo veneraba como la Santa de la Plaza. En vísperas de carnaval, las gentes lucían sus trajes regionales en la plaza mayor y se cubrían el rostro con máscaras. Por entonces llegó la noticia de que a Cánovas del Castillo lo había matado Angiolillo, un anarquista italiano. La situación de España era alarmante y las guerras de África se habían convertido en una sangría nacional. En casa, el muchachito se sentaba ante el piano de maderas finas, que ostentaba el escudo real, pues había sido fabricado en París para la reina por la casa Pleyel, y había llegado a Cáceres por un avatar de la fortuna. Nunca sintió el muchacho la concupiscencia carnal. Se entretenía en sueños masturbatorios, pero el placer que le proporcionaban era sólo intelectual. Se tocaba tan sólo para procurarse compañía, y sólo en raras ocasiones notó una cierta inflamación en sus partes pudendas. Nunca pensó que aquello constituyera pecado, hasta que fue a confesarse para hacer la Primera Comunión y surgió el espinoso tema de las faltas de modestia cristiana. Más tarde evitaría cualquier acto ligeramente sospechoso, para no verse obligado a confesarlo. La palabra adúltero le sonaba a algo pecaminoso, y por ello le parecía extraño hallar una palabra similar en los prospectos de las medicinas, relacionada con las dosis de las pastillas. Hasta mucho después no supo en realidad lo que era una virgen, y se quedó asombrado al saber que aquello a que tanta importancia se daba iba condicionado por una pequeña y frágil membrana en un lugar un tanto inconfesable.

Siempre que los mayores hablaban de algún afeminado aguzaba el oído, y había un tono de burla en la conversación que lo paralizaba. Lo mismo le ocurría cuando hablaban de locos. Se acostumbró a no sonreír porque se le habían roto los dientes incisivos de pequeño; rodó las escaleras de piedra, temieron que se hubiera descalabrado y tuvieron que ponerle suero antitetánico, porque el lugar estaba alfombrado de cagajones, así que desde entonces hablaba ceceando entre los dientes rotos. Por entonces su hermano don Diego era un desharrapado que se mezclaba en las peleas de estudiantes y rompía las farolas a pedradas. Por el contrario él era medroso y un tanto desequilibrado, porque había salido a su abuela doña Casta. Y aunque espantaba las ideas negras ellas volvían una y otra vez, como los moscardones que en septiembre están a punto de morir, pero siguen revoloteando con torpeza. Notaba sensaciones extrañas: de pronto sus manos parecían crecer al extremo de unos brazos que no eran los suyos, pero que llevaba pegados a los hombros. Lo que más le gustaba era entrar en la penumbra del gran despacho donde estaba el retrato de su bisabuelo, y allí sacaba un volumen de arcaicas revistas encuadernadas, corriendo los otros en el hueco para que no se notara la falta. Se llevaba a su cuarto el botín, se encerraba con dos vueltas de llave y hojeaba los figurines amarillentos de damas antiguas; con la navaja de afeitar de su padre las rebanaba limpiamente para unirlas a su colección de castas estampas femeninas. La opinión que tenía de su hermano don Diego era desastrosa. Pasaba los veranos en la Hacienda con él, y le indignaba que anduviera persiguiendo a la Pepa que era zafia y no limpia, y mucho menos distinguida que las mujeres de sus revistas. “A la moza y a la parra hay que alzarle la falda”, decía su hermano con una risotada, y él no le contestaba, porque predicar en desierto era sermón perdido. Con el tiempo llegó a hacerse fiscal, y cuando tomó posesión de su cargo tenía a gala ser el funcionario más joven del cuerpo. Llevaba impolutas las puñetas de encaje de su toga, vestía con elegancia y frecuentaba los lugares más selectos. “Mala cosa, cobrar mala fama”, solía decir. A su hermano le reprochaba su desorden moral, pero él no lograba poner orden en su propia cabeza. Vivía cerca de una compañera de trabajo, y aunque salían de la audiencia a la misma hora, durante treinta años fueron cada uno por su lado para evitar habladurías. Cuando sus padres murieron, ya muy ancianos y casi al mismo tiempo, él abandonó la casa solariega que ocupaba su hermano. Luego, en sus esporádicas visitas aprovechaba para husmear el desván que le traía tantos recuerdos de su infancia, aquella pieza abierta a todos los

vientos, de noche bajo el brillo de las estrellas, bañado en luna entre el maullar amoroso de las gatas en celo. O bajaba al zaguán y abría el portillo, entraba en el cuchitril que servía de carbonera y se adentraba en las piezas profundas del sótano, donde se amontonaba el carbón y el techo quedaba tan bajo que tenía que inclinarse al pasar en la oscuridad. Daba al interruptor y se encendía una bombilla polvorienta, que permitía apenas leer los rótulos escritos desde siempre en los muros, mostrando en sus fechas vetustas la venerable antigüedad de la casa. Tenía más de sesenta años y permanecía soltero, pero a diferencia de su hermano no se le habían conocido aventuras, aunque sí un cúmulo de manías. Ganó fama de estricto entre los fiscales de toda la nación, y condenaba con especial rigor los delitos sexuales ya que, según decía, él mismo había tardado muchos años en saber lo que era un burdel, y aún ahora no se explicaba cómo un hombre podía pagar a una mujer para hacer una cosa tan sucia. Estaba siempre alerta para sorprender cualquier error, y era el pánico de las criadas cuando lo veían aparecer en la casa con una brazada de periódicos bajo el brazo. “No hay razón como la vara”, era su norma de vida. Era tan severo que hasta su propio hermano le había cogido miedo, porque don Casto era de la opinión de que todo el mundo era culpable mientras no se demostrara lo contrario; así, pensaba que la cocinera robaba el café y lo sustituía con paquetes de achicoria. “Confessio est regina probationum”, solía decir. Cuando murió don Diego él acababa de jubilarse, y aunque pensaba heredarlo a su muerte, se encontró con que su hermano había testado a favor de su hija natural. Cuando supo que el conde había reconocido como su hija a la doncella, se hacía de cruces pensando que una simple criada pudiera ostentar el condado de san Justo y san Pastor; así que pleiteó y movió todos los hilos a su alcance. No ganó el pleito en cuanto a las posesiones de su hermano, ni consiguió el dinero, pero logró salvar el título nobiliario y quedó convertido en conde. “Puta la madre, puta la hija y hasta la manta que las cobija”, bramaba. Cuando tuvo lugar la luctuosa primavera de Praga, don Casto estaba vivo todavía, aunque convertido en carcamal. Se quejaba de que no tenía ni para comer y cenaba un huevo pasado por agua, que golpeaba con la cucharilla de plata hasta que abría brecha en la cáscara. Con el cuchillo rebanaba tirillas de pan, reventaba con ellas la yema y la mezclaba con la clara.

***

JOSÉ CUPERTINO NUNCA SUPO que era hijo de Pepa y nieto de los molineros.

Mucho menos llegó a imaginar que era hijo de don Diego el conde, ni que su madre lo concibió en una tenada, entre pajas y boñigas de ovejas. Era una criatura sensible, de hermosas facciones y ojos soñadores. A los diez años conoció al conde, su protector, que lo envió al seminario; desde entonces lo respetó siempre, aunque ignoraba que fuera su padre. Desde su celda oía las campanas que sonaban nítidas al amanecer, y aguardaba inmóvil bajo las mantas a que se desgranaran los tañidos, mientras oía los suaves ronquidos de sus compañeros de dormitorio. Ayudaba a misa y manejaba las vinajeras de cristal, que luego un sacerdote anciano de pulso tembloroso volcaba en el cáliz; en cuaresma los seminaristas salían al recreo embadurnadas las frentes de ceniza, llevando un aire penitencial que no casaba muy bien con el alboroto juvenil. Cuando iban de paseo llevaban sus becas coloradas y el pelo rapado, y algunos usaban cilicios para domeñar las inclinaciones de la carne. El muchacho era brillante en los estudios de teología, y sentía muy honda su vocación. En su primera juventud tuvo dudas de fe, que le hicieron sufrir, pero poco a poco las aguas volvieron a sus cauces. Le hablaban del comunismo como de una fuerza desatada del averno, siempre como algo abyecto, nunca como una especie de justicia social. En realidad, padeció una estructura medieval donde cualquier opinión personal estaba vedada; pero no quería renunciar a una herencia evangélica que le era tan precisa como el aire para respirar, y fue desarrollando poco a poco su sentido crítico. Empezó a entender a los hombres y a las diversas religiones; no concebía a Dios como un verdugo, pero sabía que la Iglesia oficial podía llegar a serlo con tal de mantener una supremacía espiritual, como si siempre temiera que le fuera arrebatada. Con veinte años cantó misa, y su primer destino fue una barriada de pescadores de Málaga. El tren pasaba entre chabolas, las aguas acariciaban una arena sucia donde los chiquillos correteaban desnudos con los cuerpos del color del bronce, y los pequeños sexos brincaban con sus brincos. Se oían voces destempladas en las viviendas de hojalata, mientras los marengos liaban sus cigarros cerca de los montones de redes y aparejos. Allí, en una vieja iglesia, se entregó a su ministerio. Deseaba ayudar a los humildes, y por primera vez se enfrentó con la vida y experimentó las miserias del mundo. También conoció el pecado en la práctica, porque antes lo había conocido en los libros y en los sermones, y aprendió a comprender al pecador. Supo del hambre de los niños de barrigas hinchadas, y se privó de su pan para dárselo. El día de la bendición de los escapularios, los fieles se apiñaban a la puerta de la iglesia. Fue allí donde conoció a Coralia. La

muchacha llamó su atención, porque iba peinada con un par de trenzas largas y lustrosas, y el velo negro se resbalaba sobre ellas. Luego la perdió de vista, hasta que la halló desmayada en la sacristía, reclinada en el mismo asiento donde él recibía a las madres angustiadas, a quienes su hombre no entregaba dinero, y que cada año tenían un nuevo hijo sin ninguna esperanza. Pasaron semanas y ella siguió acudiendo a la sacristía, donde sentada junto a él le relató su tormentosa vida. José Cupertino se convirtió en su confidente; al mismo tiempo se sentía lleno de serenidad, lleno de amistad, la tarde era dulce y ambos se sabían en paz, y era quizá porque estaban juntos. Él quiso redimirla y acabó enamorándose, soñaba con ella y ella le correspondía, aunque ninguno dejaba traslucir sus sentimientos. Hasta que un día la besó muchas veces en los hermosos ojos verdiazules, en los labios y en la boca, y desde entonces sus dedos recorrían el cuerpo de Coralia, y sus manos jugaban durante horas, mientras caminaban juntos por la playa solitaria. Pronto su amor fue del dominio publico. Él no sentía ningún remordimiento, porque la pasión lo cegaba, y no había pasado un año desde que salió del seminario cuando colgó la sotana, reunieron ambos el poco dinero que tenían y se fueron a vivir juntos a una chabola junto al puerto. Paseaban bajo los plátanos orientales a la luz de la luna, subían a lo alto del monte y desde allí observaban las playas y los pueblos costeros, siempre con las manos entrelazadas. Cuando se les terminó el dinero tuvieron que volver a la casita de la costa donde Coralia se había criado, y que no era más que una cochera reformada. Las mimosas formaban un bosquecillo en el bancal, y los árboles se llenaban de pequeñas bolas amarillas que formaban sobre la hierba una alfombra de puntos amarillos. Se sentía el latido de la tierra, susurraba la brisa entre las ramas de las dos palmeras gemelas, temblaba la dama de noche esparciendo perfume. Hicieron una vida idílica cerca de la casa de estilo francés que ocupaban las amigas y protectoras de Coralia, todas mayores que ella, y que desde el principio se mostraron muy cariñosas y cordiales. Él no trató de indagar nada más, tal era su ceguera. Junto al acantilado pizarroso, las espumas creaban en la noche fosforescencias misteriosas, y las estrellas eran como joyas sobre terciopelo. Todo era silencio, sólo el rozar del mar en la arena sonaba como un rasgar de sedas, y el aroma de la dama de noche llegaba mezclado con oleadas de calor. De cuando en cuando, oían un portazo en la casa de estilo francés. Una luz se encendía, se distinguían voces masculinas y risas de mujer. Poco a poco, José Cupertino se fue percatando de lo que estaba haciendo; empezó a decirse

a sí mismo que no podía vivir así, tenía que tomar una decisión pero la iba dilatando, tenía que romper las cadenas, pero en los momentos de amor todos sus escrúpulos se venían abajo. Hasta que un día cruzó la plaza soleada ante el palacio del obispo, se detuvo ante el portón brillante y entreabierto, y respirando hondo ingresó en la frescura del hermoso patio, sacando fuerzas de flaqueza. Habló con el obispo y le rogó que lo perdonara. “En la guerra de amor, el que huye vence”, le dijo él sonriendo. También habló con su protector y le rogó que se hiciera cargo de Coralia, que entró a cuidar a la vieja condesa. El obispo destinó al sacerdote arrepentido a un pueblo de la serranía. Llegado a su nuevo destino, José Cupertino advirtió en seguida en qué desprestigio había dejado su predecesor la parroquia. “Este pueblo está dejado de la mano de Dios”, se dijo el primer día, mientras tiraba a la basura periódicos amontonados desde el año del cólera, y cerros de recordatorios obsoletos y esquelas mortuorias. Blanqueaban las casas en las calles, veía a las mujeres con sus vestidos negros y pañoletas de lo mismo, llevando a la cabeza los cántaros rebosantes por la cuesta empinada; mientras, los pavos reales se erguían sobre los tejados, rodeados de la majestad de sus plumas metálicas brillantes y azules. Empezó a celebrar las bodas de balde, y durante unos meses desfilaron por la iglesia parejas de ancianos, algunos casi centenarios, que acudían apoyados en sus biznietos. También bautizó a una gran cantidad de feligreses, cualquiera que fuera su edad. Las mocitas comentaban entre ellas lo guapo que era, con aquellos ojos rasgados y oscuros, y unos dientes iguales y blancos cuando sonreía. Tenía voz de terciopelo, cuando hablaba desde el púlpito no le quitaban ojo y pronto lo llamaron el Cura Mocito. Vivía solo, lo ayudaban las mujeres del pueblo y lo socorría la esposa del alcalde. Acabó con los supuestos exorcismos que llevaba a cabo su antecesor, y cuando hizo volver de la muerte a un anarquista llamado Pastor, él no lo atribuyó a milagro, sino a las propias fuerzas de la naturaleza. Un día halló a un grupo de mujeres que rezaban en un rincón, y entre el murmullo de oraciones oyó un quejido prolongado. “Es el endemoniado”, le dijeron. “Este hombre está enfermo y no vais a curarlo con exorcismos”, les dijo él, y se lo mandó a don Camilo el médico, que en aquellos días iba a casarse con la menor de las tres hijas del alcalde. El novio había jurado que no se casaría por la iglesia, porque era ateo y se negaba a pisar sus umbrales; José Cupertino llegó a un acuerdo con él, de forma que el médico no confesó ni comulgó, ni se casó en la iglesia porque lo hicieron en el oratorio de la casa. En la boda, el cura conoció a Pasos Largos, el mítico bandolero ya anciano y acabado, que

tenía unos ojos verdiazules que lo hicieron estremecer. Luego supo que se había echado de nuevo a la sierra y quiso ayudarlo, junto con el anarquista Pastor. Les dijeron que merodeaba por la sierra Blanquilla, y clareaba el día cuando lo hallaron en una cueva, parapetado tras una gran piedra. Pero al aproximarse, vieron que estaba muerto. Llevaba dos heridas de arma de fuego, una en el pecho y otra en el vientre, y un guardia civil lo estaba vigilando. “Una confidencia nos puso sobre su pista”, les dijo él, “ lo tuvimos cercado en la gruta, y no consintió en entregarse”. Luego llegó el juzgado de instrucción. “Su vida no merecía otro final”, dijo el juez liando un cigarro, y dispuso que trasladaran a Ronda el cuerpo del bandido, para practicarle la autopsia. “Hoy es domingo de Ramos”, le dijo el cura a Pastor, y él contestó asintiendo: “Hoy empieza la primavera”. Aún no había estallado el Movimiento, y los dos se acercaron a Ronda para asistir al entierro. El pueblo estaba como izado en el cielo, sobre la gran isla rocosa partida en su mitad. Cuando cruzaron el tajo por el puente nuevo, los grajos lanzaban gritos entre las hendeduras, y el eco devolvía el chillido. “Parece que lloran por él”, se dijo José Cupertino. Allí los vientos y las lluvias habían tallado una colosal asa de piedra, horadando las rocas en sus partes más tiernas. La grieta enorme separaba los dos barrios del pueblo, el Mercadillo y la Ciudad, y sus flancos ostentaban racimos de verdes chumberas que pendían sobre el abismo. En el fondo podía distinguirse un hilo de plata, resto de la enorme corriente que en tiempos antiquísimos horadó la montaña. “Se llama río de la Leche, ¿sabe usté? Los moros lo llamaron Guadalevín”, decía Pastor, mientras él observaba abajo a los hombres del tamaño de insectos, los tejadillos rojos de un molino junto a diminutas cascadas. Recorrieron las callejuelas empinadas, y Pastor le estuvo mostrando las antiguas escaleras de la mina al borde del tajo, los nichos y habitaciones abiertas por los árabes en la roca viva. Fue la primera y última vez que José Cupertino visitó el palacio de los marqueses. Por entonces, había decidido escribir a Coralia. La muchacha temía por él, porque no distinguía de colores políticos y acogía a los rojos en la iglesia, ocultándolos para salvarlos de una muerte segura. Algunos meses más tarde, lo haría con Pastor. Alzaba la voz contra la hipocresía, y llegó a enfrentarse a la autoridad, de forma que lo fueron considerando un peligro. Hasta que una mañana Pastor llegó al pueblo buscándolo, porque se había cursado orden para su detención. Le alargó unas ropas de paisano, y le dijo: “Vamos deprisa, que no tardarán en llegar, y puede usté darse por muerto”. Caminaron por la sierra durante muchas horas y perdieron la cuenta de las leguas que

habían andado, pues pasaron dos veces por la misma cortadura, como si estuvieran dando vueltas. “No puedo más -dijo José Cupertino.- ¿Cuándo llegamos?” Se ocultaban entre los alcornoques desnudos acabados de descorchar, y cuando llegó la noche se escondieron bajo una chaparra, sin comer ni beber. “No podemos encender fuego”, dijo Pastor. De madrugada se deslizaron como serpientes entre los sembrados, mientras los perros ladraban en los cortijos y se oían aullidos de lobos. Por fin llegaron a una gruta cerca de Benaoján. “Tiene varias entradas”, observó Pastor, “aquí no nos encontrarán”. Cuando Pastor encendió la linterna, al cura le pareció que el cansancio de tantas horas se esfumaba en su cuerpo. No tenía ojos para admirar tanta grandeza: ante ellos se mostraba una verdadera hecatombe geológica hecha de columnas enormes, y según iban caminando, aparecían en los muros pinturas con más de treinta siglos de antigüedad. Estuvieron a punto de caer en un lago negro y profundo, y por fin llegaron a una sala tan alta como la cúpula de una catedral. Allí Pastor se despidió, prometiendo que volvería con víveres y armas. Le dejó la linterna, y a su luz estuvo el cura releyendo la carta que escribió a Coralia y que nunca llegó a enviar. “A veces, todavía, acudes a mis sueños -le decía. -¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Te pido perdón por el mal que te hice. A veces siento impulsos de que volvamos a hablar como en aquellos días lejanos, pero pienso que nuestros caminos se apartaron ya, y que no es posible encontrarse de nuevo. Supongo que te casarás y tendrás familia, pero yo nunca lograré olvidarte. Puedes estar segura de que has sido mi único amor”. De pronto sintió un miedo irracional, y veía abismos donde no existían, profundidades que no había visto antes y lo aterraban. Llegó a experimentar los temores y angustias del infierno, y se sintió anegado en un sudor frío y pegajoso; luego se quedó dormido, en un letargo agitado por las pesadillas. Cuando se despertó estuvo tanteando las paredes de la cueva, porque había dejado la linterna encendida y se habían gastado las pilas. Hiriéndose y resbalando, logró por fin alcanzar la salida, sin sospechar que lo aguardaban fuera. “No disparen- gritó-, me voy a entregar”. El sargento apretó el gatillo y la bala lo alcanzó entre las cejas. Luego lo remataron, destrozándole el rostro. El guardia sujetó el arma por el cañón y apoyó la culata en una piedra, mientras su tricornio brillaba acharolado a la luz del amanecer. “Muy hábil tiene que ser el que lo reconozca”, rió, mirando aquellas facciones que las balas habían deshecho. “Habrá que inventar algo, diremos que lo hallamos colgado de una cuerda”, dijo otro con una risotada. Todos miraban el cuerpo acribillado de José Cupertino, a

quien don Diego lloraría en silencio, y a quien Coralia nunca podría olvidar. Debajo de las ropas de paisano podía adivinarse su musculatura suave; no había alcanzado siquiera los treinta y tres años, la edad de Jesucristo, otro muerto prematuro. Y mientras él permanecía de bruces, con la cara rota y descansando sobre un charco de sangre coagulada, se oía el canto lejano de un labrador y las ruedas de un carro sobre la vereda.

***

JUANA GARCÍA ERA RUBIA Y GRANDE, con los ojos azules y más blanca que el pan de Alcalá. Había nacido en La Serena de Extremadura, y a los veinte años entró al servicio de los condes. Era muy bruta, rompía todo lo que hallaba a su paso, y había alcanzado cotas increíbles en el arte de destrozar: ollas de porcelana, pilas de fregar de granito, y mesitas de alabastro donde se subía a manejar el plumero. El mármol se iba a la quinta puñeta, como decía Magdalena, y había logrado desbaratar quicios de puertas y balaustradas, y hasta las losetas basculaban a su paso. Era el suyo un despliegue de fuerza irracional, digno de mejor causa, y hubiera sido a buen seguro una Juana de Extremadura que hubiera dejado por los suelos a una Agustina de Aragón. Pero era fiel a los señoritos, sobre todo a don Diego, por el que se desvivía. Por las mañanas, Magdalena tenía que sacarla a empujones de la cama. “Cuando amanece, amanece para todos”, le decía, y ella andaba azacanada de acá para allá, toda despelujada, cuando lo más importante, según decía Magdalena, era que la mujer estuviera peinada y las camas hechas. Toda la lana de su colchón se desplazaba a un lado; en cambio, los de los señores estaban embastados, con ojetes metálicos y cintas sujetando la lana. Siempre había un frasco de brillantina en la repisa de su cuarto, la usaba para marcarse las ondas cuando se peinaba, y su compañera se quejaba de que ponía perdidas las almohadas. Cada vez que se cruzaba en los pasillos con el hijo de los condes, él se empeñaba en extraerle los barrillos; luego seguía metiéndole mano y le buscaba los pechos bajo la blusa, con el achaque de las espinillas. “Tú empieza con besos, y acabarás pecando”, decía Magdalena, cuando la sorprendía rondando la habitación del señorito. Ella misma no pudo saber cómo ocurrió, pero un día ambos se vieron enzarzados sobre el suelo de tarima, junto a la cortina de damasco rojo del salón. Tenía Juana veintitrés años cuando dejó de bajarle la regla; se desmayaba en

la iglesia, y cuando supo que estaba embarazada se apretaba los refajos para disimular. Cuando la vio el médico, ya estaba preñada de seis meses; así que guardó sus pobres ropas en una maleta y se fue al pueblo con su madre. “No sé cómo ha podido ser”, lloriqueaba ella, y aunque hubiera parecido difícil creerlo, quizá decía la verdad. La madre se quejaba de que le había puesto la cara en vergüenza. Cuando nació su hija la llamó Domitila; la dejó con la abuela, y ella volvió a casa de los condes con rellenos para suplir la diferencia, de forma que se acostumbró al bulto y cada vez que intentaba quitárselo se resfriaba. Domitila García llevaba los apellidos de su madre y siempre desconoció su filiación, y que era hija de don Diego; vivió en el pueblo hasta los siete años, y cuando los ancianos condes murieron, su madre se la llevó con ella. “Aquí hace menos falta que los perros en misa”, rezongaba Magdalena. Se crió en el jardín con las gallinas y los gatos y la madre la prevenía contra Justo, el jardinero, que era hijo de Magdalena. Se pasó la niñez subida en las higueras y de esa forma no molestaba a nadie, porque don Diego la ignoraba por completo. Cuando don Casto llegaba a la casa ella no se atrevía ni a mirarlo; no sabía lo que era un fiscal, seguramente nada bueno porque don Casto sonreía poco y como de compromiso, y además pensaba mal de todo el mundo. Así que cuando el hermano del señorito llegaba a la casa ella no se movía del jardín, donde criaba gusanos de seda que le hacían grandes capullos amarillos o blancos, y que ella cortaba por la mitad para ver lo que tenían dentro; o desenterraba con una azadilla lombrices y babosas, que avanzaban dejando un reguero de babas. El poco tiempo que pasaba en casa, andaba como un fantasma sorprendiendo conversaciones detrás de las gruesas cortinas; y aunque pareciera jugar con la gata de angora, sabía todo lo que pasaba alrededor. Pasado el tiempo, su madre tuvo que ponerle sostén, porque los pechos se le descolgaban y le dolían cuando saltaba en el jardín; así que estuvo cortando unos sostenes de lienzo moreno, les puso tirantes de raso y corchetes detrás, y los remató con un piquillo. Poco a poco Domitila empezó a ayudar en las tareas de la casa, y si alguna vez supo que era hija de don Diego, se encargó muy bien de disimularlo. “Anda, que comes más que la orilla de un río”, rezongaba la cocinera. A los quince años le pusieron el uniforme de doncella, y le preguntaba a su madre: “¿Qué cosa es casar?” “Dicen que parir y llorar, aunque yo no lo sé, porque no me he casado nunca”, le contestaba ella. Por entonces llegó a la casa Martina, a quien llamaban la marquesita, que era ahijada del conde y se había quedado huérfana. Desde un principio Domitila

le tuvo envidia, porque tenía las manos suaves y finas, y las suyas eran callosas y ásperas. Siguió aborreciéndola hasta que ambas se convirtieron en mujeres y Martina se marchó a París, llevándose a Coralia con ella. Cuando murió don Diego, Juana García no se apartó de su lecho de muerte; fue entonces cuando consiguió que reconociera a su hija natural, de forma que Domitila pudo heredar su fortuna. “Ni se muere padre ni cenamos”, suspiraba la chica, mientras su madre gimoteaba por los pasillos. No tardó don Casto en pleitear contra ellas por causa de la herencia; el caballero no ganó el litigio, pero arrebató a Domitila el título de condesa. Lo primero que hizo la heredera fue poner en la calle a Magdalena y a su hijo, y encargar al abogado de don Diego que pusiera en venta la casona y la finca. Todo lo que había dejado su padre lo convirtió en dinero, sin que don Casto pudiera evitarlo, y fue bastante que pudiera librar el título de la vergüenza. A Domitila le cambiaron el apellido y para colmo le pusieron de nombre doña Sol, como su abuela; y como ella misma no se reconocía, optó por que la llamaran Domi. Estaba madura, pero de buen ver. Nunca había visto el mar, así que decidió cruzar el estrecho y pasar el verano en Tánger, que estaba por entonces de moda. Allí estuvo visitando las tiendas de los indios y todos los anticuarios árabes; cargó con chucherías y recuerdos para asombrar a sus amigas, se probó chaiques de ormesí orlado en oro, regateó almizcles de Oriente y popelines de Cachemira. Ella y su madre adquirieron montañas de medias de nilón; pasaron la aduana con piezas de seda natural enrolladas al cuerpo, abrigos de visón en pleno mes de agosto, y polveras y encendedores en el doble fondo de la maleta. Luego, para epatar a Martina, se fueron a vivir a París. Llegaron con el cielo gris de lluvia, y mientras en un taxi bordeaban los quais junto al Sena se quedaban pasmadas mirando los suntuosos edificios, los puentes sobre el río y la torre de hierro que sobresalía sobre lo demás. Una guía francesa injertada de yanqui las aguardaba en el hotel. Pasearon en el bâteau-mouche, visitaron museos y las llevó a ver la casa de Rodin, donde estaba la famosa escultura del beso. “Estoy harta de ver estatuas”, dijo Juana García, y entonces la guía sacó las entradas para una sesión de ópera, después de merendar en una ***brasserie***. Se asombraba Juana García de lo que sabían las francesas, y decidieron contratar a la chica para que viajara con ellas y les sirviera de intérprete. Ella se llamaba Christiane y era hija de norteamericano y francesa; preparó a Domitila para introducirla en sociedad y la enseñaba a comer los mariscos sin ponerse perdida. En el comedor del hotel, Domitila y su madre miraban con asombro la ceremonia del

servicio, el movimiento pendular con que un camarero impecable trasladaba los alimentos desde una pequeña bandeja ubicada en un carrito hasta el plato de cada una. Asistían a los conciertos, aunque Domitila aborrecía la música; según decía la francesa, ella no tenía gusto para vestir y tenía que dejarse aconsejar. “Tengo que adelgazar aunque me muera”, se dijo, mirándose desnuda en un espejo del hotel. Estuvo dos meses sin apenas comer; Christiane cuidaba su alimentación, de forma que tenía las tripas como cañón de órgano. Por si fuera poco, acudía a un gimnasio donde hacía flexiones y la martirizaban con aparatos de masaje. Luego pedaleaba en la bicicleta, y al final se duchaba y tomaba la sauna. Fue allí donde acudió a su mente la idea: “Tengo que comprar un palacio en París”. Sabía que Martina estaba necesitada de dinero, y dio orden al abogado de que adquiriera el inmueble que había pertenecido a los marqueses. Lo visitó con Christiane, que estuvo revisando las sillas torneadas, las tapicerías de seda que empezaban a abrirse, los pebeteros y los apliques; para agradecérselo, ella le regaló un barómetro que había pertenecido al tercer Napoleón, de porcelana fileteada en oro, con amorcillos incrustados y enmedio algo parecido a un reloj, que señalaba muchas cosas que la Domi desconocía. Mandaron tapar las goteras y reparar las deficiencias, y en el pequeño jardín la francesa inventó un cenador de columnillas. Tuvieron que acudir al modisto para ocupar en parte los vestidores y roperos. Juana García se puso sombrero y le pegaba tanto como guitarra en velatorio; por entonces su hija la obligó a quitarse los refajos y amuebló para ella todo un ala del palacete. La instaló allí con una doncella a su servicio, y ella estaba tan ancha que no le cabía un piñón por el culo. En otro ala se quedó a vivir la francesa, que en lugar de empleada parecía la dueña de todo. Por aquellos días, Domi había conocido en París al amante de Martina; le gustó, porque era muy hombre y tenía aires de intelectual. Se llamaba Nicomedes Luis, y cuando rompió con Martina la visitó en el palacete y se quedó instalado allí. Al menos, así lo contaba la gente de Cáceres.

***

MAGDALENA ERA sobrina de una pinche de hotel aficionada a la bebida, y ella llevaba camino de serlo, porque la tía la arrastraba a su vicio. La condesa decidió arrancarla de su mala influencia y la llevó con ella a su casa; como la chica había aprendido de su pariente tanto lo bueno como lo malo, se reveló como una magnífica

repostera, aunque de vez en cuando tenía alguna escaramuza con el vino. Varias veces tuvo que salir doña Sol a buscarla cuando volvía a las andadas, por lo que la muchacha había cobrado por ella una auténtica veneración. Por entonces se había quedado sin servicio la marquesa de los Zegríes, y ella se marchó a Ronda con doña Manolita para servirle de repostera. Estaba comprando una libra de chocolate, cuando vio a Florentino el cabrero, que se había vestido de fiesta para conquistarla; y aunque ella se resistió al principio, terminó casándose con él y se fueron a vivir a la sierra. Allí alquilaron una casita y allí tuvieron dos mellizos; pero el marido no le daba dinero y le hacía la vida imposible, así que ella cogió a uno de los niños y se marchó sin avisar, en el borrico donde el cabrero vendía los quesos. Llegó a Extremadura con un hijo de más y unos dientes de menos, y en casa de los condes la recibieron con los brazos abiertos. “Nadie ha nacido que no yerre”, le dijo doña Sol, y desde entonces fue una institución en la familia y la reina de la cocina y sus alrededores. En las solemnidades asaba el lechazo como nadie, mechaba las carnes como el mejor cocinero francés, y montaba el merengue como los propios ángeles. Su hijo Justo creció en el jardín de los condes; se acostumbró a vivir con los gatos y los caracoles, y disfrutaba inundando de agua el gallinero y haciendo correr a las gallinas. Cuando su madre guisaba los corderos le guardaba las tabas y se las teñía de colores, para que jugara con ellas en el jardín. En invierno el agua del cubo se helaba y la tierra se endurecía, y él se refugiaba en el gallinero, que humeaba por el calor de las gallinas, adormecidas sobre los palos o escondidas en un rincón. En verano se lo llevaban a la Hacienda, y allí ayudaba a su madre a pelar los pichones, escaldándolos en agua hirviente, y quemando luego los cañones en las brasas. Tenía cuatro años cuando veía a don Diego retozar en las en las tenadas con la Pepa, espiándolos detrás de los adobes. Él fue quien dio el aviso cuando la chica se cayó del moral, y contribuyó con sus manitas a plantar los macizos de campanillas encima de su tumba. Justo sabía que tenía un hermano gemelo, a quien no conocía, y que se llamaba Pastor. En cuanto pudo manejar una azada lo emplearon de jardinero, y en ello estaba cuando llegó a la casa Domitila García. En primavera fumigaba los rosales para que los cocos no se los comieran; le enseñaba a la niña el nombre de las flores, y conforme iba creciendo se fue enamorando de ella. Supo que su mellizo, Pastor, había huido cuando el Movimiento, y que se había establecido en Tánger de camarero. Cuando murió don Diego, Magdalena se hartó de llorar, y más cuando supo que lo había heredado Domitila, porque antes de morir la reconoció como

hija. Al final, la heredera terminó echando de la casa a la madre y al hijo.”No estoy tan coja que no pueda andar una legua”, lloriqueaba mientras hacía las maletas. Se fueron a Tánger con Pastor, y él colocó a su hermano de jardinero en casa de un moro notable. Magdalena abrió en el Zoco Chico un bacalito, donde servía vestida de mora pasteles de coco enranciado y frascos de mermelada inglesa. Tánger ya estaba en decadencia por entonces, y pronto perdería su condición de ciudad internacional.

II.- LA SERRANÍA

"...Hombres expuestos a la plenitud del influjo cósmico, ajenos al apremio de los acontecimientos..."

Rainer Maria Rilke.

LA CIUDAD

“Es un sitio incomparable, un gigante hecho de rocas que soporta sobre las espaldas una pequeña ciudad, blanqueada y reblanqueada de cal”

R.M. Rilke.

ENTRE LOS SUCESIVOS HABITANTES de la Serranía habían configurado una raza peculiar, donde se embrollaban los rasgos semíticos con los púnicos y cartagineses que dejaron sus alfabetos en las monedas. En Accinipo seguían acuñándolas en tiempos de los romanos, y tal importancia llegó a cobrar la ciudad que Vespasiano le concedió el derecho latino, lo mismo que a Córdoba y a Sevilla. Un jefe bereber de Ronda se hizo fuerte contra Abderramán, y repartió la sierra entre sus amigos y familiares. La población se fue rodeando de jardines, castillos y murallas; se instalaron baños y se alzaron las puertas de Almocabar y la del Viento, que daban acceso a la ciudad. Su alcázar era inexpugnable, con tres muros de torres, y rodeado de una profunda hoz en cuyo fondo corría el río. Sólo con engaño pudo el Rey Católico tomarla. Siglos más tarde, en el mes de febrero del año mil ochocientos diez, llegaron los franceses a Ronda, y fue tal la resistencia que hallaron, que tuvo José Bonaparte que abandonarla, dejando allí una guarnición. Nombró gobernador a Bussain, un barón del Imperio; era éste un valiente soldado de Napoleón, aunque tan zafio que divertía a todos con lo grosero de su habla. Tenía una talla colosal, y estaba poseído de una tal hambruna que acababa él solo con la ración de varios hombres. Junto a la fuente de los Ocho Caños hacía ajusticiar a los rebeldes, en el templete de los Ahorcados; y allí servían de escarmiento, con sus caras amoratadas picoteadas por los cuervos. Se alojaba en la posada de las Ánimas, donde en una ocasión habían coincidido Cervantes y Vicente Espinel. Hizo instalar una prisión en el puente nuevo, sobre las bataholas de los hojalateros, y allí se pudrían los serranos que osaban alzarse contra los franceses. Pero nunca pudo apresar a Francisco de Borja, el principal de los guerrilleros. Era hijo de unos talabarteros y se había ido convirtiendo en un mozo vigoroso y esbelto, pelirrojo y con los ojos verde uva. Además de ser el mejor capitán de guerrillas era un

magnífico torero; llevaba un chaleco de seda de colores, calzones de terciopelo verde con botones de filigrana, una faja ceñida y polainas bordadas sobre los zapatos de becerro. Un día en que lo perseguían los franceses llegó a refugiarse en el Barrio, bajo el tejado de una casa, en la cámara que usaban de granero. La ocupaban unos gitanos, y desde allí oía las castañuelas y el tambor. Ellos le dieron a comer migas con torreznos y allí conoció a Carmen, la moza más hermosa de la serranía. Su madre reparaba sartenes y cacharros de cobre, y ella mendigaba y decía la buenaventura, y hasta había bailado delante de la reina, que le regaló su mejor abanico. Era morena como todos los suyos, con los ojos grandes y la piel de aceituna; tenía el pelo negro y los dientes blancos como las almendras. Estuvo bailando aquella noche polos y serranas, tangos y rondeñas; le dijo al guerrillero que hiciera el signo de la cruz en su mano con una moneda, y susurró a su oído: “Tú serás el más grande de la Serranía”. Luego, él la llevó a la feria a la grupa de su caballo, desafiando la vigilancia de los franceses; y cuando llegó la madrugada, ambos durmieron juntos en el campamento gitano. Tres meses después, el Barón del Imperio se atrevió a salir por el campo que estaba detrás de la iglesia de la Merced, y no había andado una legua a caballo cuando fue muerto por el disparo que le hizo Francisco de Borja. A él lo hirieron en la escaramuza los soldados, pero herido y todo siguió peleando y logró escapar. Sus compañeros lo ocultaron en un coche, el cochero azotó sus mulas y lograron llevarlo al pueblo antes de que muriese. Dijo que lo trasladaran a la iglesia del Padre Jesús y que llamaran a Carmen la Gitana. Parecía que en el templo se hubieran congelado varios siglos de frío, se había incrustado en las maderas de los bancos y hasta en los mantos de las imágenes. Aquella mañana los cántaros de Carmela amanecieron volcados, se le había derramado la sal y se le apagó la candela, así que supo desde entonces que su desgracia estaba escrita y que Francisco de Borja moriría. La condujeron a la iglesia escoltada y un compañero puso el fusil atravesado a la puerta, de forma que obstruyera el paso y nadie pudiera molestar a los que se casaban. Allí mismo murió Francisco de Borja. “Son gajes de la guerra”, dijo con el último suspiro, pero en el mes de agosto los franceses abandonaban Ronda. Estaba saliendo de la sierra el último francés cuando Carmen parió un hijo varón. El rey Fernando séptimo pudo volver a España, y en todas partes se celebraban corridas de toros y se alzaron arcos triunfales. Carmela estaba recién parida cuando entró un notario en su zaquizamí; llevaba una cartera con documentos, y leyó en tono protocolario los legajos que acreditaban para el niño el título de marqués

de los Zegríes, la posesión de un palacio en Ronda y varias fincas en la sierra, todo en memoria de su padre. El palacio era el sueño de un gobernador, el mismo que ocuparon los Reyes Católicos cuando la conquista, y allí bordó la reina el pendón de Castilla que se conservaba en el ayuntamiento. Cuando Carmela entró con su hijo en el patio árabe, iba tan hinchada de orgullo como el pan caliente. El notario le estuvo explicando que la portada era de orden dórico con torres mudéjares, y que el patio de azulejos databa del siglo dieciséis. “Vea los hierros de forja rondeña, los aldabones de bronce”, decía, y ella afirmaba con la cabeza, porque ni siquiera sabía leer ni escribir. En el zaguán le mostró el poyo de piedra desde donde montaba en su caballo la reina Isabel, y luego la guió entre los pasadizos que comunicaban el jardín con la antigua Cashbah. Fueron al cortijo, y entraron por un arco de piedra, donde acababan de tallar un escudo con una vara de nardos sobre campo de gules. Visitaron los establos y las cocheras, y lo primero que hizo Carmela fue escoger su montura y encargarse una jamuga de montar. Tiró la baraja usada, el caimán disecado y el abanico de la fortuna con el que leía el porvenir, y se trasladó al palacio con su hijo. Varios meses después Francisco de Goya la vio en una juerga flamenca; acababa de pintar a los duques de Osuna con sus hijos y a la duquesa de Alba; no cejó hasta conseguir que Carmen posara para él, y le hizo un retrato vestida de maja rondeña.

***

EL PRIMER MARQUÉS DE LOS ZEGRÍES se llamó Francisco de Borja, como su padre. Se parecía a Carmela la Gitana y tenía el pelo de un negro azulado como ella, pero los ojos verdes del guerrillero que heredarían todos sus descendientes. Por una ironía de la sangre fue siempre un tanto afeminado, y afrancesado desde su nacimiento. Fue expreso deseo del rey que lo enviaran a educarse con los jesuitas; así fue como el niño acudió a un colegio distinguido con verjas terminadas en punta de lanza, donde asistían los hijos de familias ilustres generación tras generación, desde que Ignacio de Loyola fundara la Orden para educar príncipes. Siempre se avergonzó de ser hijo de guerrillero y de gitana, pero como lo ocultaba, pronto se hizo con grandes amistades. Tenía las manos y pies delicados y finos, y él lo achacaba ante los otros a lo selecto de su origen cuando apoyaba sus largos dedos de uñas alargadas en el teclado del piano de cola. Todo en él era comedido, sus gustos selectos, y disfrutaba

sobre todo tocando el piano. A fin de curso se distribuían las dignidades del colegio en el teatro principal y nombraban al brigadier; y no podían declamar el “Dulcísimo recuerdo de mi vida”, porque aún no había nacido el padre Coloma. Cuando Francisco de Borja abandonó el colegio bailaba el minué y la pavana como nadie, y se dedicaba a divertirse, mientras las luchas de absolutistas y liberales ensangrentaban España. La expedición de los cien hijos de san Luis había restablecido el absolutismo del rey, y la horca permanecía levantada después de la reacción liberal. Por entonces murió Goya en Burdeos, y el joven marqués mandó su condolencia a la familia. A los dieciséis años fue uno de los fundadores del Conservatorio de Madrid, y luego huyó a Francia, por causa de la epidemia de cólera que azotó Andalucía, coincidiendo con la primera guerra carlista. Su madre se había quedado en Ronda entregada a sus juergas flamencas, y gastaba tanto que tenía más trampas que los Guachapines. Como quería mejorar la estirpe, arregló la boda de su hijo con una señora de rancio abolengo llamada doña Alfonsa. Ella tenía treinta años, diez más que el marqués, pero era de la Real Maestranza y tenía buenos dineros que Carmela necesitaba para sus francachelas crepusculares.”Es más antigua que el pedo”, protestó él cuando lo supo, a lo que la madre contestó que más valía vieja con dinero que moza con buenas carnes. “La gallina vieja hace buen caldo, y además, dicen que es más leída que la epístola de san Pablo”. La tal doña Alfonsa era flaca y demasiado insignificante, vestía siempre de oscuro, y era tan sabihonda que en Ronda la llamaban la Latina. Él consintió en casarse, pero decidió no mirarla nunca en la cama, ni acostarse con ella con la luz encendida. La noche de la boda, la desposada salió corriendo de la alcoba nupcial que Carmela les había preparado en el palacio. Cuando lo supo, la gitana se moría de risa. “A ver si te va a pasar como al de Utrera, que sacó a la novia y la dejó entera”, le decía a su hijo. Pero a los nueve meses del suceso, doña Alfonsa dio a luz a un varón a quien llamaron Borja a secas. No hicieron uso del matrimonio más que dos veces en su vida, y la segunda por equivocación. El marqués se asfixiaba en su casa de Ronda, y se mandó construir un palacete en uno de los barrios más elegantes de París. Y aunque según decía lo había logrado con sus rentas, las malas lenguas aseguraban que había sido con el dinero de su mujer. Doña Alfonsa no quiso acompañarlo, y él tampoco se lo pidió. El se pasaba allí la vida, mientras su mujer se ocupaba en Ronda de sus finanzas y procuraba sacar adelante las fincas. El pequeño Borja tenía siete años cuando su padre se lo llevó con él. En el palacio de París, los invitados franceses

empezaban bailando la mazurca y el rigodón, seguían con la polca y acababan descomponiéndose. Se quedaban dormidos en casa del huésped con las bujías encendidas, tumbados en las gruesas alfombras y en los divanes estilo imperio tapizados en satén. Muy a menudo, Próspero Mérimée visitaba el palacio. Había viajado a España en su juventud y mantenía una fiel amistad con la condesa de Montijo, cuya hija sería con el tiempo emperatriz de los franceses. Por entonces, estaba ocupado con sus Cartas de España, y había tomado de modelo a Carmen la de Ronda para su novela más famosa. Era un gran amigo del teatro, y él le presentó al marqués a una actriz llamada Mimí. Él la llevó a su casa y estuvieron fumando hashish acomodados en un canapé. Del canapé pasaron a la cama y allí se amaron locamente bajo una lámpara de cincuenta brazos, mientras un centenar de espejos les devolvían sus imágenes. El marqués reclamó a su hijo Borja porque era el único vástago que tenía y su sucesor en el título, y no quería que doña Alfonsa terminara metiéndolo fraile. Cuando el niño llegó al palacete, lo recibió una “demoiselle” que pusieron a su servicio. Ambos descubrieron un arsenal de disfraces que guardaba su padre en la mansarda, y desde entonces la señorita de compañía disfrutaba disfrazando al muchacho. Lo vestía de romano o de vikingo, le envolvía la cabeza en turbantes de lamé con penachos de plumas fabulosas, le probaba chalecos de seda natural profusamente bordados, calzones de raso recamados con sartales de perlas, y hasta lo vestía de mujer. Cuando lo llamaba el preceptor para estudiar la lengua francesa, él contestaba: “A posteriori”, y seguía jugando con su institutriz. La segunda vez que los marqueses realizaron el coito engendraron una niña, con ocasión de un viaje que hizo el marido a Ronda para hacer acopio de dinero. Llegó en pocas fechas de París a Madrid, mientras que la gente del pueblo viajaba lentamente en galeras, unas carretas sin muelles, forradas con esteras de esparto. Francisco de Borja asistió en la Corte al estreno de don Juan Tenorio de Zorrilla, con dos antiguos condiscípulos de los jesuitas; celebraron tanto su encuentro, y llegó a Ronda tan borracho que confundió a su esposa con una mujerzuela. “Estas sí que son piernas, y no las de mi mujer”, gritaba alborozado mientras la poseía. Luego volvió a París, sin que volviera a ver a doña Alfonsa ni en la cama ni en la vida. Llegó un momento en que no sabía qué hacer para quitarse de encima a Mimí, que estaba empezando a engordar y ya tenía sotabarba; por si fuera poco, sus deseos eran cada vez más insaciables, mientras que el marqués ya estaba sólo para sopas de vino. Una noche, bajo los vapores del champán, Francisco de Borja

desafió en duelo al actual barón de Bussain, quien acusó a su padre de haber matado al suyo a traición a las afueras de Ronda. Habían pasado aquella noche en una pura bacanal, mientras el niño observaba la fiesta desde un balcón del piso alto, embutido en un largo camisón. Uno de los invitados había sido Víctor Hugo, que andaba por entonces liado con una pésima actriz llamada Julieta Drouet, y que amenizaba las veladas de sus amigotes con sesiones de espiritismo. Hasta altas horas de la noche estuvo hablando con los fantasmas del Dante, de Mahoma y de Isaías, y cuando salió del palacete fue para servir de testigo en el duelo. Amaneció un día frío, el cielo estaba gris y parecía que iba a nevar. Se reunieron los caballeros con sus padrinos, que dieron la señal de disparar, y el barón no le dio ocasión al contrincante de formular su última voluntad, porque lo mató de un pistoletazo. Al entierro acudieron políticos y hombres de estado, músicos y poetas famosos, así como muchas suripantas y coristas que se preciaban de haber compartido las debilidades del marqués. En el palacete las regias arañas quedaron recogidas, envueltas en sábanas de lino para que no cogieran polvo, se cubrieron los asientos de los canapés y Borja se despidió de la "demoiselle", de la que estaba enamorado hasta los tuétanos. Todo el palacio quedó como en verano, los muebles forrados con lienzos, atrancadas las contraventanas y las puertas condenadas con siete vueltas de llave.

***

DOÑA ALFONSA HABÍA SIDO PREMATURAMENTE huérfana de padre, un coronel patriota a quien ajusticiaron los franceses. Su madre era dama de la Real Maestranza de Caballería de Ronda, la más añeja de España, anterior a las de Sevilla, Valencia y Zaragoza. Desde niña hablaba latín de corrido y tocaba a la perfección la citarina. "De auditu", decía modestamente, cuando le ponderaban su forma de tocar. Era descolorida y pecosa, pero tenía más orgullo que pecas en la cara. "La beldad poco dura, más vale la virtud", le decía su madre para consolarla. A los veinte años no sabía cómo se encargaban los niños, ni le interesaba, porque además era pecado pensar en esas cosas; sí que sabía que estaban en la barriga de sus madres, pero no cómo habían llegado hasta allí. No tenía idea de que aquello que tenían los hombres bajo la bragueta del pantalón sirviera para otra cosa que para orinar, pero es que tampoco sabía exactamente lo que había bajo la bragueta. La casaron por conveniencias a los

treinta años, cuando su suegra la gitana quiso emparentar con la nobleza. Doña Alfonsa fue por su matrimonio la primera marquesa de los Zegríes. Tenía miedo de que su marido la repugnara al llegar el momento, pese a que su director espiritual, un sacerdote jorobado y exangüe, la tranquilizaba diciendo que el deseo dura sólo un tiempo, y que al final desaparece, por lo que no había que darle demasiada importancia. La noche de bodas apretaba los dientes y rezaba para que Dios le diera fuerzas para resistir; al final, salió de la alcoba dando gritos y pidiendo socorro. No obstante, en su momento dio a luz al primogénito, al que llamaron Borja. Guardó cuarentena en la cama durante los cuarenta días de rigor, en los cuales estuvo sangrando con una larguísima regla que no parecía fuera a terminarse nunca. Luego, cada vez que llegaba su esposo de París la encontraba con la menstruación. El marqués ya ni la miraba, y ella conservaba el recuerdo de su virginidad perdida como hubiera podido guardar entre las hojas del misal los pétalos de una rosa marchita. Cuando el marqués se llevó consigo a su hijo, ella se quedó sola con su suegra Carmela. “Esa tiene la gracia en el culo, como las avispas”, se quejaba la nuera. Diez años después de la boda volvió a acostarse con el marqués, que la atropelló en plena borrachera de champán francés, y mientras la forzaba la llamaba Mimí. De resultas tuvieron una hija a quien pusieron doña Sol, que nació pelirroja y con los ojos verdes, igual que su hermano. Doña Alfonsa se fue del palacio después de haber aguantado diez años a su suegra. “Le prendería fuego a todo”, decía al salir. Así fue como dejó a la suegra con sus juergas flamencas, sus criados y sus caballerizos, y ella se llevó a la recién nacida al solar de sus mayores. Cuando el marqués murió en París, y Borja volvió a Ronda con su madre, la halló vestida con el hábito de san Francisco. El muchacho era el vivo retrato de su abuelo el guerrillero, pelirrojo como el fuego, aunque no tan corpulento. Como añoraba la serranía, la abuela gitana lo llevó con ella a la dehesa, donde ella prosiguió con sus jaranas y gastando el dinero de su nuera; en cuanto a él, mataba el tiempo dedicado a la caza. Doña Alfonsa siguió viviendo con su hija en el caserón de la ciudad, donde las viviendas tenían portones brillantes y patios señoriales con grandes macetones vidriados. Allí recibía a las visitas sentada en las ajadas sedas de las tapicerías, entre macetas de aspidistras, peperonias y esparragueras. Había ingresado en la Orden Tercera Franciscana, y por entonces se dedicaba a leer a los clásicos y a tocar la citarina. A mediodía acudía un mendigo a su puerta y ella le llenaba la bolsa con trozos de pan duro, y el cacharrillo con sobras de

comida. No por haberse marchado del palacio, doña Alfonsa abandonó la administración de los bienes propios y los de su marido, y atendía a los gastos de su suegra, que más que gastos eran dispendios. A diario hacía las cuentas, y se quejaba de la gran carga que tenía que soportar. “Mucho comer trae poco comer”, le decía a su hija, y sentenciaba luego: “Uti, non abuti”. Pero ella ni usaba ni abusaba, y a sus proveedores los pagaba en tres veces: tarde, mal y nunca. “Esa paga en castañas, como los serranos”, se quejaban ellos cuando aplazaba sus abonos “sine die”. Guardaba las cuentas en un bargueño que tenía la tapa abatible tallada con cabezas de guerreros. “Deficit”, suspiraba cerrando la tapa. Conservaba allí tisanas contra la aerofagia y el insomnio, para la incontinencia y el reúma, y al lado inhalaciones para el asma y astringentes para combatir la diarrea. Cuando llegaba la cuaresma compraba la Bula de la Santa Cruzada en la sacristía de la parroquia, y a cambio de unas pocas monedas le daban un pliego imitando pergamino, que ella guardaba también en el bargueño. Así, la familia estaba dispensada de muchos ayunos y abstinencias, privilegio de España desde que luchó contra los moros. Le enseñó a su hija a tocar la Marcha Real en la citarina. Doña Sol se estaba convirtiendo en una atractiva muchacha, pelirroja y de ojos verdes como su abuelo el guerrillero; pero estaba siempre en la luna y doña Alfonsa no vivía, preocupada por su seguridad. “No basta con ser bueno, hay que parecerlo”, le decía. Le compró una alcancía de barro en forma de botijo con una hendedura para que guardara los ahorros, y cuando llegaron las ferias, para recobrar los reales de plata tuvo que hacer pedazos la alcancía. Estaba la muchacha pensando en las musarañas cuando la vio el conde de san Justo y san Pastor, que había llegado de Cáceres para asistir a una corrida de toros. Pronto, ella y don Hernán se enamoraron, y el conde fue a pedir su mano sin avisar. “El día que no barres tienes visita”, rezongaba doña Alfonsa, pero le gustaba para yerno porque era un caballero “ad hoc” para una señorita tan refinada como su hija, y porque sabía que su madre se había metido a monja en Cáceres después de muchos años de matrimonio. Cuando se casaron, tenían ambos diecinueve años. No invitaron a la abuela gitana porque se opuso doña Alfonsa, y se fueron a vivir a Extremadura. Una vez al año, doña Alfonsa visitaba a su consuegra en el convento de clausura de Cáceres, en un locutorio con muebles vetustos y tapicerías centenarias. Las tarimas refulgían con lustres de cera, y al otro lado de las rejas pinchudas, las caras de las monjas parecían de cera también. Cuando murió la anciana señora, doña Alfonsa le envió una corona de lirios morados,

con un letrero que decía “In memoriam”. Desde entonces, ella misma se encerró en su casa y no volvió a pisar la calle. Sus ojos se estaban nublando con las cataratas, y cada vez veía menos, así que andaba a tientas por los corredores y se pinchaba con los cactus de las macetas. “Veo menos que un perro por el culo”, decía, hasta que se quedó completamente ciega. Seguía vistiendo el hábito de san Francisco y parecía una alcachofa, de tantas camisas como usaba. Doña Alfonsa murió de un berrenchín, como los gorriones, cuando iba a cumplir los noventa; y aunque le pusieron cataplasmas de mostaza y sanguijuelas en la espalda para curar la congestión, nada consiguieron los médicos. Recibió los Santos Sacramentos, y dejó todas sus pertenencias a las monjitas que la habían cuidado.

***

TENÍA SIETE AÑOS EL SEGUNDO MARQUÉS de los Zegríes cuando lo mandaron a París con su padre. Desde que llegó, estuvo enamorado de su “demoiselle” francesa. No conocía a su hermana doña Sol, y cuando su padre murió, y lo recogieron cadáver a orillas del Sena, él ya había cumplido los quince y se volvió a Ronda, porque empezaba a atosigarlo la vida parisina. Dejó vacío el palacete de París y se fue a vivir a la dehesa con su abuela gitana. La casa era de estilo andaluz con las paredes blanqueadas; abajo estaba el gran salón con una enorme chimenea, donde en una estantería se conservaban los viejos mamotretos que le confiara el notario del rey a la viuda del guerrillero. Arriba, los dormitorios eran grandes y tenían macizos muebles de nogal, al estilo rondeño. Pasados los años, allí recibió Borja a un ornitólogo inglés que desde principios de siglo pateaba la sierra en busca de huevos de pájaro. Carmela les sirvió de comer pollo en pepitoria y un arroz con mucho picante, pimientos en aceite y gazpacho, y para desengrasar un vino de la tierra. Luego, el segundo marqués le ofreció un cigarro que era una verdadera regalía de La Habana, y le estuvo mostrando sus tesoros. En una pieza rectangular guardaba ánforas, estelas y losas con inscripciones milenarias, junto a monedas griegas que ostentaban figuras mitológicas. En las vitrinas de castaño se lucían ámbares y conchas marinas, y el cuerpo petrificado de un reptil que conservaba aún los dientes agudos, y en el lomo las escamas del caparazón. Le mostró con orgullo el enorme fósil de una almeja, que había encontrado hacía poco en el río. Borja vestía por entonces chaqueta de cuero leonado, y un

marsellés bordado en seda con botones de filigrana, que sonaban como cascabeles de plata cada vez que el marqués se movía. Llevaba pantalón corto ajustado a la pierna, y botas de las que pendían largas tiras de cuero. En los pliegues de su faja de seda llevaba dos pistolas cargadas hasta la boca, y un cuchillo de monte con mango adaptable al cañón de la escopeta. Montaba un potro andaluz de largas crines adornado con aparejos de seda y una manta a rayas chillonas con borlas a los lados, mientras que de la silla colgaba un trabuco malagueño abocardado. Estuvieron visitando las ruinas de Accinipo, y le mostró al inglés unas piedras semihundidas en la maleza y los restos de una vía romana. Los labradores habían ido arrancando las piedras de las murallas, y hasta el pavimento del camino, y una franja de dos metros de ancha era lo que quedaba de una vía romana que había tenido más de cinco. Medio cegados por las zarzas y las matas de jaramugos vieron los restos de un hermoso mosaico romano de vivos colores. “Nadie sabe que existe -dijo el marqués. -Si lo supieran, ya lo habrían arrancado para algún museo”. Visitaron la cueva de los Murciélagos, que todos los serranos conocían ya, pero que el ornitólogo dio a conocer al mundo entero por medio de un artículo publicado en una revista inglesa. De esta forma pasaban los años por encima de Borja el marqués, mientras su abuela la gitana seguía invitando a la finca a sus parientes los gitanos, y a los matuteros que la divertían con sus historias. Así se metió Borja en los cuarenta, sin que hubiera conocido más que uniones carnales esporádicas en su vida, aparte de su amor primerizo por la señorita francesa. Pasaba las noches en las ventas y en las alquerías; había olvidado el francés por completo y su abuela desesperaba de que se casara y diera un heredero al título de marqués de los Zegríes. A veces dormía en los establos, envuelto en una manta para caballerías; las malas lenguas decían que se mezclaba para pasar el rato con partidas de contrabandistas, de los que llevaban mochila a la espalda y el retaco en bandolera, o se jugaba al monte el dinero de su madre con los peones camineros. A su hermana doña Sol apenas la veía, la recordaba siempre como a una niña pelirroja y bonita que hablaba de corrido el latín y tocaba la citarina. Por entonces doña Sol ya era condesa, se había casado con el conde de san Justo y san Pastor y se había marchado a vivir a Cáceres. A la gitana no la invitaron a la boda porque era el escándalo de los parientes de sangre azul, llamando a las señoras puñeteras y otras cosas peores, y porque seguía convidando a su finca a gitanos y a gente de teatro. A pesar de los años, aún hacía caracolear la jaca y leía el porvenir en el abanico de la fortuna. Borja

tampoco asistió, en parte por deferencia hacia su abuela y en parte porque no tenía ganas de ir, y no quería perderse una partida de caza. Había pasado mucho tiempo cuando un día fue a buscarlo a la finca su prima doña Manolita, que se había propuesto casarse con él. Era pariente por parte de madre y veinte años más joven que Borja, que iba camino de los cincuenta. Tenía la tez blanca y era morena de pelo, muy bien educada, y montaba a caballo como una depurada amazona. Llegó a la dehesa en una yegua de raza andaluza, negra y lustrosa, de remos firmes y cola rizada. Borja había salido; la abuela estaba dando de comer a los pavos, y la recibió tan mal trajeada que la recién llegada le preguntó por la señora. Más tarde apareció el marqués con el cabello rojo enmarañado y en traje campero, con zajones y una fusta en la mano. “Vengo para casarme contigo”, le dijo ella sin pestañear, y entonces él se percató de que aquella jovencita era lo más parecido a la “demoiselle” francesa. Después de almorzar estuvieron cortando madroños junto al río Guadalevín, y en las gargantas y quebradas tejieron guirnaldas con los mirtos y campanillas. Luego se despidieron, pero desde aquel día el marqués invitaba a doña Manolita a sus partidas de caza, y hablaba de ella con la abuela gitana. Le contaba que era de sangre azul, de la Real Maestranza de Ronda, igual que lo era su madre. “Por dama que sea, no hay ninguna que no se pea”, bromeaba la gitana, pero en el fondo le gustaba la joven como nieta política. Borja pidió a su prima en matrimonio, y se casaron en el palacio de Ronda; y aunque a la novia nadie le echaba más de veinte años, lo cierto es que ya había cumplido los treinta. De Cáceres vinieron los condes de san Justo y san Pastor, y esta vez la abuela gitana fue la invitada de honor en la boda. Parecía mojama, una aparición, y mientras los hombres llevaban chistera, plastrones de color grosella y pantalones lila claro, y las damas vestidos de corte, ella se presentó llena de faralaes y en las manos palillos con borlas. En la fiesta, Carmela bailó y tocó la guitarra, y ante la consternación de su nuera se despachó contando las atrocidades de María Cisneros, que empezó matando a su marido y luego a su querido, y a quien dieron garrote vil en el cincuenta y dos. Contó que había conocido a Tragabuches, que nació en Ronda y desde muy joven se inició en el arte del toreo. Lo llamaban así porque había sido capaz de comerse él solo un borriquillo recién nacido. Un día encontró a su mujer con un acólito de la parroquia llamado el Listillo, que se había ocultado en una tinaja; Tragabuches sacó la navaja y allí lo degolló, tirando luego a su mujer por el balcón. La abuela empezó bebiendo vino aguado a partes iguales, y acabó más borracha que una cuba; y aunque todos bailaban

el vals y el “shotish”, ella se marcaba el polo del contrabandista, el olé de la Curra y las malagueñas del torero. Estaba muriéndose a chorros y seguía bailando, mientras los invitados cuchicheaban y las damiselas ocultaban las sonrisas detrás del abanico. Debía rondar los cien años cuando murió en plena juerga, cantando polos y tocando la guitarra. “Con el estornudo se acaba el hipo”, dijo su nuera doña Alfonsa cuando le dieron la noticia.

***

MEDIABA EL SIGLO DIECINUEVE cuando la infanta María Luisa Fernanda, hermana de la reina Isabel, visitó la feria de Ronda con su esposo, el duque de Montpensier. Hubo corridas de toros y fuegos artificiales, y las familias importantes se disputaban el honor de ser sus anfitriones. Las carreteras de la sierra estaban en el mismo estado en que las dejó Dios después del diluvio. Los privilegiados llegaron en cabriolés, calesas y berlinas, y los demás como pudieron en carrozas pesadas, tiradas por mulas reacias y feroces. En las fiestas se conocieron los padres de doña Manolita, y se casaron dos años después. Cuando ella nació, fue su madrina de bautizo Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses. Tenía nueve años cuando la boda de su prima doña Sol, que se casaba con un conde, y ella llevó las arras. Un día, vio a su primo Borja en casa de su tía doña Alfonsa, y enseguida se enamoró de él, aunque podía ser su padre. Más tarde la enviaron a la Corte para que conociera otros ambientes, pero siguió sin olvidarlo. En Madrid asistía a saraos, y a los bailes del duque de Osuna llevaba miriñaques de rico muaré. Allí los pisaverdes y galanes se disputaban el privilegio de bailar con ella, y la llamaban muy sentimentales “doña Manolita de mi corazón”. Era corriente en su familia que las mujeres se casaran a los treinta años y luego se murieran de viejas; así que sus amigas fueron contrayendo matrimonio, y aunque era tan bonita, se empezaba a murmurar que se quedaría para vestir santos. Por entonces se inauguró en Ronda un monumento a Vicente Espinel; ella fue madrina en los festejos, y al año siguiente fue dama de honor en el casamiento del rey Alfonso doce con María de las Mercedes. Iba a cumplir los treinta años cuando decidió ir a la dehesa para buscar a su primo Borja, el segundo marqués. Cuando se prometieron, los padres de ella encargaron un equipo fastuoso. Llevaba cama con baldaquino y mesas de noche con cubierta de ónice, y encima un verdó de oro puro cubierto con un vaso

a juego. Llevaba juegos de cama bordeados de encajes, toallas bordadas y colchas de titiritaña con remates de pasamanería. Pasaron la luna de miel en Sevilla, arrullados por el run-run de las palomas en el parque de María Luisa. Luego, como a él no le gustaba la ciudad, decidieron repartir el tiempo entre la dehesa y el palacio de Ronda. En un principio acordaron promediar los meses del año, pero él le fue recortando el tiempo, de forma que apenas pasaban lo más crudo del invierno en el palacio. Ella aborrecía la sierra, porque según decía era un lugar salvaje y helado, tórrido en el verano y lleno de incomodidades Tampoco le cuadraba visitar a su tía doña Alfonsa que se había convertido en su suegra, porque la hacía rezar a todas horas y a ella le dolían las rodillas. Así que doña Manolita decidió instalarse en el palacete que su esposo tenía en París. Cuando lo vio le gustó el edificio, que estaba situado en un lujoso boulevard, con sus amplias galerías, saloncitos y comedores, y con vistas a un hermoso jardín, ahora sofocado por las hiedras y las matas de glicinias. Pronto se percató de que las termitas estaban arruinando la casa. De noche se oía el roer en el marco de las puertas, en las vigas y los entramados, y parecía que toda la techumbre se fuera a derrumbar. Una legión de artesanos estuvo sustituyendo las maderas enfermas, porque hasta los muebles mejores acababan comidos de carcoma, y los hundía el comején. Las cucarachas se habían adueñado del palacio y eran de todas las razas y colores, desde las rubias y alargadas que remontaban majestuosamente los tabiques agitando sus largas antenas, hasta las negras y pesadas que corrían veloces a ocultarse en los intersticios. Estuvo revisando los gabinetes y saletas corroídos por la humedad, y mandó rehacer las grecas de escayola, restaurar los frescos de los techos, que en sus tiempos representaron amorcillos y ninfas, pero que a la sazón apenas se distinguían entre los manchones de humedad. Mandó pintar guirnaldas en el comedor principal, y enmedio un bodegón con perdices, uvas y ciruelas moradas. Pasó su primer embarazo recorriendo anticuarios, remates y almonedas; escudriñaba cachivaches, haciendo equilibrios entre armarios de luna y consolas con tablero de mármol, y entre tanto chisme inútil hallaba un sillón taraceado con policromía de águila bicéfala, o una consola etérea con patas inverosímiles rematando en garras de pájaro grifo. Compró pequeños “boudoires” que guardaban secretos antiguos, y jardineras de caoba, y de esa forma recorrió todos los anticuarios de París, desde el establecimiento lujoso donde se amontonaban arañas de cristal de Bohemia, hasta el sótano infecto que olía a percudido y a orines de gato. Todo lo registró, y tenía una vista especial para exhumar

una joya entre tanta morralla. Adquirió un biombo con escenas de caza de Tenniers, y consiguió a buen precio la cama donde pasó su primera noche Napoleón con Josefina. Su colección de abanicos llegó a ser la más afamada de París. Había atiborrado las vitrinas con dijes de amatista y joyeros de China, con dedales de plata y esmalte. A su marido le escribía con pluma de ave y tintero de plata, le daba cuenta puntualmente de la marcha de las obras y la decoración, pidiéndole dinero para proseguirlas; porque no había capricho por absurdo que fuera que él pudiera negarle, y todo lo pagaba su suegra. En el jardín del palacete recibía a las visitas, y las damas de buena familia la invitaban a sus casas, donde merendaban chocolate a la francesa y jugaban al "bilboquet". Ella recorría las tiendas de sombreros, compraba los que estaban de moda y los otros se los regalaba a sus doncellas. Siempre le fue fiel a su marido, aun enmedio de los excesos de la corte francesa, y aunque estaban físicamente separados, ella seguía adorándolo. Borja, que seguía cazando en la sierra, de cuando en cuando visitaba a su esposa en París. Llegaba con olores de jara y con ardores de montuno, y en una de sus cortas visitas la dejó embarazada. Cuando el tercer marqués vino al mundo en París, le pusieron de nombre Francisco de Borja como a todos sus antepasados, pero siempre lo llamarían Curro. Nació con la tez blanca y el cabello negro de su madre, y de los marqueses no heredó más que los ojos verdes del color de las uvas. Por entonces, Victor Hugo que ya era octogenario, le envió un jardinero a la marquesa, con unos plantones de hibiscos de China para que los pusiera en el jardín, junto a los mirtos y los arrayanes. Poco después murió, y doña Manolita asistió a su entierro en el panteón de hombres ilustres. Había dejado su dinero a los pobres, y prohibió que rezaran por él, aunque dejó escrito que creía en Dios. Tres años después, la marquesa dio a luz a su segundo hijo a quien llamaron don Manuel. El segundón creció tartajoso, y era pecoso y pálido, vivo retrato de su abuela doña Alfonsa, que lo quería con locura. Se lo llevó con ella a Ronda, y eran tan parecidos como dos gotas de agua; ella le enseñó a tocar la citarina de oído, y el latín a saltos. "Con latín andarás el mundo", solía decirle. Por entonces había cumplido ochenta y cinco años, y era como Marta la piadosa, que mascaba la miel a los enfermos. En París, Eiffel estaba levantando su torre, y doña Manolita inauguraba el primer tranvía sobre raíles, cuando Borja, el segundo marqués, murió corneado por un toro en la plaza de Ronda. Corría el año noventa, había cumplido los sesenta años y doña Alfonsa estaba ya más vieja que el palmar de Niebla. Doña Manolita no quiso seguir en París después de la

desgracia, y de nuevo quedó abandonado el palacete de estilo francés.

***

EN RONDA OCUPÓ EL PALACIO DE LA FAMILIA, y cuando su suegra murió, se llevó a sus dos hijos con ella. En París se había aficionado al chocolate con "croissants", y aquí invitaba a merendar a sus amistades y a los parientes de la Maestranza. Quiso que le pusieran un teléfono, pero como en el pueblo no se había inaugurado la central, tuvo que conformarse con que le instalaran en la casa un ascensor hidráulico. Por entonces visitó Ronda la emperatriz Eugenia de Montijo, que acababa de enviudar, ya que su esposo Napoleón tercero había muerto desterrado en Londres. Estuvo merendando con su ahijada doña Manolita, que estrenó para la ocasión un juego de tazas chino con dragones enroscados. Le mostró la huella que dejó el caballo de Isabel la Católica a la puerta del templo del Espíritu Santo, y visitaron la tumba de su bufón Velazquillo en Santa María la Mayor. En el convento del Patrocinio compraron borrachuelos, budines y roscos de vino para mojar en el chocolate, y Eugenia le regaló a su ahijada una caja de carne de membrillo con banderas de colorines. Por entonces, le enviaron de Cáceres a una muchacha que era repostera y se llamaba Magdalena, y enseguida los dos niños la quisieron, porque les daba unas barritas dulces y correosas que ella llamaba arropías. Con motivo de su cuarenta cumpleaños, la condesa de san Justo y san Pastor le mandó una gran caja de bombones, pero estaban apolillados, y en un momento el comedor se llenó de mariposas blancas. No pasaba el tiempo por ella, seguía siendo hermosa, y ni siquiera durante la vejez se abandonó. "La buena vida estira las arrugas", decían sus parientas envidiosas. Le dolió mucho que su hijo Curro, el tercer marqués, se casara sin previo aviso con Carlota la Cubana. "Es tan fina como el tafetán de albarda", decía moviendo la cabeza, y que se pondría con el tiempo como la madre abadesa, que tenía el culo como una artesa. Doña Manolita se había llevado con ella sus sombreros de París, y los prestaba para las bodas a sus amigas y parientes. Tenía el vestidor abarrotado de vestidos y abrigos, y su nuera Carlota la Cubana se pasaba la vida hurgando en los roperos. Allí guardaba la diadema que le regaló en su bautizo Eugenia de Montijo, con numerosas sortijas y pulseras y un collar de diamantes con facetas esplendorosas que le llevó su esposo en un viaje a París. Un día sorprendió a la nuera con todas sus joyas

puestas, y lo peor era que en el pueblo se murmuraba que Curro tenía más cuernos que la dehesa de Mihura. “Esa gallina come en tu casa y pone en la ajena”, le decía la marquesa a su hijo. El tiempo le dio la razón, cuando Carlota la Cubana se fue con un santero; y cuando además se percató de que se había llevado sus joyas, le hizo tanta gracia como si le arrancaran los dientes. Sólo su gran presencia de ánimo la ayudó a sobrellevar el contratiempo, hasta el punto de que enseguida lo relegó al olvido. Era joven todavía cuando empezó con su padecimiento. “Quien tiene almorranas no puede sentarse seguro”, se lamentaba, y tuvieron que hacerle un asiento con un agujero redondo donde se encajaba. Se sentía tan cómoda allí que terminó por no moverse de la silla, y seguía invitando a sus amigas a chocolate con bizcochos, y a vino dulce con cortadillos y pastitas. Llegó a ser una viejecita angelical, y atada a su asiento era el paño de lágrimas de todo el mundo. Tenía unas manos de oro, hacía paños de crochet, colchas de macramé , y se levantaba con trabajo, apoyada en un fino bastón de puño de plata. Le gustaba jugar a las cartas para hacer trampas descaradas, no para engañar a nadie, sino para hacer reir. Tenía la intención de pasar la vejez en el asilo de los viejos, que era una casa con torrecillas al borde del tajo; pero como no hay nadie tan viejo que no piense vivir otro año, siempre lo andaba demorando. Conoció a dos bisnietos y se entretenía jugando con ellos, ayudando a la niña a ensartar en un hilo cuentas de colores. Falleció muy anciana, en su palacio de Ronda; su propia afición fue la causa del accidente, porque se atragantó con el chocolate y la encontraron muerta ante la mesa-camilla, con la taza delante y una bizcotela en la mano.

***

CURRO EL TERCER MARQUÉS HABÍA NACIDO en el palacete de París. Se parecía a doña Manolita, y de su padre heredó el color de los ojos. Era muy niño cuando lo metieron en un internado de frailes; luego acudió al Liceo donde aprendió a escribir correctamente el francés, aunque ignoraba el español. Tenía una memoria prodigiosa, sobre todo para aprenderse las marcas de vinos. “Este niño no aprende más que cosas raras”, se quejaba su madre. “Ya se autoeducará cuando crezca”, terciaba Borja el marqués. Lo castigaban de cara a la pared o lo encerraban en el cuarto de las escobas, donde hacía recuento de todas las palabrotas conocidas y las hilaba en voz baja. Cuando murió su padre corneado por un toro, y también se murió

su abuela sin haber llegado a conocerlo, se trasladaron al palacio de Ronda. Al cumplir los once años, a Curro le saltaron un ojo durante las fiestas de carnaval. Cuando se lo llevaron a su madre llevaba el rostro bañado en sangre, y entonces ella supo que le habían saltado el ojo con un palo al pequeño marqués. Desde entonces lo llevaba cubierto con un parche negro, que le daba el aspecto de un desmedrado pirata. Era tres años mayor que el segundón, que había nacido tartajoso, y al cumplir los quince años se escapó del palacio y se marchó en un barco a luchar en la guerra de Cuba. Allí, Carlota la Cubana lo inició en el amor en un prostíbulo de lujo. Ella tenía los doce recién cumplidos, y era más negra que una mala hora; pero a pesar de todo el joven marqués se enamoró de ella, ya que a causa de su defecto era tímido con las mujeres. La mulata llevaba puesta una falda roja, las medias blancas llenas de agujeros, zapatos de tafilete rojo atados con cintas de colores, y caminaba contoneándose. El le confesó que no conocía mujer, porque era tuerto, y ella lo consoló diciendo que más valía tuerto que ciego. Enardecido por el descubrimiento del amor carnal, llevó a cabo acciones increíbles en la guerra y lo condecoraron por su valentía. Últimamente, había soltado una partida de caimanes que estaban preparados para un zoo de La Florida, y los espantó con cohetes; con lo que sembró el terror en las fuerzas contrarias y aprovechó el zafarrancho para tomar los cañones a los enemigos. Cuando lo felicitaron en público, la mulata lo besó delante de todos y él le prometió con todo el batallón como testigo que la llevaría a España para hacerla su esposa. Había cumplido ya los dieciocho cuando volvió, derrotado pero cubierto de entorchados y condecoraciones. Hablaba de la guerra y se dedicaba a la molicie, y desde Ronda se casó por poder con Carlota la Cubana, que llegó a ser tercera marquesa de los Zegríes. La recién casada se presentó en el pueblo en una carroza tirada por un par de mulas, con las crines y colas recortadas de manera fantástica, y conducida por un postillón de su raza, con botas altas y sombrero de hule de tres picos. El carruaje lucía tanta madera sobredorada como el retablo de un altar, la vara sobresalía como el bauprés de un barco, y llevaba una partida de loros que había sacado del prostíbulo donde alegraban las habitaciones. Los llevaba metidos en jaulas doradas y en cada bache daban un respingo en la varilla de la jaula, y fue el escándalo del pueblo con aquella colección de cotorras y guacamayos. Carlota iba adornada como un sagrario, llena de cintas y oropeles y con un pandero en la mano, y la acompañaba un negro con una guitarra. De cuando en cuando tiraba a los balcones confetis y serpentinas. Llevaba al hombro un monito

pequeño que hizo las delicias de los niños; iba repantingada en un edredón de damasco relleno de plumas de faisán, y se cubría las piernas con una colcha de chinos. Doña Manolita estaba tan ocupada dando de merendar a sus amigas que no se enteró de que tenía a su nuera cubana en la casa, y como la boda fue por poder le pasó desapercibida. Un día se la topó en un corredor y le preguntó quién era, a lo que la mulata contestó que Carlota. Entonces, le dijo a su hijo que no le gustaba la pinta de la nueva criada. Cuando supo que era su nuera se quemó con el chocolate, pero guardó la compostura; enseguida se olvidó del problema, porque alguien estaba contando que el conde Zeppelín, en Alemania, acababa de construir el primer dirigible. Carlota andaba todo el día en chancletas con unas babuchas doradas, y usaba un kimono con rosas y capullos bordados en todos los colores. Su equipaje era una barahúnda. Cuando quería ponerse sus plumas de tornasol, tenía que buscarlas entre almanaques y bolsas de confetis. Por entonces, su suegra se retiró a sus habitaciones. “Dos tocas en una casa son demasiadas tocas”, decía. Cuando estaba dormida, Carlota le registraba los roperos. Se quedaba alelada ante los sombreros de muaré, y ante las docenas de trajes en terciopelo de todos los colores, porque en sus tiempos de París doña Manolita compraba los vestidos de cuatro en cuatro, de la misma forma y tejido, aunque de distinto color. En un ropero había una arqueta llena de rubíes y esmeraldas, y Carlota no tenía más que meter la mano y sacaba el rubí regalo del emperador de los franceses, o hilos de gruesas perlas unidos con un broche de diamantes antiguos. Carlota los tomaba en la mano, y sus pupilas giraban como las de un camaleón; luego volvía a guardarlos cuidadosamente en el joyero, esperando mejor ocasión. Había empezado a engordar desaforadamente, tenía las facciones enterradas en grasa y unos muslos gruesos y apretados. Cuando hacía el amor quedaba jadeante, amoratada, con los ojos fuera de las órbitas. El médico dijo que no concebía porque el redaño comprimía la boca del útero, y no quedaría preñada mientras no enflaqueciera. Un día, el alcohol hizo que empezara a disminuir el vigor del marqués. “El mozo por no saber, y el viejo por no poder, se queda la moza sin lo que ha menester”, se quejaba la mulata. Echaba de menos su antigua vida, y como ya en el pueblo era más conocida que el ungüento amarillo, le propuso al marido montar un prostíbulo en el palacio. Él puso una sola condición para mantener el prestigio, y es que sólo se admitirían clientes de sangre azul. Empezaron a llegar al palacio objetos poco convencionales: un jarrón de la China con motivos eróticos, un biombo con escenas de bacanales griegas y un

reloj en forma de caja de muerto, para medir el tiempo de las prestaciones. Sin aguardar a tener el prostíbulo dispuesto, Carlota se acostaba tanto con nobles como con plebeyos. “Es más desahogada que las aves de corral”, se quejaba su suegra, por no decir que era más puta que las gallinas. Cuando no estaba registrando los armarios le estaba poniendo los cuernos a su marido, hasta que doña Manolita tuvo que hablarle seriamente a su hijo, pues lo decían en el pueblo más cabrón que Aguantavisitas. Por entonces Carlota se había quedado embarazada y dio a luz un niño. “Si el hijo sale al padre, de dudas lo saca”, decía satisfecho el marqués, porque el recién nacido tenía el pelo rojo y los ojos de uva como los Francisco de Borja. Por una vez se rompió la tradición en la familia y el niño se llamó Carlos, por su madre. Un día llegó un santero a la feria, vendiendo campanillas de metal que tenían la virtud de librar de epidemias a los animales, así como cintajos que según él habían estado atados a la estatua de san Lázaro, y preservaban del rayo y el granizo. Venía en una mula que tenía medio cuerpo afeitado en sentido horizontal, y como el marqués estaba demasiado borracho para llevar a Carlota a la feria, ella se fue con él. Era el monstruo más feo que la gitanería diera jamás, y un fascineroso completo, pero a Carlota le hizo tanta gracia, y tanto bailaron, que decidió marcharse y vender juntos un remedio infalible para las enfermedades de la garganta. Aquella noche le dio un beso a su hijo de dos años, cogió las alhajas, se subió a la grupa del feriante y los dos desaparecieron. Hicieron treinta leguas a galope tendido y llegaron al mar, donde embarcaron en San Roque. Desde allí pasaron a Gibraltar, donde Carlota preguntó por una amiga a quien llamaban la Rollona. Le dijeron que se había marchado a “finibus terrae”, que era la tierra de Carlota, y hacia allá se fue ella, dejando a su marido abrumado por la cornamenta. Se había llevado para el viaje el cobertor, y le dejó como recuerdo los loros y los guacamayos. “Me levanté a mear y perdí mi sitio”, decía furioso el marqués mientras terminaba con los pájaros a tiros. “Después de cornudo, sañudo”, decían los criados, y doña Manolita se limitó a mover la cabeza. “Más se perdió en el ataque de Ocaña”, dijo, y fue porque no sabía que su nuera se había llevado las joyas de la casa. Cuando se percató se le cayeron los palos del sombrajo, pero ni aún así perdió la compostura. “Échate con perros y te llenarán de pulgas”, fue lo único que dijo, golpeando el suelo con su bastón de puño de plata. Con todo, Curro el marqués añoraba a Carlota, y para olvidarla se dedicó a criar al retoño. Le enseñaba a triscar por la sierra y a cazar jabalíes, le hablaba de los celtas, los iberos y los cartagineses, y entre borrachera y borrachera le enseñó

al muchacho la historia de la Serranía. “Hace millones de años, esto era el fondo del mar -le decía.- Luego vino el cataclismo, las aguas se retiraron, la piedra se abrió y en ella quedaron caracoles y almejas”. Le mostraba en la mano un hermoso ejemplar que había pertenecido a Borja, su padre, y aseguraba que aún podían hallarse corales entre las adelfas y fósiles al pie de los almendros. “Ahora, en lugar de gaviotas tenemos grajos y golondrinas”, añadía, rascándole con cariño la cabeza colorada. Lo llevó a ver la cueva de la Pileta, un laberinto de pasillos que subían y bajaban; el río Guadalevín entraba por el Hundidero, rastreaba cuatro kilómetros y salía por la cueva del Gato. “Es ahí donde la compañía sevillana de electricidad quiere construir un pantano”, decía socarrón. “Han tenido que terminar el dique para convencerse de que el agua se les va por las filtraciones”. Dentro, le mostraba restos humanos, pinturas y cerámicas, y descubrieron una figura femenina a la que luego llamaron la venus de Benaoján. Con el tiempo el hermano de Curro, don Manuel, se había casado con una parienta por parte de madre que era tartajosa como él, y a la que llamaban doña Je-Jesusa. Luego el hermano y la cuñada murieron en accidente de automóvil, y él tuvo que llevarse a sus hijos: una pequeña, Beatriz, y un niño llamado Jesús. El marqués andaba ya más borracho que un piojo, y padecía de “delirium tremens”. Un día lo encontraron en un ventorro, espantándose las sabandijas, y al mismo tiempo se acordaba de Carlota la Cubana y la insultaba en su delirio. Lo llevaron a rastras al palacio de Ronda y allí duró tres días; antes de morir, insistió en que le prendieran del pecho todas sus condecoraciones de Cuba, y le pidió a su hijo don Carlos que se casara allí mismo con su prima Beatriz. “Ya está bien de mujeres allende los mares”, le dijo. Los desposó el vicario ante él y cuando terminó con la boda le administró la extremaunción. Así, Curro murió de cirrosis hepática, rodeado por el cariño de los suyos. No volvieron a ver a Carlota la Cubana, y muchos años después alguien dijo haberse topado con ella. Era dueña de un prostíbulo en La Habana, iba toda pintarrajeada y más adornada que una vaca en rifa, y estaba más gorda que mentira de indiano. “No hay vieja de cintura para abajo”, dijeron que decía, cacheteándose la barriga. Llevaba puestas las joyas suntuosas de la casa de los Zegríes, y sobre todas llamaba la atención la diadema de brillantes que Eugenia de Montijo le regaló a doña Manolita en su bautizo. Nunca la emperatriz hubiera sospechado que la joya terminaría en un prostíbulo a las afueras de La Habana.

***

DON MANUEL FUE EL HIJO SEGUNDÓN de doña Manolita y de Borja el marqués, y nació sietemesino en París. Tenía dos años cuando su abuela doña Alfonsa se lo llevó a Ronda con ella. Era descolorido y con pecas, y por las costumbres ahorrativas de su abuela andaba siempre con las tripas más huecas que miriñaque. Ella le ponderaba las virtudes de la sopa: “Es económica -decía-, quita el hambre, hace dormir, nunca enfada y pone la cara colorada”. Ella lo enseñó a tocar la citarina como había hecho con sus hijos, y a hablar trabucando el latín. “Ci-ta-ri-na”, le vocalizaba, mostrándole el instrumento, un arpa pequeña con un sonido suave y cristalino. El niño se encontraba solo y tenía que jugar solo, así que con cajas de zapatos simulaba cocheras y almacenes, haciéndose la ilusión de que eran de verdad. Andaba siempre desalado por el miedo de pincharse con los cactos. Desde la escalera, a través del ventanillo redondo veía la llama temblorosa del oratorio proyectando reflejos vacilantes, subía los peldaños y se adentraba en el salón a oscuras, y arriba distinguía al niño Jesús de Praga con sus faldillas, sosteniendo en la mano derecha la bola del mundo. Junto al patio había una estancia donde su abuela despiojaba a las criadas cuando llegaban del pueblo, y en la palangana sobrenadaban una escuadra de piojos oscuros. Les empapaba la cabeza con alcohol de quemar, separaba uno a uno los mechones de pelo y enseguida los descubría, dándose maña para atraparlos y echarlos en la palangana donde pataleaban en el agua. Las liendres eran diminutas y brillantes, eran los huevos de los piojos y estaban de tal forma agarradas al pelo que había que sacarlas jalándolas hasta la punta. Doña Alfonsa tenía a gala haberse librado de piojos y chinches, pero no podía descuidar la vigilancia, porque cualquiera te los podía traer de la calle. Iban a Cáceres a ver a doña Casta que era una monja pálida, consuegra de la abuela, que había entrado en el convento a mediados del siglo diecinueve y desde entonces no había visto la calle. En uno de los viajes llegaron al monasterio de Yuste, donde había muerto Carlos quinto entre crespones negros. También visitaron a la virgen de Guadalupe, la patrona de los conquistadores que pasaron a América su devoción. Cuando murió la monja él sólo recordaba que apenas abultaba dentro de la caja, al otro lado de las rejas pinchudas. El niño había heredado de su madre los desórdenes intestinales, y ni las sopas de la abuela conseguían aliviarlo. Doña Alfonsa lo ponía a cuatro patas y le encajaba en el culo la cánula de la irrigación; él empezaba

a sudar, quería aguantar el agua pero las tripas se quejaban, hasta que no daban más de sí y soltaban un chorro marrón lleno de bolas como cagarrutas de oveja. La inundación le entraba por los calcetines y le ponía perdidos los zapatos, mientras la abuela hacía aspavientos con el irrigador en la mano. El médico dijo que tenía oxiuros, unas lombrices blancas y pequeñas que se criaban en las tripas y viajaban al ano para poner los huevos. Era entonces cuando le picaba a rabiar; el las sentía revolverse, y hasta salían de paseo por sus posaderas. Le dieron píldoras de violeta de genciana, y en las deposiciones de un morado oscuro aparecían inmóviles, en madejas, blancas y finas como hilos. Cuando el niño tenía siete años murió Borja, su padre, corneado por un toro; también murió su abuela que había cumplido los noventa, así que doña Manolita se volvió a Ronda con el mayor, lo recogió y se lo llevó con ella a vivir en el palacio. Años después, don Manuel se enamoró de una parienta que era tartajosa como él. Se llamaba doña Jesusa y era prima segunda por parte de madre, y cada vez que se veían hablaban ambos en trabalenguas. Después de la boda se fueron a vivir a casa de la fallecida doña Alfonsa, y allí vivían de la caridad de la familia. Doña Jesusa era más apañada que un pobre, regateaba en el mercado con su media lengua, y hasta conseguía ahorrar dinero; y como la criada también era tartamuda, nadie hablaba a derechas en aquella casa. Tuvieron un niño y una niña, ambos normales, y don Manuel los entretenía haciéndoles sombras chinescas en la pared. Compraron un aparato de radio de segunda mano y doña Jesusa estaba al tanto de todas las noticias. Un día se presentó con un automóvil que había comprado con los ahorros de toda la vida. Era de color rojo y estaba lleno de bocinas plateadas, espejillos y faros sobre pedúnculos de metal, como los ojos saltones de los sapos. Llevaba las ruedas llenas de cromados, insignias en las portezuelas y una figura alada sobre el radiador. Un mecánico le estuvo mostrando cómo se manejaba, y llegó a ser una aceptable conductora. Desde entonces la familia viajó en automóvil, mostrando su placer en una explosión de fonemas. Doña Jesusa quiso enseñar a conducir a su marido, y como en cada legua hay un pedazo de mal camino, ambos murieron en un aparatoso accidente. Los niños no murieron también porque convalecían del sarampión en un dormitorio de la casa lleno de trapos colorados. A los dos los recogió su tío, Curro el marqués, y se los llevó con él al palacio de los Zegríes.

***

DOÑA JESUSA HABÍA TENIDO SIEMPRE carita de pájaro y patitas de gorrión, y con su media lengua parecía asombrada de estar en el mundo, o como si estuviera descubriendo siempre el mundo alrededor. A pesar de su lengua de trapo, ganaba a las amigas cuando jugaban a la lotería y luego les prestaba el dinero a interés para seguir jugando. En un pañuelo de holán empezó guardando los céntimos, luego los reales, y acabó siendo cofundadora de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Por entonces se casó con su primo don Manuel, que también era tartamudo. A la boda asistió toda la familia y su suegra, doña Manolita, confeccionó para la fiesta una tarta de pisos hecha con crema de chocolate. Su cuñado Curro, el marqués, cogió una borrachera que le duró tres días, y en ella tomó la perentoria decisión de casarse por poder con Carlota la Cubana. La noche de boda, la novia tuvo que tomar una tisana contra la excitación de los nervios; luego no recordaba nada, sólo que se volcó la tisana en el camisón de raso blanco. Lo demás se había borrado de su mente, por lo que no se acordaba de lo que sintió, ni si sintió algo, ni de cómo lo hicieron ni de cuántas veces. Tampoco recordaba si gozó, pero sí que al día siguiente don Manuel no hacía más que comer bocadillos de jamón, y que lo notaba muy distante, como si hubiera perdido el interés. Ella sufría por eso, y con su media lengua le preguntaba a todas horas si seguía queriéndola. En su viaje de novios vio doña Jesusa el primer modelo de automóvil, y como era decidida y emprendedora concibió la idea secreta de ahorrar para comprarse un auto. Tenía veintidós años cuando nació su primer hijo; luego tuvo a la pequeña Beatriz, que nació con unos prematuros ataques de asma de los que nunca se libraría. Era una niña muy bonita y su madre le hacía disfraces recortando en los antiguos manteos de la familia rosetones de fieltro y lentejuelas, filigranas de oro y espejillos, que sacaba de los baúles atiborrados de alcanfor. La peinaba con trenzas entreveradas con cintas de raso de todos los colores. Le ponía en la mano un cestillo de flores de trapo y la llevaba a retratar a un fotógrafo amigo de su padre, que por eso no le cobraba. Cuando se inauguró el cinematógrafo, doña Jesusa llevaba a sus hijos a la matiné. Por fin consiguió reunir el dinero preciso para comprarse un coche, sin saber que el capricho iba a costarle la vida. Era temerario adentrarse en la sierra, porque además del peligro cierto de los bandoleros, la carretera era estrecha y estaba mal pavimentada. Era ella la que conducía y al marido lo comía la envidia, así que decidió enseñarlo también a conducir. Aquel día aciago, doña Jesusa se había adormecido fiada en su pericia de maestra, y en los reflejos del alumno. Apenas si sintió el topetazo.

Luego le pareció que flotaba, sin saber que estaba conociendo la ingravidez de la muerte. Habían chocado con un camión de naranjas, que rodaron también hacia el abismo; los transportistas pidieron daños y perjuicios a los herederos, pero como los niños eran insolventes, no pudieron indemnizar la pérdida de las naranjas. La única herencia que los pequeños recibieron fue un último modelo de automóvil carbonizado, que Curro el marqués se llevó a la dehesa donde quedó arrumbado, y allí podían admirarlo los curiosos muchos años después.

***

EL CUARTO MARQUÉS tuvo que llamarse don Carlos, porque se empeñó su madre, Carlota la Cubana. Pese a la mala reputación de ella, ni las peores lenguas pusieron en duda lo legítimo de su filiación, ya que era un puro calco de los Francisco de Borja. Su madre lo abandonó con dos años, y así como heredó de la rama paterna la afición a la caza, de ella le vino la inclinación a la mala vida. Su abuela doña Manolita se hizo cargo de él y lo crió a base de chocolate a la taza; y aunque el niño se estaba oscureciendo por los excesos de la alimentación, ella lo achacaba a su ascendencia cubana. El médico, alarmado, le puso una rígida dieta en que se excluía el chocolate, y poco a poco fue recobrando su verdadero color. En lugar de asistir a las clases en el colegio de los Salesianos, él hacía novillos y se bajaba al río, donde se bañaba en pleno invierno con otros muchachos. Cuando su padre estaba sereno, le gustaba patear con él la Serranía por el camino de herradura, y detenerse en lo más alto, para otear desde allí el valle donde serpenteaba el riachuelo. Tenía don Carlos trece años cuando sus tíos tartamudos murieron en el accidente, y sus primos se vinieron a vivir a su casa. Don Jesús era de su edad, y Beatriz tenía seis años y era bonita y endeble. Cuando acabó en los Salesianos, ingresó en una academia militar donde fue un cadete aventajado, y un cliente habitual en las casas de lenocinio. Poco después de dejar la academia, lo llamaron junto a su padre moribundo; padecía delirium tremens, y como no se movió de su lado en toda la noche, supo de su boca la historia de su madre, Carlota la Cubana, que le habían ocultado hasta entonces. Al día siguiente, el padre le pidió que se casara con su prima doña Beatriz; él lo hizo por no desairarlo, y así pudo morir tranquilo, con el hígado machacado por el alcohol y el pecho alamarado de entorchados de Cuba. La boda se celebró in articulo mortis del padrino, y la madrina fue

doña Manolita, que era una anciana venerable. En el entierro sonaron cañones, sin que nadie supiera de dónde salía aquella algarabía de artilleros. Don Carlos tenía veinte años cuando se casó, y la esposa catorce; y aunque la quería como prima, él siguió frecuentando los burdeles y las mujeres de vida dudosa. Cuando lo destinaron al ejército, la muchacha se quedó al cuidado de su abuela doña Manolita. Aunque andaba siempre con ataques de asma, se maquillaba y acicalaba para atraer a su marido, disimulando su palidez con coloretes de rubor y acentuando el brillo de sus ojos con abéñula azul. Con el tiempo, tuvieron un hijo al que bautizaron con los nombres de Francisco de Borja Carlos Manuel, pero al que todos llamaban Francisco. Cuando el cuarto marqués llegaba de permiso, se le veía frecuentando la tienda de los talabarteros que tenía las paredes tapizadas de arreos para caballerías. Había allí bozales y ataharres, cabezadas y alforjas, todo bordado en lanas de colores. La talabartera era una hembra de bandera, y en cuanto aparecía el marqués se ponía tierna. “Usté dirá”, le sugería apoyándose en el mostrador, y sin decir palabra él se metía en la trastienda, donde había una cama de metal con una colcha de colorines. Ella lo llamaba pariente delante de todos, porque tenían abuelos comunes, los padres del guerrillero Francisco de Borja. Por entonces nació la hija de los marqueses, Martina Beatriz Isabel de Hungría. Todo el pueblo sabía lo de don Carlos con la talabartera; y como en amores entras cuando quieres y sales cuando puedes, aquello acabó como la comedia de Ubrique. La moza se plantó frente al palacio, y agitando los brazos empezó a proferir amenazas, contando sus relaciones a gritos. Doña Manolita la vio desde el balcón, y como era decidida se atrevió a bajar, mientras la gente se arremolinaba. A empujones la echó de allí y amenazó con llamar a los guardias, mientras la esposa estaba arriba sin saber lo que estaba ocurriendo, porque sufría un nuevo ataque de asma. Por entonces estaba a punto de producirse el Movimiento Nacional; siempre hubo problemas en la sierra, pues la economía estaba asfixiada por el aislamiento y no había forma de extenderse con aquella orografía, ni de distribuir los productos, ya que algunos pueblos de la comarca apenas conocían la rueda. El ferrocarril tenía un trazado laberíntico, y el material era puro desecho del resto de la península. Un día el marqués recibió en el palacio la visita del gobernador. “Hermosos forjados tienen ustedes en la casa”, dijo con envidia, mientras mascaba un puro y escupía. El marqués asintió, sonriendo. “Aquí trabajan el hierro como si fuera orfebrería”, contestó, y el otro carraspeó, después de hacer salir a sus acompañantes.

“El motivo de mi visita es que quiero acabar con los grupos de refugiados, y nadie como usted para acabar con esos hijos de perra”. El otro repuso que era el primer interesado en terminar con los rebeldes, ya que era una aventura llegar a la dehesa con la Serranía llena de rojos. “Pero no es tan fácil hacer como decir”. El gobernador sacó un viejo mapa y con un dedo marrón de nicotina fue señalando los pueblos: Igualeja, Cartájima, Perauta, Montejaque. “Fuercen a las familias, usen de la fuerza si es preciso”, ordenó, y con la uña oscura se rascó la negra cueva de su nariz. Cuando la autoridad se retiró, se organizó una batida en toda regla. Buscaban sobre todo a Pastor el de Montejaque, pero no daban con el bandido porque las gentes pactaban con él. “Esta tierra está maldecida”, protestaban los jóvenes guardias civiles que acababan de llegar de Valdemoro, mientras registraban una a una las cuevas, gargantas y boquetes. No había hecho más que terminar la guerra civil cuando doña Manolita murió atragantada con el chocolate. Las relaciones matrimoniales del marqués y su mujer acabaron en catástrofe, porque ella estaba cada vez más débil y ya empalmaba los ataques de asma. Le prohibieron que tuviera más hijos pero tuvo el tercero, que fue varón, y era anormal porque había nacido sin cráneo, y con el cabello rojizo. Todo fueron conversaciones en voz baja y pasos sigilosos, y nadie se explicaba lo que había podido ocurrir. “De tales bodas tales costras”, bramaba el marqués. Los criados achacaban a una enfermedad secreta del padre aquel defecto del pequeño, y el médico lo atribuyó a la mala salud de la marquesa, y a su parentesco con el marqués. Decidieron dejar al pequeño monstruo sin comer para que muriera de inanición, pero el niño resistía y se convirtió en un testimonio tenebroso, en mudo acusador, mientras la madre se moría a consecuencia del parto difícil. “En mal de muerte no hay médico que valga”, decían las criadas, y cuando la enterraron parecía todavía una niña. Estaban todos demasiado ocupados con la ceremonia, y cuando fueron a echar mano del recién nacido había desaparecido de la cuna. Lo dieron por muerto. Nunca el niño volvió a la casa ni nadie preguntó por él, ni volvieron a recordarlo. Cuatro Coronados, el mozo de mulas que se había quedado en la casa, vio que el pequeño se estaba acabando de hambre; lo enfajó, y subiéndolo a lomos de una caballería se lo llevó a su madre a la sierra para que lo criara. Don Carlos, el marqués, se quedó solo con sus dos hijos, y sobrevivió a su esposa un año solamente. Un día estaba en la sierra cazando jabalíes y pasó cerca de la ermita. Allí vio al pequeño metido en un cesto de maíz: tenía la cara muy sucia y estaba chupando una tira de tocino salado, y lo miraba sin llorar,

con unos ojos verdes del color de las uvas. Tenía puesta una bilbaína colorada y le asomaban por ella unos pocos mechones rojizos. El marqués se quedó tan turbado con la vista de la criatura, que lo atacó una jauría de cerdos salvajes y lo cogieron por sorpresa. Lo encontraron cerca de la ermita, casi irreconocible, destrozado por los jabalíes.

***

BEATRIZ ERA HIJA DE TARTAMUDOS y todos creían que ella lo sería también. Y aunque empezó hablando a empujones por imitación infantil, luego corrigió su defecto, que no era congénito sino adquirido. Era asmática y no recordaba desde cuándo, aunque su madre le decía que desde que pasó la to-tosferina. No podía entrar en una iglesia por causa del humo de las velas, y se pasaba la vida ingeniando trucos para combatir el ahogo. Cuando sus padres murieron, a ella y a su hermano se los llevó su tío Curro, el marqués. Desde un principio le gustó aquel palacio que tenía hierros en las ventanas y un escudo de piedra. La llevaron al colegio de las Esclavas, y allí las monjas la enseñaron a pronunciar sin titubeos. Cuando cumplió catorce años murió su protector, y andaba todavía jugando a comiditas cuando la casaron con su primo el marqués. Acababa de tener la regla por primera vez y le llegaba con irregularidad, pero aún así no había pasado un año cuando tuvo su primer hijo. En un principio no lo deseó. Le daba miedo por causa de sus pocos años y sus engorros de salud, pero lo quiso en cuanto lo vio tan bonito, aunque era un poco endeble y había heredado su dificultad de respirar. El día del bautizo, su abuela doña Manolita se percató de que el faldón de cristianar que había usado toda la familia estaba ratonado, de forma que más que un faldón digno de reyes parecía un trapo de limpiar el polvo. A toda prisa, tuvieron que hacer uno nuevo. Como la madre no tenía leche, tuvo que criarlo a biberón. Jugaba con él de manera enfermiza, le rizaba el pelo con tenacillas y le moldeaba graciosos tirabuzones alrededor de la cabeza. La madre era tan joven que le salían pretendientes por la calle, vestía a la última moda con trajes de charlestón y nadie se creía que aquel muchachito de tirabuzones fuera su hijo. Cuatro años después tuvo a la niña. Por entonces doña Manolita ya había cumplido los ochenta y fue la madrina, y el padrino fue don Diego, el último conde de san Justo y san Pastor. Le pusieron Martina Beatriz Isabel de Hungría, pero la llamaban Martina, y la gente del pueblo la Marquesita.

Estaba doña Beatriz recién parida cuando encontró entre las cosas de su esposo fotos de mujeres y un puñado de cartas de amor. Se lo contó a doña Manolita que era su paño de lágrimas, y ella intentó tranquilizarla pero no lo consiguió. Desde entonces sentía unos celos feroces, lo aguardaba por las noches escuchando la radio, pero la radio se acababa y tenía que seguir esperando. Sus pasos eran los únicos que se escuchaban a aquellas horas en la calle, porque los vecinos eran gente de orden y se retiraban pronto. Ella empezaba a temblar, se sentaba frente a la ventana en la oscuridad aguardando cualquier ruido, y entonces sentía el sonido insistente en el pecho, su propio respirar cavernoso, sin poder quedarse dormida en aquella tortura física mezclada con la angustia de la ausencia. Así una noche y otra, deseando morir de una vez, o quizá sin fuerzas para desearlo. Pero seguía tratando de conquistar a su marido, y tenía el tocador abarrotado de tarros, cosméticos, coloretes y abéñulas. Usaba rimmel para las pestañas y los mejores perfumes franceses, y nunca tomaba el sol, porque a su esposo le gustaban las mujeres muy blancas. Cuando se terminó la guerra, doña Beatriz usaba zapatos con cuña de corcho, el pelo alzado sobre la nuca y faldas vueludas para ocultar su delgadez. Era obligatorio adornar con colgaduras los balcones para festejar la victoria de las tropas nacionales, y todo el pueblo se vestía con banderas de España que había que rescatar de los baúles, donde se conservaban entre bolas de alcanfor; algunas lucían una imagen piadosa en el centro, y llevaban cintas cosidas para que pudieran sujetarse a los hierros. Cuando no estaba prendiendo colgaduras en las ventanas, la joven marquesa repasaba la viejas fotos que doña Manolita guardaba en una caja que había contenido dulce de membrillo. Los clichés antiguos se habían vuelto rojizos y estaban enrollados, y había viejos retratos de señoras con sombrero, hombres con levita y ancianos venerables, aunque ya nadie recordaba quién era aquel chiquillo jugando al boliche, ni el bebé con el caballo de cartón, ni la pequeña con un gran lazo a la cabeza y en la mano un aro forrado de terciopelo. Al final doña Beatriz había adelgazado tanto que se trasparentaba, y a fuerza de sufrir y de no respirar se estaba consumiendo. Detestaba que su hijo creciera, que perdiera la suavidad de su piel y el olor de su pelo, que se hiciera grande y desgarbado, que le salieran granos en la cara y se le descompusiera el perfil. Quizá por eso volvió a quedarse embarazada. Cuando nació el pequeño monstruo, a la madre le dijeron que había nacido muerto; pero fue ella la que murió casi sin darse cuenta. De pronto se había quedado quieta, con la monja al lado ofreciéndole un vaso de leche.

“Vengan, por favor, iba a tomarse un vaso de leche pero está como muerta”. Eran las dos de la mañana, y cuando llegó a casa el marqués ya la encontró cadáver. El marido se quedó solo, los hijos se quedaron solos, el recién nacido mejor hubiera sido que se fuera con ella, pero no lo hizo. Y todos dejados de la mano de Dios. Tenía veintiséis años cuando murió. Había un gran alboroto en la casa porque acababa de fallecer la marquesa y abandonaron al niño a su suerte, de tal forma que todos se habían olvidado del idiota, que se iba apagando porque no le daban de comer. El mozo de mulas creyó que el niño estaba muerto o a punto de morir, y decidió llevarlo a la sierra como si hubiera sido suyo. Su madre lo acogió con reservas, pero al final acabó aceptándolo y lo bautizó como Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados. Le puso en la manita una tira de tocino salado; la criatura empezó lamiendo el tocino y acabó devorándolo, y como era agradecido rugía de satisfacción. La pusieron la boina colorada que había sido de un carlista; con ella le cubrían la deformidad de la cabeza y pronto lo querían como si fuera de su propia sangre, porque los dos acabaron creyendo que lo era. A nadie le dijeron nunca que Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, era hijo del marqués de los Zegríes.

***

DON JESÚS HABÍA NACIDO MUY AVISPADO, aunque como creció entre tartajosos, todos creían que lo era. Un día de reyes estaba merendando chocolate en casa de su abuela doña Manolita, donde había acudido con sus padres para recoger los juguetes. Le habían traído un xilófono y estaba mojando la varilla en la taza humeante cuando pronunció de seguido: “El chocolate es malo para el hígado”. La abuela se quedó muda de estupor. Comprobó que sabía hablar a las mil maravillas, y como portavoz de la familia decidió en el acto que el niño sería abogado, porque tenía cualidades para el foro. También le habían traído un teatro con un frontón de cartón piedra, cortinajes con flecos de oro que resbalaban por una ranura, y varias decoraciones distintas según la función que se fuera a representar. Los personajes iban recortados en cartulina, y entraban y salían de escena prendidos en un listón. Cuando creció, doña Manolita se encargó de enviarlo a los Salesianos, le guardó el teatro en la alacena y allí se quedó para siempre. Iba al colegio más derecho que una vela, y cuando los otros no habían abandonado las primeras letras él ya sabía lo que eran

consonantes oclusivas y labiales, y devoraba los volúmenes en la biblioteca de los Maestrantes. Era tan pedante que llamaba a las chufas tubérculos de la raíz de la aguaturma, y usaba palabras que nadie sabía cómo diablos las había podido aprender. Tanto leía, sin saltarse siquiera la letra pequeña, que a veces le lloraban los ojos y se le nublaba la vista. Desde muy joven soltaba peroratas políticas y sociológicas, y dichos antiguos a diestro y siniestro, que había aprendido en los memoriales de sus antepasados; así, cuando sus padres murieron en accidente él se limitó a acoger la noticia con una sentencia de filósofo. Tenía trece años cuando pasó a casa de su tío el marqués, y apenas se apercibió del cambio, porque estaba tan embebido en los libros que no notó la diferencia. Andaba siempre manejando mapamundis antiguos orlados de angelotes, donde podía leerse Mar di India y Oceanus Chinensis. Conociendo sus aficiones, doña Manolita le regaló en su catorce cumpleaños un diario encuadernado en piel y las tapas cerradas con un diminuto candado, y ahí empezó a escribir sus memorias, resucitando los recuerdos de su primera niñez. Lo escondió en el ropero donde antaño se guardaban las alhajas, y donde ahora doña Manolita conservaba las estampas de primera comunión y los cuadernos de redacciones de sus nietos. Por entonces, al muchacho le dio por atiborrarse de novelas policíacas; gastaba en ellas sus propinas y se encerraba en el retrete con aquellos libros de pastas amarillas, viviendo con tal intensidad las degollinas que al final no se atrevía a entrar solo en el excusado. Por eso doña Manolita se las quemó en la cocina de carbón, donde quedaron reducidas a pavesas voladoras. Miraba asombrado cómo traían a rastras a su tío a la vuelta de las borracheras, agarrado por los sobacos y con la cara verde de bilis. Fue el último que usó velocípedo en el pueblo, porque lo había rescatado de las carboneras del marqués, y con él recorrió la serranía recopilando coplas y tradiciones ancestrales. Llevaba por todo equipaje los Comentarios de César y las Vidas de Cornelio Nepote, y llegó a reunir cinco mil sentencias del acervo popular. Espiaba las conversaciones de los viejos en las plazas y de las criadas en las cocinas, tomaba nota de las imprecaciones de las viejas y de las discusiones conyugales en los patios de vecindad, rellenando con todo ello un mamotreto de cuartillas caligrafiadas en letra menuda y cuidadosa. Una vez al año los jóvenes de buenas familias representaban una obra en el teatro Espinel, en la que él solía llevar la voz cantante. En la apoteosis final salían todos los actores cogidos de la mano, giraban entre bastidores y bambalinas y terminaban con una reverencia ante las candilejas, mientras

el telón bajaba, chirriante. Cuando terminó el bachillerato, don Jesús pasó a estudiar la carrera de Leyes como había decidido muchos años antes doña Manolita. Se aprendía los textos de memoria con leerlos una sola vez, y luego los recitaba como suyos. Estaba a punto de ser abogado cuando un verano conoció en la función de aficionados a Consuelo, la hija segunda del alcalde de Montejaque. Desde entonces se convirtió para él en la personificación de la hermosura. Luego empezó a preparar Notarías y se instaló en una pensión con otros estudiantes; lo suspendieron en la primera convocatoria, luego en la segunda, y ya empezaba a caérsele el pelo cuando, en una noche febril, decidió pergeñar la Historia de las Generaciones habidas en su familia. Se aficionó a las gruesas enciclopedias, y en vetustas ediciones de librerías de viejo iba rastreando los datos que guardaba como tesoros, mientras los años pasaban y la novia seguía esperando. Lo abandonaron sus compañeros de pensión sustituídos por nuevas promociones, y él estaba tan ocupado con la investigación que se le pasaban semanas sin enviarle una letra a Consuelo. Una Nochevieja, los que compartían su habitación lo hallaron con una linda cogorza: tenía en una mano una botella de Cazalla y en la otra una bolsa de cortezas de tocino. Los llamó con sus nombres cambiados, y de pronto se lanzó contra ellos dándoles mamporros, uñadas y mordiscos. Tuvo que pasar el año nuevo en el manicomio, donde le aplicaron un tratamiento de caballo para curarle la esquizofrenia. Cuando salió, empezó a escribir versos y se olvidó de la Historia de las Generaciones. La situación empezaba a inquietar a la familia de Consuelo, que parecía haber heredado el sino de la familia de su prometido: llevaban diez años de novios, ella estaba a punto de cumplir la treintena y no se hablaba de matrimonio. Su abuela doña Manolita se estaba muriendo de vieja esperando que el nieto sacara la controvertida oposición, y quiso el destino que la ganara cuando todos desesperaban: lo enviaron de notario a Bollullos del Condado, en la provincia de Sevilla. Cuando se casaron, ambos iban a cumplir los treinta y uno; pasaron la luna de miel encerrados en el palacete de París, entre cortinas de telarañas añejas y en la cama con baldaquino que había sido de Napoleón, mientras a su puerta se acumulaban los desayunos de siete días. Cuando salieron, a él le tuvieron que administrar inyecciones de hígado de bacalao, y Consuelo estaba embarazada de su hijo mayor. Muchos años después, aún conservaba don Jesús unos papeles que encontró en el palacio manchados con orines de gato: la carta fogosa de una tal Mimí, unas cuartillas foliadas con la letra del primer marqués y el recorte de un periódico

antiguo que hablaba de la guerra de los Bóers. Consuelo había jurado que no se movería de Montejaque, así que don Jesús tuvo que renunciar a su carrera, que tantos sudores y vigilias le había costado; se instaló en el pueblo de su mujer, donde se ocupó de la fábrica de embutidos. Pensaba compaginar sus actividades industriales con la manía de escribir, y optó por seguir con la Historia de las Generaciones. Buscando los orígenes de su familia dio con la alcancía de su abuela doña Alfonsa llena de luises de oro, y gracias al importante hallazgo pudo permitirse el lujo de recorrer los archivos y bibliotecas del país. Escarbó en la del duque de Osuna, y en los dominicos de Córdoba halló un documento de valor inestimable, referente a los orígenes de Ronda. Visitó el archivo de Indias en Sevilla, el de Simancas cerca de Valladolid, y en la sala de investigadores, entre muros espesos, avanzó mucho en las el conocimiento de las Generaciones. Para ello tuvo que bucear entre manuscritos antiguos y pergaminos deshechos en que la tinta corrosiva había taladrado el papel, tuvo que descifrar geroglíficos y completar abreviaturas, leer en pesados sellos de lacre y aprender tratamientos jerárquicos, él solo en el salón de techos altísimos con ventanas de ajimez. Cuando volvió al pueblo de Consuelo, ya había nacido su primer hijo varón. Tuvieron once muchachos y una niña, y los llamaron como a los Apóstoles. Eran todos descoloridos y pecosos como su padre don Jesús, y cuando nació la pequeña, a él no le quedaba un solo pelo en la cabeza. Por entonces supo lo que ocurría entre su cuñado el marqués y la talabartera, y no podía comprender cómo él podía despreciar a su hermana Beatriz por una furcia como aquélla. Con el tiempo lo nombraron alcalde del pueblo y se estrenó para las fiestas. Sus obligaciones municipales no le impedían seguir con sus Generaciones, ni llevar de cuando en cuando a los niños al circo de la capital, para que vieran a los trapecistas con sus mallas doradas, a las focas equilibristas y a los perritos vestidos de etiqueta. Dos de sus hijos habían nacido tartajosos; alguien dijo que no deberían casarse, sino ingresar en alguna orden religiosa, a fin de no continuar la tradición. Así lo hicieron, y uno a uno fueron ingresando en el Opus, para observar la castidad y evitar nuevos ridículos en la familia. Hubo dos excepciones: don Pedro, el mayor, se casó con Plácida que era hija de un médico, pero formaron un matrimonio blanco para no procrear. La menor había sido niña, pero no tenía problema, porque desde muy pequeña se había desgraciado en sus partes generativas. Tenía dos años cuando saltó, jugando, con tan mala fortuna que quedó ensartada en un palo que le desopiló los ovarios. Don Jesús conservaba aún el

velocípedo en que había recorrido los pueblos, pero se había comprado una bicicleta de mujer y la compartía con su hija. Conservaba también algunas novelas policíacas que había logrado salvar de la pira de doña Manolita, y ahora era su hija menor quien las devoraba en el retrete. Estuvo corrigiendo las pruebas de la Historia de las Generaciones, y un día de Navidad el libro salió a las librerías. Él mismo lo compró, lo envolvió en un papel de regalo con abetos dorados, y a la hora de la comida se lo entregó a Consuelo, ante los aplausos de todos.

***

EL QUINTO Y ÚLTIMO Marqués de los Zegríes se llamó Francisco de Borja Carlos Miguel. No nació pelirrojo, sino que tenía el pelo negro como sus antepasados los gitanos, y los ojos verdes de los Francisco de Borja. Cuando nació, doña Beatriz aguardaba una niña y lo trató como si lo fuera. Su cuna, faldones y jerséis eran color de rosa, y cuando creció, su madre seguía vistiéndolo de niña. Cuando su hermana vino al mundo no cambiaron las cosas, porque la madre apenas hacía caso de la recién nacida. A él lo trataba como a un juguete y lo emperifollaba con tirabuzones, pese a las protestas del padre, que acababa cediendo ante las crisis asmáticas de doña Beatriz. Acostaba al pequeño con ella, y fueron experiencias de las que el niño nunca se libraría. En un principio él mismo se creía niña, hasta que lo desengañó su amiguito Nicomedes Luis. Estaban escondidos bajo la mesa del salón que tenía un tapete de malla bordado con lanas de colores, y bajándose los pantaloncitos se mostraron lo de cada uno: por eso vio Francisco que tenía lo mismo que su amigo, aunque algo menor. El pequeño había heredado el asma de su madre. No podía entrar en la capilla del colegio porque lo atosigaba el humo de las velas, tampoco correr en los recreos, y lo peor llegaba por las noches, cuando lo ahogaban el polvo del colchón, las pelusas de la manta o el suave miraguano de la almohada. Su madre tenía prometido que lo llevaría a Lourdes si sanaba, pero él sabía que nunca sanaría, y que en todo caso a ella se le olvidaría con el tiempo lo que prometió. Por eso era un niño tan extraño y rebelde, siempre al margen de sus compañeros que no llegaban a entenderlo y lo veían como a un chico demasiado mimado, demasiado guapo, con aquellos rizos negros y unos ojos verdes como uvas. Tenía once años cuando murió su madre; cuando murió el padre un año después lo enviaron interno a un colegio de jesuitas, donde habían asistido sus antepasados con los hijos de las mejores familias. También internaron a

Nicomedes Luis, el hijo del escribiente; le dieron beca porque su padre se había quedado sin trabajo al morir el marqués, y ya no había nada que escribir en el palacio. Empezaron siendo inseparables, jugaban y salían juntos los domingos, tomaban juntos el tranvía y eran como uña y carne. Un día, en el tranvía de jardinera, apareció aquel hombre. Era un tipo extraño y se acercó a Francisco tanto que lo rozaba. El muchacho sentía el cuerpo del hombre contra él, y una dureza que lo oprimía bajo la trinchera desabotonada; no se atrevía a rebullir, y se dio cuenta de que sentía un hormiguillo que le calentaba la sangre. Aquella noche no pudo dormir, y algo cambió dentro de él, como si una oscura sensación se abriera paso dentro de su cuerpo. Francisco tenía buena voz; desde un principio los dos amigos ensayaron juntos en el coro, aunque los timbres de sus voces eran diferentes y así la suya era alta y sostenida, de tenor, mientras que la del compañero era cálida y grave. El pequeño marqués se acompañaba correctamente al piano, pero su amigo era el tormento de propios y extraños cuando aporreaba lo poco que sabía, y mientras Francisco se asfixiaba con un nuevo ataque de su mal, él atronaba la enfermería con sus acordes monótonos. Pero de la noche a la mañana dejaron de hablarse, sin que nadie supiera la razón. Nunca volvieron a salir juntos, y tuvieron que pasar los años, tuvieron que dejar el colegio para volver a reencontrarse. Francisco tuvo que ingresar en la Academia Militar por imposición de la familia; su hermana estaba en Cáceres con su padrino, el conde de san Justo y san Pastor, y cuando iba a verla permanecían ambos en el gran salón, mientras el reloj encerrado en la caja alfonsina desgranaba las horas, la casa estaba silenciosa y la ciudad dormía. Al poco tiempo se produjo el escándalo: el director de la Academia había sido compañero de su padre y trató de ocultar los hechos, pero lo invitó a dejar la institución; él así lo hizo, se trasladó a París y se instaló en el antiguo palacete deshabitado. Todavía los lienzos antiguos cubrían los muebles, y él no se molestó en quitarlos. No recibiría su herencia hasta la mayoría de edad, pero en su residencia parisina se reunía con amigos equívocos, gastando por adelantado un dinero que no poseía. Conoció al actual barón de Bussain, que le interesó vivamente: era un hombre distinguido que poseía un castillo en el campo, y había alcanzado la treintena cuando hizo amistad con el joven marqués de los Zegríes. Alardeaba de su ascendencia inglesa, y había heredado de su madre británica unos ojos pálidos como el acero y el cabello de un rubio pajizo. Pero los antecedentes del barón no eran tan claros como sus ojos: se decía que había colaborado con los alemanes, aunque nunca se pudo probar,

e incluso que había llegado a traicionar a su propia familia. Ambos se hicieron compañeros de orgías; el barón le prestaba al joven grandes cantidades, todo a cuenta de la herencia de los Zegríes. Un día, Francisco bromeó con su amigo acerca de la muerte de su antepasado a las puertas de Ronda. “Era al parecer un hombre burdo -le dijo ante todos-, y fue Francisco de Borja, mi antepasado, quien acabó con aquel hijo de perra”. Había pasado tanto tiempo de aquello que ya pertenecía a la Historia, o al menos así lo creía el joven marqués; pero un ocho de octubre lo hallaron muerto en el palacio, con un tiro en la sien y los pantalones bajados. La policía no pudo aclarar las misteriosas circunstancias de su muerte; los periódicos hablaron del caso, especulando sobre una venganza de homosexuales. Su hermana Martina heredó el título de marquesa de los Zegríes, y acudió a París para dar tierra al cuerpo de su hermano y hacerse cargo del palacio, pero no lo habitó.

***

TODAVÍA RECORDABA MARTINA Beatriz Isabel de Hungría, cuando a su hermano mayor lo vestían de niña y lo rizaban con tirabuzones. Sus abuelos maternos estaban muertos, lo mismo que su abuelo Curro, el marqués, y nadie le había hablado jamás de una abuela llamada Carlota la Cubana, a quien no conoció. Desde muy niña la llevaron al colegio de las Esclavas, donde había acudido su madre; recordaba que ésta tenía una linda voz, les cantaba bonitas canciones y se sentaba por la noche junto a su hermano para rezarle al Niñito Jesús. Tenía un collar con cuentas meladas y suaves, y les contaba a los niños que en tiempos muy remotos una gota de ámbar había encerrado a un diminuto insecto en aquella cárcel de cristal. “Tu padrino es político”, le decían, refiriéndose al conde de san Justo y san Pastor. Ella no sabía lo que era un político, pero sí que él le enviaba bonitos cuentos para Navidad. Había visto pocas veces a aquel hombretón de pelo rojo que en sus raras visitas atronaba la casa con su voz, ostentosamente vestido, con un pañuelo de seda en el bolsillo y un alfiler en la corbata. La palabra “político” evocaba en ella la idea de un personaje lejano; tampoco sabía lo que era un ministro, y el hecho de que él pronunciara discursos lo convertía en un ser superior. Fueron luego los libros que le enviaba en ocasiones señaladas los que la acercaron a él: historias de conquistadores, de marinos y generales, muchos de los cuales pertenecían a su propia familia. Desde siempre,

Martina fue una niña inadaptada, quizá porque todos la llamaban la “marquesita”. Con poca diferencia de tiempo murieron su madre y su padre; a él lo recordaba metido en una caja, amortajado hasta los ojos porque lo habían destrozado los jabalíes. La niña no lloraba, tenía los ojos brillantes y fijos y decía a todos que estaban equivocados, que pincharan a su padre y comprobarían que no estaba muerto. Cómo pensaban enterrarlo, si no había muerto todavía. Cuando abrieron la caja de caudales y vio el collar de ámbar, le dio tanta pena que se pasó la noche llorando. Quedaban pocas joyas en la caja, porque las que no se llevó Carlota la Cubana se habían entregado en la guerra para auxiliar a los combatientes nacionales. Sólo estaban allí el sello de su padre con el escudo de marqués, la pulsera de pedida de su madre con el broche partido, y una extraña sortija con reminiscencias cubistas. No conoció nunca la existencia de su hermano anormal; era tan pequeña por entonces que los recuerdos se deshacían en una niebla lechosa, debatiéndose entre el sueño y la fantasía. Luego fue a buscarla su padrino, el conde de san Justo y san Pastor. Nunca olvidaría el portalón cerrado, la lluvia cayendo tenaz y la calle brillante entre escudos tallados en piedra, iluminada apenas por unos pocos faroles. Aguardaron abajo, hasta que oyeron unos pasos entre el rumor apagado de la lluvia, y por el redondo montante distinguieron que se había encendido una luz. Era Coralia, el ama de llaves, que cogió la gran maleta con las pertenencias de Martina, con sus vestidos de luto y unos viejos discos de tangos que había heredado de su madre. En los primeros tiempos, la niña aprendió muchas cosas de su padrino: él le hablaba de sus antepasados los conquistadores o le contaba la historia de Hernán Cortés que había conquistado el imperio de México, y mientras paseaban por las tranquilas calles de la ciudad. “El océano Pacífico lo descubrió un extremeño -decía.- Se llamaba Núñez de Balboa y nació en Jerez de los Caballeros”. Y en las noches de invierno, sentados ambos ante la chimenea, la pequeña se refugiaba en el calor porque la consumía la nostalgia y la acosaba la melancolía. Cerca trasteaba Magdalena, la cocinera que lo había sido de su abuela doña Manolita; había una criada grande y rubia con un lenguaje difícil de entender, y tenía con ella a su hija que hacía de doncella. Además estaba Justo, el jardinero, que era hijo de Magdalena. Desde el principio, Coralia se encargó de Martina: ella le compraba los zapatos y los calcetines para ir al colegio, escogía las telas de los abrigos y los uniformes, y se los encargaba a la modista. En aquella parte de la ciudad todas las casas eran antiguas, tenían portalones oscuros y escaleras de piedra, y dentro patios con columnas, algunos

con un pozo en el centro. En el interior, los entramados eran oscuros y había grandes alacenas en maderas nobles; fuera, muchas fachadas tenían los canalones desprendidos, y el agua de la lluvia caía a chorros formando cascadas en la acera. Desde el campanario de la iglesia, las campanas llamaban a oración a los fieles. Ella cruzaba la plaza de santa María junto a la estatua de san Pedro de Alcántara, salía por el arco de la Estrella y al otro lado hallaba el bullicio de la ciudad nueva. Se detenía en una esquina para oír la voz rota y destemplada del charlatán picado de viruelas, que ofrecía pastillas de eucaliptos, lápices y cuchillas de afeitar, mientras una mujer aguardaba sentada en una silla, con un pañuelo negro cubriéndole los ojos. Había otros charlatanes, pero ninguno como él, y cuando acababa de vender le hacía preguntas a su compañera sobre la concurrencia, sobre el color de las corbatas o la edad de algunos curiosos; ella contestaba con aire resignado, y si se equivocaba él le arrancaba el pañuelo de un violento tirón, y hasta llegó a abofetearla ante la consternación de las mujeres. Ella regresaba a casa de don Diego con su uniforme de verano, y al salir al jardín reencontraba de nuevo los aromas, bajaba la escalera entre la nube blanca de la enredadera velo-de-novia y abajo hallaba al jardinero, que era hijo de Magdalena. Él le cortaba ramos de rosas, lilas y violetas que se escondían bajo la sombra del boj y del evónimo. En primavera el jardín se había cubierto de clavellinas diminutas y pensamientos morados y amarillos; luego todo anunciaba el verano, y la parra lanzaba sus vástagos sobre los pilares de madera de la galería, cegando las ventanas, mientras los pétalos de rosa cubrían los paseíllos del jardín como en una doméstica procesión del Corpus. Luego hacía su aparición el áster de otoño, los membrillos amarilleaban y se respiraba un aroma a humedad y a flores marchitas. Sólo en rara ocasión el jardín permanecía extrañamente silencioso, los macizos de boj abrumados por la nieve, cubierto todo por el blanco edredón que nadie había pisado; los aleros de oscuras tejas se habían remozado bajo la nevada y no mostraban el paso del tiempo, y las escalerillas de ladrillos estaban sumergidas bajo aquel manto como de algodón. Martina siempre amó los colores, y una sensibilidad especial se los hacía percibir fuertes y vívidos. Cerraba los ojos, y en una ceguera luminosa veía brotar cascadas deslumbrantes, rayos de oro y puntos de luz como en una lluvia de confetis, culebrillas y soles que estallaban formando cataratas, y si llegaba a frotarse los ojos era la embriaguez del color. Salía a la galería radiante después de atravesar las salas en penumbra y el fondo de sus ojos se convertía en fuego, veía su propia sangre a través

de los párpados cerrados y sus tonos cambiantes. Amaba los colores sobre todas las cosas; también le gustaba dibujar, y copiaba los grabados de las revistas antiguas que su padrino guardaba en el despacho, las tarjetas postales con barcos de velas amarillas, con paisajes de otoño y ciervos de grandes cornamentas, bajo unas altas cordilleras nevadas. Invariablemente, pasaban los meses de calor en La Hacienda, que era la finca de verano de su padrino, y en cuanto llegaba recorría con ansia las eras, las colmenas y palomares, llenándose con su fulgor. Mientras, el jardinero colocaba reteles al fondo del arroyo para pescar cangrejos, y Magdalena guisaba los pichones en salsa de chocolate, como le enseñara en tiempos doña Manolita. Ya había cumplido Martina los catorce, calzaba zapatos de medio tacón y medias tan finas que se rompían con mirarlas, cuando pasó un verano en Ronda con unas primas por parte de madre. Allí se encontró con Nicomedes Luis, que era hijo del antiguo escribiente de su padre. No lo veía desde niña y se había acostumbrado a considerarlo su inferior, pero ahora él tenía diez y ocho años y se había convertido en un muchacho recio y fuerte, de facciones duras y pelo ensortijado; llevaba unas gafas de sol de gruesa montura, y aunque no le pareció guapo, tampoco le desagradó. Tenía una novia que se llamaba Águeda, y la dejó por Martina; ella necesitaba personalizar su amor naciente, y aunque no lo quería en realidad, le pareció tan bueno como otro cualquiera. Luego, cuando estuvo de vuelta en Cáceres, una carta suya la indignó. “Vaya tipo cursi, y además presuntuoso”, pensó, y a partir de entonces no volvió a acordarse de él, pero él ya nunca volvió con su novia. El día del setenta cumpleaños de don Diego, el caserón de Cáceres se llenó de bandejas de pasteles, y de botellas de un vino blanco y oloroso para obsequiar a las numerosas visitas que acudieron a felicitarlo. Hubo un acto en el Ayuntamiento donde el conde pronunció un discurso, el último de su vida pública. Los concejales le ofrecieron un pergamino y una placa de plata con sus armas cinceladas, y un vate local leyó unos versos conmemorando la ocasión. A la fiesta acudió don Casto, el hermano menor del conde, a quien Martina veía pocas veces. Francisco también asistió, porque aunque estaba interno le concedieron un permiso; y aunque estuvieron los dos hermanos charlando como siempre, ella lo notó extraño, sin saber por qué. Había llegado en su motocicleta nueva, y le hizo gracia que para combatir el frío se envolviera las rodillas en papel de periódico. En aquella ocasión él la animó a que tomara clases de pintura, y le regaló un maletín con colores al óleo, una paleta de pintor y pinceles de distintos tamaños. Cuando Martina cumplió los diecisiete años,

abandonó el colegio de monjas y la admitieron en el mejor estudio de arte que había en la ciudad. Estudiaba blancas figuras de yeso y las dibujaba a carboncillo: trazaba sobre el papel las mórbidas líneas de una anatomía, y poco a poco fue reproduciendo el discóbolo que sostenía un disco en la mano derecha, como si fuera a lanzarlo de un momento a otro; una venus de carnes lisas y senos pequeños, a un niño sacándose una espina del pie y a otro regordete acompañado de una oca. Usaba carboncillos de distinto grosor, y con ellos trazó cabezas de varones y bustos de matronas con cabezas cuajadas de bucles, mientras un polvo luminoso, alumbrado por el sol que entraba a raudales por las altas ventanas del estudio, parecía rodearla con un halo de oro. Había allí alumnos venidos de toda la comarca: los que ya utilizaban pinturas tenían las batas manchadas, sostenían la paleta en una mano y el pincel en la otra, mirando atentamente al modelo; luego, lo trasladaban a un lienzo clavado al bastidor. Para que no se amustiaran las flores las cortaban muy frescas, diluían en el agua una pastilla de aspirina y pintaban durante muchas horas, a fin de que el cuadro estuviera pronto terminado. En poco tiempo, los lienzos de Martina ostentaron colores radiantes. Decía el profesor que estaba dotada para el arte: lo cierto es que en sus cuadros el cristal verde de una botella era algo más que un cristal verde oscuro, y frente al modelo su interpretación era siempre distinta. “Un buen colorista se advierte incluso en un apunte al carbón”, decía su maestro, y aunque no lo confesara abiertamente, lo cierto era que se refería a Martina. Por entonces, su hermano había ingresado en la Academia Militar; cuando la abandonó, ella no conocía el motivo, pero se imaginó que no servía para la carrera de las armas. Él vino un día a despedirse, porque se marchaba al palacio de París: fue la última vez que lo vio. Cuando llegó a la mayoría de edad, Martina supo que la fortuna de sus padres se había esfumado, y que lo poco que quedaba lo había dilapidado su hermano, así que decidió poner en venta el palacete. No quiso vender el palacio de Ronda y lo cedió como museo; estaba en disposición de trazar su propio futuro, y decidió marcharse a pintar a París, llevándose con ella a Coralia. Ocuparon una buhardilla reformada, sin más muebles que los necesarios, pero claros y agradables a la vista; un largo balcón dominaba un panorama magnífico, y pronto puso cortinas y visillos en las ventanas, y llenó de leños la chimenea. Cuando llegó el verano, oía el susurro de los árboles y el rumor del río. Estaba comenzando el mes de julio cuando le llegó una carta de un cierto barón de Bussain, rogando que lo recibiera. Ella así lo hizo: desde el primer momento lo encontró sumamente distinguido, con aquellos

ojos tan claros y la tez curtida por el sol. Tenía el bigote recortado, y una soberbia dentadura que mostraba al sonreír, pero sus ojos no sonreían, lo que lo hacía distante y frío. Le dijo que había conocido a su hermano; según le contó no tenía familia, y vivía en el campo. Luego empezaron a salir juntos; supo que había estudiado arquitectura, y su afición al arte los unió. El barón tenía una hermosa finca junto al Loira donde las invitó; allí iniciaron un frío idilio que terminó en una boda convencional. Sólo asistieron los amigos, y a Martina le extrañó que todos hubieran conocido a Francisco. Pasaron los meses y un día, ordenando los papeles del barón, halló unas cartas comprometedoras de su hermano; grapados a ellas, y firmados, había varios pagarés. Ya conocía Martina las inclinaciones de su esposo, y eso la hizo encerrarse en una tenaz frigidez; tenían habitaciones separadas, y aquella noche no pudo dormir. Desde entonces comenzó a sospechar: el barón la dejaba cada vez más por los amigos y lo notaba excitado y colérico, de forma que pensó que quizás estaba complicado en la muerte de Francisco. Trató de indagar por todos los medios y no consiguió ningún resultado; discutían en forma violenta, y sufrió en poco tiempo dos accidentes peligrosos, en los cuales tuvo que ver su marido. Decidió separarse, y cuando fríamente le planteó el divorcio, ante su asombro él lo aceptó sin reparo. No había pasado un año de la boda cuando Martina volvió a París, acompañada por Coralia; había muerto en Cáceres don Diego, y aunque su imagen se le representaba ya lejana, había sido su protector, y decidió acudir a los funerales. Allí encontró de nuevo a Nicomedes Luis; estuvieron recordando a Francisco, y ella empezó a hablar de sí misma, paseando por las estrechas calles de la ciudad antigua, llenas de viejas casas con escudos. Nombraron al barón y lo sintió lejano, y se asombró de que hablando con él se sentía en cierto modo liberada de sus fantasmas. En Ronda, alguien dio la noticia: “Están juntos -dijeron-, tenían que terminar así”. Al poco tiempo todo el mundo sabía que Martina y Nicomedes Luis se habían reencontrado, que viajaron juntos en el barco de Tánger, y que estaban visitando Marruecos. Aquella tarde el barco dejaba un reguero de espumas, gotas muy finas se pulverizaban, sentían en el rostro la humedad del mar y veían saltar a los delfines. Hallaron playas blancas e inmensas, corrieron sobre las dunas calientes donde se revolcaron como niños, riendo mientras el mar embravecido estallaba en la arena con un rugido de cataclismo. Almorzando en un chiringuito de la playa, Martina confundió a un camarero con Justo, el jardinero, y resultó ser su hermano gemelo, Pastor. Pasados unos días, los dos amigos se fueron juntos a París;

era verano y los acogió la exuberancia de la vegetación, con su verde compacto y brillante, un tanto monótono según decía él. Tomaron fotos de la catedral, cruzaron el río por el puente de Notre Dame y visitaron el Louvre, llegaron hasta la torre Eiffel y subieron vertiginosamente, mientras la ciudad se alejaba a sus pies. El monumento a los Inválidos le parecía a ella de pésimo gusto, y demasiado pretencioso. “Y esa tumba monstruosa”, comentó al salir. Visitaron el barrio latino caminando despacio, y en una Sorbona vacía recorrieron pasillos destartalados, corredores y oficinas siniestras, saliendo luego al exterior con alivio, porque el edificio les parecía asfixiante y lóbrego. “Durante el curso, este barrio cambia de aspecto”, le dijo ella colgándose de su brazo; y como habían comprado un cucurucho de ciruelas se las comían y tiraban el hueso en la calzada, entre las ruedas de los automóviles. Se acostaban muy tarde por las noches, se levantaban tarde, y varias veces cada noche hacían el amor; y había momentos en que ambos pensaban que hubiera merecido la pena vivir sólo para eso, para hacerlo una y otra vez en una especie de feliz embriaguez. Era siempre lo mismo: levantarse, almorzar, pasar la tarde de cualquier manera, acostarse de madrugada y hacer el amor. Martina deseaba sobre todas las cosas tener un hijo, y el acto se convirtió en algo angustioso y mecánico, hasta que llegaron a efectuarlo sin preámbulos y sin emoción. Un día almorzaban en un local de lujo y se encontraron al barón, que los saludó cortésmente. Pasaban los meses y Martina no se quedaba embarazada; permanecía ausente porque no se encontraba bien o tenía dolor de cabeza, y empezaron a distanciarse. Ella pasaba el día en el estudio, y él recorriendo la ciudad. Quería sin duda deshacerse de él y empezó a no volver al piso por las noches, de forma que lo que podía haber sido una hermosa historia se convirtió en algo parecido al desastre. Los separaba su propio orgullo, y se sentían tan lejanos como seres que ocuparan distintas galaxias, porque además Martina había perdido sus esperanzas de maternidad. Desde que Nicomedes Luis se marchó ella pintaba como nunca, iba avanzando en su carrera y sus cuadros iban cobrando renombre internacional. Vivía de recuerdos y pintaba sin trabajo, como si el pincel trabajara solo; y al mismo tiempo que emborronaba lienzos iba quedando vacía de amargura, de forma que se estaba convirtiendo en una celebridad. Un día visitó en Cáceres la casona que iban a derribar. Habían arrancado los pesados llamadores, los portones estaban cerrados y tenían letreros soeces escritos con tiza. Nadie la había ocupado durante mucho tiempo, sólo los vagabundos que abrieron brecha en la trasera del edificio; y era la casa como un reo

que aguardara en su celda la hora de la muerte. A ella le parecía penetrar a través de los tiempos, y se sentía flotar en los senderos cegados del jardín. Estaba alegre porque al fin había podido llorar, lloraba vagando por aquella casa en ruinas, entre obreros que acarreaban los cascotes, y un fragor de escombros derramados. Un camión, incrustando su trasera en el portal, recogía los materiales que se derrumbaban en su panza con polvo y estrépito. Las vigas apiladas rodaban bajo los pies, y ella devoraba con los ojos todo aquello deseando conservar una imagen última, guardar un último vestigio doloroso. La sombra de los Conquistadores quedaría prendida allí, bajo los cimientos más profundos, aunque arrancaran las vigas carcomidas y derribaran los tejados, aunque desgajaran las puertas, porque había algo que nunca moriría. Le pareció despertar de un extraño éxtasis, y se estremeció ante la realidad que la aguardaba fuera; se volvió a observar la maraña que formaban las hojas perennes del jardín, y las hiedras todavía rampantes sobre ladrillos rojos y desnudos. Contempló por última vez los aleros de tejas desprendidas y a punto de caer, y había un ansia en el fondo, un deseo de aprisionar una última imagen, aunque fuera atormentadora, de conservar un último recuerdo lacerante y reflejarlo en su pintura.

***

EL MERCADILLO

"...Todas las virtudes y los vicios de antaño hierven con ímpetu ahora, sin más válvulas que la política y el amor..."

Ricardo León, ALCALÁ DE LOS ZEGRÍES

NICOMEDES NACIÓ CON EL SIGLO, y era hijo de talabarteros. Pertenecía a una familia humilde y vino al mundo a la sombra de la plaza de toros, en el Mercadillo de Ronda. Se crió entre monturas y gualdrapas, y ataharres bordados en lanas de colores. Su padre andaba corto de dineros y su madre tuvo más hijos que una araña, de los que pocos sobrevivieron a la primera niñez. Él siempre estuvo desnutrido, llevaba la ropa estrecha y recosida y andaba vagando por la calle con el hijo del peluquero, que tenía los espejos de la barbería cegados a fuerza de cagadas de mosca. Un niño pobre era un niño triste. Su casa olía a humedad y a orines de gato, a respiraciones condensadas y a humo de cocina, porque sólo había una habitación exterior que usaba el matrimonio, y el resto eran cuchitriles oscuros y sin ventilación, donde se acurrucaban niños y abuelos a la luz de un candil. Los chiquillos chapaleaban en el fango persiguiendo a los perros callejeros; él tenía las piernas retorcidas, y en lugar de correa usaba una cuerda para que no se le cayeran los pantalones. Calzaba alpargatas en lugar de zapatos, llevaba una onda en la mano y la manoseaba, situaba cuidadosamente una piedra en la honda, pero no la lanzaba nunca. Lo más que hacía era tirarla con rabia al suelo y salir trotando con las alpargatas demasiado grandes para sus pies. La madre le daba higos secos para la merienda, y a veces eran todo su alimento; por la noche, todos en la casa se disputaban un trozo de pan o un dornajo de patatas. Los de la Maestranza eran dueños de la plaza de toros; podían entrar a su antojo, no pagaban en las corridas y vivían en la Ciudad en unas casas grandes con zaguanes alicatados, con cancelas de hierro y en los patios maceteros de cobre con tiestos de pilistras. Sus balcones eran panzudos y tenían rejas caprichosas de forja rondeña. Cuando a Nicomedes lo enviaron a estudiar al Seminario no había cumplido los once años, y todo le llamaba la atención: extrañaba el mármol de las mesas, el entrechocar de los cubiertos, y aquella sopa que hubiera podido cortarse como si fuera requesón. Todos tenían las manos rojas por el

frío y sabañones en los dedos. Los cuartos de baño tenían tinas antiguas, eran piezas destartaladas y frías donde los aguardaba el agua humeante; hacían siempre las mismas cosas a las mismas horas, sin poder elegir, porque el horario era rígido, el mismo para todos. Le gustaba en la iglesia el tintineo de las campanillas, el que todo fuera blanco y dorado, y aquellos confesionarios llenos de torrecillas y jeribeques. Había que temer al purgatorio, por eso había que confesar hasta los pecados veniales, y rezaban jaculatorias para ganar indulgencias aunque no supieran muy bien lo que eran. "Pulvis eris et in pulvis reverteris", les decían, y les explicaban que eran polvo y en polvo se tenían que convertir. Por las mañanas, el agua del jarro estaba siempre helada. Tenían que saber de memoria los concilios, desde el de Nicea al del Vaticano, pasando por Corinto y por Éfeso. Durante las vacaciones, Nicomedes recalaba en casa de sus padres como un extraño, porque en realidad no pertenecía aquí ni allá, y se estaba ahilando por falta de sol. A punto de cantar misa lo pensó mejor, dejó el Seminario y volvió a Ronda con sus padres, el mismo año que José Cupertino ingresaba en la institución. Tenía formación suficiente para ponerse a trabajar y decidió hacerlo. Eran las tres de la tarde y las piedras se derretían por el calor cuando llegó a casa de los marqueses, tiró de la campanilla y le abrieron la puerta, lo hicieron pasar, y le dijeron que aguardara. Recordaba a Curro, el marqués. Lo había llevado de pequeño a su finca, y en una broma de borrachos lo había obligado a beber vino, metiéndolo luego en un saco donde perdió el conocimiento. Cuando despertó se encontró atado dentro de la saca, y era algo que nunca podría olvidar. Fue doña Manolita quien lo recibió y lo colocó de escribiente, porque el marqués tenía sus cuentas y papeles abandonados. Por entonces Curro el marqués andaba más borracho que Noé, y más de una vez Nicomedes tuvo que llevarlo al palacio medio a rastras. Aquel año murió despeñado el matrimonio de tartajosos, y los dos huérfanos se fueron a vivir a la casa. Nicomedes se había antepuesto por su cuenta el don, y no había vuelto por la casa de los esparteros; los señores lo habían instalado en el último piso, en un cuarto bajo el sobrado, y desde allí oía el canto de los grajos y el zurriar del aire en el abismo. Le gustaba pasar por la callejuela donde estaba la serrería, y aquel olor a pino y a madera fresca, pero sobre todo porque allí vivía Luisa, la muchacha que llevaba la ropa planchada al palacio. Su madre tenía un taller de bordado, y ella era hija única, así que el antiguo seminarista empezó escribiéndole versos y acabó declarándose. Tenía el beneplácito de doña Manolita, que se interesaba por sus relaciones, y le aconsejaba seguir adelante, porque

la chica parecía modosa. Cuando se casaron siguieron viviendo en el palacio de los marqueses, y en su habitación les pusieron una cama de matrimonio con baldaquino. Doña Luisa, como él la llamaba, se quedó embarazada casi al mismo tiempo que la joven marquesa doña Beatriz, y cuando tuvo el niño lo llamaron Nicomedes Luis. Los pequeños crecieron juntos, aunque al hijo del amo lo vestían de niña y lo rizaban con tirabuzones. Mientras, don Nicomedes se pasaba la vida anotando sus cuentas con plumilla y un palillero plateado, y era un artista desbastando las puntas de los lapiceros. A media mañana su esposa le llevaba un vaso de leche, para que no acometiera el hambre dolorosa que era un vestigio de su niñez. En el palacio había muchos gastos porque tenían cocinera y niñera, cuerpo de casa y costurera, lavandera y planchadora, y una enfermera fija para la marquesa. Lo suyo era hacer cuentas todo el día, siempre cotejando y temiendo que no le cuadraran y se le escapara alguna cantidad. En el desván había hallado un extraordinario botín, un cajón lleno de novelas de Nick Carter y de Búffalo Bill, donde el coronel Cody rescataba hermosas y rubias señoritas de manos de los siux. En sus ratos libres, Nicomedes se dedicaba a liar los cigarrillos del marqués en una máquina que él había traído de Francia: situaba meticulosamente el papelillo, lo rellenaba con tabaco, verificaba que había agua en el pequeño depósito, tiraba del asa y extraía un perfecto cigarro, hasta que llenaba con ellos una arqueta de madera con talla de guerreros. Era narcisista, enamorado de sí mismo, y decía que no tenía más amigos que los números. Cuando las tropas nacionales entraron en Ronda, él se despepitaba poniendo colgaduras patrióticas en los balcones y frecuentaba en el casino a un señorito que se dedicaba a dar paseos a los rojos, haciendo luego en su pistola una muesca por cada muerto. Por entonces, trataba de imbuir en la cabeza de su hijo Nicomedes Luis que con el tiempo sería un genio de las letras; el muchacho trataba de complacerlo, y se esmeraba en los ejercicios de redacción del colegio de los Salesianos. En el año cuarenta se precipitaron los acontecimientos: primero murió doña Manolita de un accidente estúpido, atragantada con el chocolate; poco después falleció de parto doña Beatriz, al dar a luz al imbécil, y fue el propio don Nicomedes quien inscribió al fenómeno como muerto en el registro. La amante del marqués era su sobrina la talabartera, y él oficiaba de intermediario. Más tarde murió don Carlos, pese a que había aguantado indemne los años de la guerra, y entonces la casa se deshizo y el escribiente se quedó sin trabajo. Era el año del hambre, y la hacienda de los marqueses estaba tan diezmada que apenas les quedaban tierras; desde entonces don

Nicomedes se lo pasó tomando empleos provisionales y precarios, y odiando a su esposa como si proyectara en ella su fracaso. “La mujer sólo tiene dos horas buenas, en la cama y en la sepultura”, solía decir. Pudo enviar a Nicomedes Luis con una beca a los jesuitas, y se hubieran muerto de hambre de no ser por el taller de bordado de su suegra. Comían boniatos a todas horas, y mientras las mujeres de la casa se desojaban para sacar la familia adelante, él estaba en el casino hablando mal de todo el mundo. “A mí el trabajo me lo hacen los ángeles, como a san Isidro”, decía con sorna. Su parienta la talabartera se había metido a estraperlista, y los guardias civiles le compraban tabaco y chocolatinas de Gibraltar; se había convertido en el garbanzo negro de la familia y no hacía distinciones entre sus clientes, de forma que tanto él como doña Luisa le había retirado el saludo. En las procesiones y los desfiles militares, don Nicomedes ocupaba siempre la primera fila. Lo llamaban míster Chips, llevaba bastón y sombrero, su cara parecía pergamino, y seguía llenándole a su hijo la cabeza de fantasías.

***

LUISA LLEVABA EL NOMBRE DE SU MADRE y el de su padre, que también se llamaba Luis. El padre era sereno, llevaba un chuzo y un farol y anunciaba la hora y el tiempo; avisaba a la comadrona o al médico, y al cura para que administrara los últimos sacramentos. Trabajaba de noche y descansaba de día, y cuando llegaba a su casa se echaba a dormir en una alcoba junto a la salita donde bordaba su mujer. Luisa era una niña redicha y envidiosa, escurridiza como una pescadilla; asistía a la escuela pública donde la enseñaban a coser y a bordar, para que ayudara a su madre cuando fuera mayor. Su madre le aclaraba el pelo con camomila y le ponía un refajo pespunteado encima de la camisa, para que no se le enfriara el vientre. Reunidas inocentemente en juegos perversos, las niñas buscaban un lugar secreto para desnudarse, mostrándose unos senos que apenas habían empezado a despuntar, abrían las piernecillas y se exponían a la curiosidad de las otras mostrando el pubis desprovisto de vello, ayudándose con los dedos para estirar los gruesos labios en torno a una abertura rosada en forma de ojal. Las más pequeñas asistían a las exhibiciones con una especie de estupor, sin saber que con el tiempo aquello les acarrearía el peso de un pecado que ahora no imaginaban siquiera. Cuando un fraile vestido de marrón llegó al pueblo,

todas acudieron a recibir la imposición del escapulario. Ahí era nada, todos los pecados perdonados, todas las indulgencias ganadas por llevar prendido del cuello un pedacito de tela oscura que raspaba en el pecho; y con algo de suerte, si morían en sábado las llevaba derechas al paraíso sin pasar por el purgatorio. Con el tiempo, Luisa llegó a dominar los realces, matizados y vainicas, y era una verdadera artista en el recamado, el pasadillo y el filtiré. Su madre bordaba sentada en un taburete de aneas; le colgaba del cuello una trompetilla de madera clara, y cuando le hablaban se ponía la trompetilla en la oreja para oír lo que le decían. Era desconfiada como todos los sordos, y aunque se quejaba constantemente de su mala salud, todos sabían que era fuerte como un roble. “Va a llover”, decía con gesto dolorido, mientras cosía en una máquina de manivela que había heredado de su madre, y su madre de la suya. Por las tardes se convertía de bordadora en planchadora, rociaba la ropa y con una plancha de carbón la iba estirando hasta que daba gusto verla. Para probar el calor echaba un escupitín en la plancha, y la saliva rebotaba, pulverizada. Almidonaba los vestidos, las enaguas y los cubrecorsés; los cuellos los dejaba duros y brillantes como si fueran de cartón, y mientras estaba platicando sola. Desde la salita, Luisa oía roncar a su padre el sereno, y de cuando en cuando un pedo largo que parecía no fuera a acabarse nunca. Su madre la enviaba a la mercería para comprar agremanes y entredoses, botones y puntillas, y allí la atendía un muchacho que había pasado la vida entre borlas y guardamalletas. La chica olía a sobaquina; la madre había padecido de lo mismo, y en cuanto usaban una prenda dos veces ya tenían corros de sudor en el sobaco. Luisa no era guapa ni nunca lo sería, tenía las piernas flacas como su madre, y empezaban a salirle cabrillas del brasero. “A la hija, tápale la rendija”, decía el sereno, curándose en salud. Ella repartía la ropa planchada por las casas; le llevaba las sábanas de holanda a doña Manolita en un azafate, y mientras aguardaba le gustaba mirar las bandejas de plata en el comedor, con el escudo de los marqueses, y un tibor de cristal con las iniciales de los señores grabadas en esmeril. A don Nicomedes lo había conocido en el palacio: supo que había sido seminarista y trabajaba de escribiente, y cuando lo veía le daba un vuelco el corazón. Un domingo de ramos, ella estrenó un vestido de pata de gallo que le había hecho su madre con un retal. Estrenó también zapatos de medio tacón y unas medias muy finas, que se calzó con guantes para evitar que se engancharan. Aquel día, don Nicomedes le pidió permiso para acompañarla, y ella accedió; él le regaló una bolsa de caramelos refrescantes, y pasaron la tarde paseando

por la alameda al borde del tajo. Cuando se despidieron, estuvieron en una esquina un rato con las manos juntas, sin poder desprenderse; entonces fue cuando él le dijo que la quería. Juntos experimentaron las primeras sensaciones físicas que desconocían por completo, y pasaban en la alameda los días del invierno muy juntos en un banco, con las manos unidas para defenderse del frío. Nadie la besó antes que él. Notaba su mano cercana, y a medida que se le acercaba se sentía electrizar, y cuando llegaba notaba una sacudida y un grito se ahogaba en su garganta. La madre estuvo confeccionando camisones y ropa interior, con patrones que había copiado en papel de periódico de viejas revistas italianas. Se casaron temprano para no tener que invitar a nadie, y la novia llevaba una estola blanca que parecía de armiño y era de pieles de conejo. Se quedaron a vivir en el palacio, junto a las habitaciones de la servidumbre; pronto, ella se quedó embarazada. Durante el Movimiento, doña Luisa prestó servicios como enfermera en un hospital donde había militares heridos, algunos muy guapos y apuestos, con finos bigotillos y con hombros cuadrados por causa de las hombreras. Imitaba los gestos y el habla de sus señores y despreciaba a sus antiguas vecinas; a las ciadas del palacio las miraba con desconfianza, como si fueran a robarle el marido. Después de la guerra vendía papeletas para rifas benéficas y rezaba el ángelus al mediodía. Luego el marido se quedó sin trabajo; tuvo que volver al taller del bordado mientras él se diplomaba de paseante en cortes, y el sereno se desesperaba. Su madre había envejecido: caminaba a pequeños pasos y subía con trabajo las escaleras de la casa, abrumada bajo la curva de su espalda. A Nicomedes Luis le habían dado una beca para ingresar en los jesuitas, y su padre le había prohibido que hablara con los talabarteros. Años después, el chico recordaría las cajas de hilos de su abuela la bordadora, y al abuelo que dormía junto a la salita en una alcoba oscura y sin ventilación, entre olores a sudor nocturno y quejidos de duermevela.

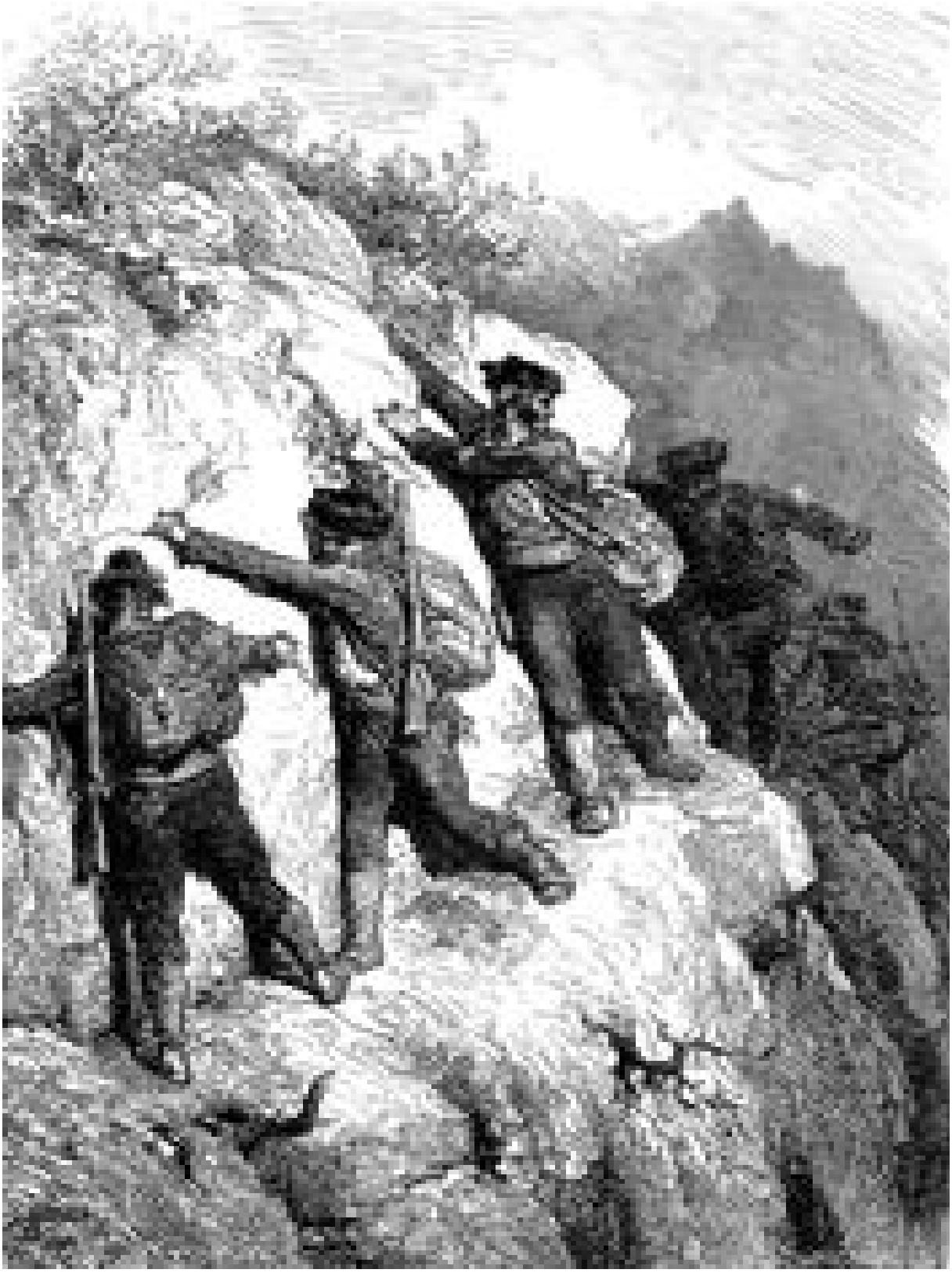
***

DESDE MUY NIÑO, NICOMEDES LUIS tuvo que usar gafas de gruesos cristales. Guardaba las manos ateridas en los bolsillos del horrible traje de rayas que su abuela le había confeccionado con las sobras de un traje de mujer, con rodilleras en los pantalones y botones de distinto color. Su padre le repetía que tenía que ser un genio de las letras, y le había regalado una estilográfica de marca Kaweco con plumín de oro

de catorce quilates, que él no tardó en perder. A los diez años escribió un cuento en un cuaderno, y era la historia de un muchacho que abandonaba a su familia para marcharse con el circo. Cuando tenía once murieron doña Manolita y la marquesa; a continuación murió el marqués, y como su padre se quedó sin trabajo, él tuvo que devolver los libros de texto porque no podía pagarlos. Luego lo mandaron interno a un colegio de frailes. Llevaba el mismo curso que Francisco, y andaban siempre juntos hasta que un día el compañero lo miró con ojos tiernos y le dijo que se había enamorado de él, al tiempo que lo tomaba de una mano que él apartó de un tirón. Desde entonces, dejaron de hablarse y se evitaban en las aulas y en los recreos. Cuando acabó el bachillerato y llegó a casa con un título flamante en el bolsillo, su padre lo recibió satisfecho dándole el tratamiento de don, pero su abuelo el sereno le dijo que ahora no tendría más remedio que ganarse la vida. Por entonces se hizo novio de una muchacha que se llamaba Águeda; pero él no olvidaba a Martina, la hermana de Francisco, y con el tiempo aquel recuerdo se fue convirtiendo en obsesión. No podía apartarla de su mente, sobre todo cuando pisaba los lugares en donde habían convivido, aunque ella no sospechaba nada y mucho menos lo correspondía. Su padre lo animaba a presentarse a los premios literarios; participó en un concurso y no pasó del primer escrutinio, porque su novela era un ladrillo de ochocientas páginas, imposible de ser editado por una firma con sentido común. Escribió novelas de amor, del oeste, policíacas y hasta pornográficas, y como empezaba varias de una vez, acababa trabucando a los personajes. Luego decidió preparar oposiciones a la Administración, que era lo más seguro: eligió las de auxiliar de bibliotecas, y a fuerza de trabajo y anfetaminas las ganó, siendo destinado a una biblioteca de provincia. Lo aguardaba una oficina desvencijada donde un libro ya no sería el arca del tesoro, sino una ficha de datos redactados con precisión matemática, donde figuraban autor, título, editorial y número de páginas. Las horas se alargaban, siempre resultaba demasiado aburrido o violento estar sentado frente a la directora que se mostraba tensamente adusta, mientras los libros se apilaban en grandes montones. Por entonces se enteró de la extraña muerte de Francisco, y en una revista del corazón leyó la noticia de la boda de Martina con un barón francés. Cuando murió don Diego, su padre lo envió a los funerales en representación de la familia. Allí supo por la propia Martina que su matrimonio había fracasado, y estaba tramitando el divorcio. El la escuchó comprensivo, de forma que al cabo de un rato habían reanudado su amistad y hasta se

convirtieron en mutuos confidentes. Así que doña Luisa supo con estupor que su hijo viajaba con la actual marquesa, y que luego vivía con ella en París. Desde el principio, Nicomedes Luis pudo percatarse de que en el fondo la única aspiración de ella era tener un hijo; y si en un momento se sintió incómodo cuando ella pagaba sus gastos, luego llegó a considerarlo natural. Almorzaban en una terraza acristalada frente al Trocadero, y ella no le presentaba a sus amigos; de cuando en cuando, él le hacía un pequeño regalo que ella aceptaba indiferente. Una madrugada se encontraron con el barón; se saludaron con naturalidad, y al tomar aquella mano fina y alargada el muchacho se estremeció. Cuando coincidieron con Domi en el restaurante de la torre Eiffel, ella los saludó con un entusiasmo excesivo y se levantó de la mesa, mostrando su mala educación. Llevaba un escote pronunciado y los brazos llenos de pulseras de oro; se empeñó en invitarlos, y estuvo comentando los espectáculos más atrevidos y los sitios más caros, contando que había tomado consigo una chica francesa de buena familia para que le mostrara París. Cuando se despidieron, Domi se demoró en retirar la mano, y mirándolo a los ojos lo invitó a visitarla en el palacete, mientras Martina la observaba con sonrisa de esfinge; más tarde, cuando volvían al apartamento, ella le contó que Domitila había sido criada del conde, que la había reconocido como hija y nombrado heredera. “¿Tiene mucho dinero?”, preguntó él. “Imagino que sí”, dijo secamente Martina. Pasado el tiempo, ella había empezado a salir con sus amigos, y lo dejaba solo con excusas incoherentes. Pintaba en el estudio que compartía con dos compañeros, mientras él la aguardaba en la casa ante una taza de café vacía y un cenicero lleno de colillas. Leía todos los libros que llegaban a sus manos, y la literatura sudamericana fue para él un verdadero hallazgo que lo impulsó nuevamente a escribir, lo que no habían logrado los escritores nacionales. Salía a la calle, y en pocos minutos se hallaba ante una biblioteca que había descubierto, bajo unos soportales donde la gente comía bocadillos y se resguardaba de la lluvia. Trataba de hilar una novela como sustitutivo del suicidio, y ante el pupitre iluminado su mano corría sobre el papel como si alguien la guiase. Una noche en que Martina estaba ausente, él era incapaz de dormir; tenía la boca seca, y una película que vio por la tarde lo había puesto al rojo vivo. Pensó ir a la cocina para servirse una cerveza; saltó de la cama y caminó a oscuras, sin encender la luz del pasillo. Llegó junto a la puerta de Coralia y se detuvo; estuvo escuchando un momento, y en lugar de seguir a la cocina entró en la habitación. Ella lo miró como si lo estuviera aguardando. Sintió los brazos fláccidos de la mujer en

torno a su cuello, oyó sus quejidos y su voz anhelante, y se estuvieron amando desesperadamente mientras ella nombraba a José Cupertino. Luego estuvo llorando hasta que se quedó dormida, y cuando Nicomedes Luis volvió a su cuarto le dolían las sienes y pensaba que había sido aquél un triste consuelo. Toda la noche estuvo percibiendo el tibio aroma de Coralia, y sintiendo sus brazos ternes y su aliento desfallecido. Decidió no esperar a que llegase el día: guardó en su maleta la poca ropa que tenía, los planos de París y las postales, un frasco de perfume que Martina le había regalado y unos folios con notas para su próxima novela. Recobraría su rumbo de siempre, se buscaría algún trabajo, porque había gastado todos sus ahorros y sólo le quedaban los cheques de viaje. Aquella mañana Coralia se levantó temprano, pero ya Nicomedes Luis se había marchado sin despedirse. Ella misma le dijo a Martina llorando que se había acostado con él, y que había creído estar amando a José Cupertino; y ante su asombro, ella la consoló diciéndole que no tenía por qué preocuparse, ya que las cosas ocurrían así. En cuanto a él, estuvo contando sus últimos francos y tomó un taxi, indicándole al conductor que lo llevara a la estación de Waterloo. Pero a mitad de trayecto cambió de intención, y le dio las señas del palacio que había comprado Domitila. “Le extrañará que llame a su puerta a estas horas”, se dijo, y cayó en la cuenta de que ella le llevaba varios años. “Pero se conserva bien, y tiene dinero. Además, ella se me ha insinuado”. En el pueblo dijeron que había roto con Martina y estaba en París amancebado con una millonaria. Meses después él terminó su primer libro, y Domitila aportó lo necesario para editarlo. Estaba la tinta todavía fresca cuando él le envió un ejemplar a Martina: era la historia de ambos y él había intentado, como un hechicero, taladrarla con sus agujas y someterla a su maleficio. Aguardó durante semanas la llegada de una respuesta, y como se demoraba, empezó a dudar que lo hubiera recibido. Por fin le devolvieron el paquete, que nadie había abierto. “No lo ha leído, no ha podido admirarlo ni entristecerse con él”, se decía con rabia. Escribía deprisa, dejaba correr su mano sobre el papel, armada de la pluma de oro que le regaló Domitila, la gruesa pluma estilográfica que iba soltando tinta verde, y así le parecía que se establecía una corriente fluida entre sus ideas y la mano, que saltaban al papel por medio de una punta verde y húmeda. Mientras, Domitila lo observaba reclinada en la cama donde había dormido Napoleón con Josefina, bajo el lujoso baldaquino de raso.



XXX EDICIÓN DE LOS PREMIOS CIUDAD DE TOLEDO

PREMIO NACIONAL DE NOVELA CORTA FÉLIX URABAYEN.

Knossos